

HISTORIA Y MEMORIA DE LA EXPERIENCIA ARGENTINA RECIENTE

A través de distintos *dossiers* publicados en números pasados, **Políticas de la memoria** ha sido parte de la expansión que en los últimos años experimentara el campo de los estudios sobre la experiencia argentina reciente. Un desarrollo en el cual las variadas conjunciones entre las formas diversas de referirse a ese pasado y los soportes textuales o visuales elegidos, los lenguajes y estéticas de la memoria del pasado reciente, se entre-tejieron con las nuevas necesidades de pensar las relaciones entre historia y memoria, entre historiografía y escritura testimonial, entre dialecto académico y formulaciones artísticas, entre política e historia, entre rememoración y musealización, etc. Nuestra intención ha sido, desde el principio, presentar a nuestros lectores los avances que al respecto han producido distintas investigaciones como también los ensayos que se proponen reflexionar sobre las formas de reconstrucción de un pasado cuyo carácter medular en el presente no puede ser disminuido.

En el presente *dossier* presentamos tres intervenciones que trabajan sobre algunas de esas problemáticas. En primer lugar, Alejandra Oberti se interna en la difícil cuestión del estatuto epistémico de la producción testimonial y sobre su ineludible necesidad, no porque en el testimonio se resguarde una verdad factual que de otro modo se perdería, sino porque lo testimonial —presente en un sinnúmero de formaciones discursivas además de su tradicional modalidad enunciativa— resulta una

pieza clave para la elaboración interpretativa de la experiencia reciente. Por su parte, Julia Rosenberg analiza los motivos que estructuran la narración de la historia en el *comic* “450 años de guerra” de Héctor Oesterheld y Leopoldo Durañona —publicado en el periódico **El Descamisado** durante 1973 y 1974— y cuánto de esa perspectiva de corte revisionista comparte, de todos modos, las nociones principales de la historiografía a la que pretende confrontar. Finalmente, Roberto Pittaluga reflexiona sobre ciertas características de la experiencia militante setentista a partir del análisis de dos films alternativos referidos a los acontecimientos que tuvieron lugar en Rawson y Trelew en agosto y octubre de 1972: la particular mirada de estas películas le permite pensar de modo distinto la militancia de entonces como también las modalidades de representación del pasado reciente.

Alejandra Oberti es socióloga e integra el comité editor de **Políticas de la memoria**. Además se desempeña como profesora en la Facultad de Ciencias Sociales (UBA) y como coordinadora del Archivo Oral de Memoria Abierta. Ha publicado numerosos artículos en revistas especializadas, nacionales y extranjeras, y el libro **Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia**, en colaboración con Roberto Pittaluga.

Julia Rosenberg es estudiante avanzada de la carrera de historia en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), e integra el Proyecto de Investigación “Escrituras sobre el pasado reciente argentino” radicado en esa misma facultad.

Roberto Pittaluga es licenciado en Historia (UBA) e integra el comité editor de **Políticas de la memoria**. Profesor en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) ha publicado diversos artículos en revistas nacionales y del exterior, y ha compilado, en colaboración, el volumen **Historia, memoria y fuentes orales**.

Memorias y testigos. Una discusión actual

Alejandra Oberti

“Cuando escuches el trueno me recordarás
Y tal vez pienses que amaba la tormenta.
El rayado del cielo se verá fuertemente carmesí
Y el corazón, como entonces, estará en el fuego./
Esto sucederá un día en Moscú
Cuando abandone la ciudad para siempre
Y me precipite hacia el puerto deseado
Dejando entre ustedes apenas mi sombra”

Anna Ajmatova

1.

Ya sea que refieran a la movilización política y social de los años sesenta y setenta o a la represión estatal, los relatos sobre el pasado reciente están datados, traen siempre la marca de lo socialmente audible y decible en el momento en que son pronunciados. En tanto son testigos de una era de esperanzas revolucionarias y de violencias sin límite, quienes transmitieron y transmiten sus experiencias de aquellos años no han hablado del mismo modo, no han contado las mismas historias en los tiempos del Juicio a las Juntas Militares que más adelante en la década del '90, o que en la actualidad.

Durante la dictadura, se escucharon las voces de los familiares de las víctimas del terrorismo de Estado, de los exiliados que intentaron informar acerca de lo que estaba sucediendo, de unos pocos sobrevivientes de centros clandestinos de detención y el relato solitario de quienes alzaban la voz para hablar sobre aquello que no se sabría de otro modo. Fue la época de las denuncias de los crímenes cometidos por el Estado que comienzan en el momento mismo de la dictadura y no han cesado hasta la actualidad. Sin embargo, avanzados los años noventa, otros relatos ocuparon el centro de la escena, se trata de las voces que dan cuenta de la crónica militante, más politizadas y más diversas y también de los relatos de las nuevas generaciones. En particular los hijos e hijas de aquellos militantes que, con su tramitación muchas veces conflictiva, inauguran una nueva etapa en la cual la condición de testigos se encuentra marcada por otras convulsiones, no sólo las de la historia, sino las de la novela familiar desde la cual insisten en buscar respuestas a preguntas que in-

terpelan a la política desde lo personal. Y, en los últimos tiempos, al repertorio de voces que refieren a nuestro pasado cercano, se suman cada vez más intervenciones analíticas que abren un proceso de revisión crítica fundado en la escritura y en la formalización de un *corpus* textual (presentaciones en congresos, artículos, tesis, libros). La memoria de ese pasado está formada por todos esos discursos que componen un espacio de lucha y confrontación donde se actualizan recuerdos que son a la vez actos compartidos y objetos de disputas y alianzas y también por los restos —discursos, materiales, cristalizaciones— que ese pasado dejó como legado. Se trata de un territorio conflictivo donde las controversias sobre lo que se recuerda y cómo se recuerda ponen en evidencia diferencias de interpretación sobre el pasado, pero también distintas visiones sobre el presente y el futuro.

En las páginas que siguen analizaré el lugar que ocupan los relatos personales en el vasto territorio de la memoria y la historia del pasado reciente argentino. En ese recorrido, prestaré atención a la gran producción y circulación de este tipo de narraciones que existen actualmente, a la potencialidad analítica que ofrecen, a las críticas de las que han sido objeto, así como también a los antecedentes del relato testimonial en América Latina.

2.

Efectivamente, si se pone en consideración el *corpus* de producciones, de voces y discursos sobre el pasado reciente, se verá que abundan aquellos en los que predomina la marca de lo testimonial. Quisiera aquí preguntarme sobre la significación

del uso de testimonios en la construcción de ese *corpus* y por analogía sobre su utilidad para la comprensión de fenómenos sociales particularmente delicados, como el caso de la violencia política, intentando tomar en cuenta sus límites y sus alcances. Para ello voy a retomar algunos de los planteos que desarrolla Beatriz Sarlo en su libro **Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo** (2005).

Preocupada por el giro subjetivo que detecta en las ciencias sociales y en particular a la hora de referirse al pasado reciente argentino, Sarlo contrapone a la explosión testimonialista “otras maneras de trabajar la experiencia. Algunos textos que comparten con la literatura y las ciencias sociales las precauciones frente a una empiria que no haya sido construida como problema; y desconfían de la primera persona como producto directo de un relato. Recurren a una modalidad argumentativa porque no creen del todo en que lo vivido se haga simplemente visible, como si pudiera fluir de una narración que acumula detalles en el modo realista-romántico” (Sarlo, 2005: 95). Los textos a los que se refiere son **Poder y desaparición** de Pilar Calveiro (1998) y **La bamba** de Emilio de Ípola (2005).

Ambos autores han sufrido la represión de manera directa y podrían constituirse en narradores en primera persona de las experiencias vividas; sin embargo optan por un modo de presentación que excede “la narración” a través de la búsqueda de principios explicativos. Apelan entonces al bagaje de recursos teóricos que les ofrece la sociología, se distancian de los hechos vividos, no privilegian la primera persona del relato y someten sus experiencias a los controles epistemológicos que les proveen las reglas de los saberes disciplinarios. Todos estos reparos metodológicos, insiste todavía Sarlo, “[P]resuponen lectores que buscan explicaciones que no estén sólo sostenidas en la petición de verdad del testimonio, ni en el impacto moral de las condiciones que colocaron a alguien en la situación de ser testigo o víctima, ni en la identificación” (Sarlo, 2005: 95).

¿Cómo no coincidir con Sarlo acerca del gran valor de los textos de Calveiro y de Ípola? ¿Cómo no coincidir con sus prevenciones para con los relatos que fundan su autoridad en el haber “estado allí” o en una primera persona que se apropia acriticamente del derecho a la palabra?

Pero Sarlo va todavía más allá en su ejercicio de lectura. Dice que su libro “reacciona no frente a los usos jurídicos y morales del testimonio, sino frente a sus otros usos públicos” (Sarlo, 2005: 23). Le preocupa la transformación del testimonio en emblema de una verdad con mayúscula y en recurso principal a la hora de hablar del pasado; se opone a la confianza ingenua en la primera persona. “[E]l discurso sobre los crímenes, porque denuncia el horror, tiene prerrogativas precisamente por el vínculo entre horror y humanidad que comporta. Otras narraciones, incluso pronunciadas por las víctimas o sus representantes, que se inscriben en un tiempo anterior (los tardíos años sesenta y los primeros setenta del siglo XX para el caso argentino), que suelen aparecer entrelazadas, ya porque provengan del mismo narrador, ya porque se sucedan unas a otras, no tienen las mismas prerrogativas y, en la tarea de reconstruir la época clausurada por las dictaduras, pueden ser sometidas a crítica” (Sarlo, 2005:

63). Por otro lado, las narraciones testimoniales de los militantes políticos y de los intelectuales que activaron en las décadas anteriores, al contrario de lo que sucede con los testimonios acerca de la dictadura, no son la única fuente de conocimiento: hay muchos otros tipos de documentos que puedan dar cuenta de esos hechos. No hay justificación posible para no someter esas narraciones, insiste Sarlo, al examen del saber histórico y a las reglas epistemológicas de las ciencias sociales.¹

Una vez más ¿cómo no coincidir con estas precauciones? La reivindicación de la teoría y la intelección que realiza Sarlo deja, sin embargo, por fuera de la crítica y de la interrogación metodológica a esos otros modos de escribir sobre el pasado que abarcan a todas aquellas producciones que respetan el conjunto de reglas relativas a la investigación y circulan por los canales institucionales definidos por ese mismo campo. ¿Acaso esas narraciones no tendrían a su vez condiciones de producción y de posibilidad? Y es que no podemos dejar de preguntarnos por qué, en contraposición a la gran proliferación de narraciones testimoniales que abordan el pasado reciente, las ciencias sociales se mostraron más pudorosas a la hora de hablar sobre ese pasado, sobre todo en los primeros años de la transición.²

Si bien, como mencioné, comparto, en algún punto, las reservas sobre lo testimonial que expone Sarlo (aunque las extendería, con sus especificidades, a los modos explicativos de las disciplinas académicas), a diferencia de su temor a que los relatos en primera persona obstaculicen la comprensión del pasado reciente, creo que la multiplicación de narraciones testimoniales sobre los años setenta constituye un elemento indispensable en la reconstrucción crítica de la experiencia de ese pasado. Dicho de otro modo, constituyen un basamento desde el cual partir, en tanto esas voces, si se despliegan otras que las tengan como interlocutoras, harán más rico todo el campo de memorias en conflicto. En todo caso, que un tipo de relato (por caso el testimonial) se convierta en el hegemónico no depende sólo de él, sino de la presencia o ausencia de otros modos de acercarse al pasado.

Quiero, entonces, insistir en la relevancia de lo testimonial para la comprensión de un fenómeno social particularmente delicado como es la violencia política. En primer lugar, porque el

1 Cabe preguntarse si Sarlo encuentra diferencias epistemológicas o de otro tipo entre los relatos de los sobrevivientes (cuando éstos refieren a las experiencias de la represión estatal) de aquellas narraciones (enunciadas en algunos casos por los mismos sujetos, aunque no siempre) que hablan sobre el período previo (los años sesenta y los primeros setenta). En todo caso, entiendo que la distinción que plantea Sarlo de modo explícito sería de tipo moral. Me pregunto si, en caso de que así sea, se trata de una razón suficiente: “si no sometemos todas las narraciones sobre los crímenes de las dictaduras al escrutinio ideológico, no hay razón moral para pasar por alto este examen cuando se trata de las narraciones sobre los años que las precedieron o sobre hechos ajenos a los de la represión, que les fueron contemporáneos” (Sarlo, 2005: 64; el énfasis es mío). Como señalo a lo largo de este texto, considero que los argumentos a favor de “crearles” a los relatos personales son del orden del pensamiento (de lo pensable) y no de la moral y, en este sentido, los cuidados epistemológicos se extienden a todos los testimonios.

2 Roberto Pittaluga analiza el campo académico de estudios sobre la militancia —refiriéndose fundamentalmente a la producción historiográfica— y formula una serie de hipótesis acerca de las causas de este pudor; cfr. Pittaluga (2007).

testimonio, como dice Roberto Pittaluga, es más que el relato de la vivencia que realiza un sujeto que “ha sido protagonista” y que por el simple hecho de haber “estado allí” transmite sus recuerdos íntimos y personales, adheridos a la percepción sensible. En lo que se transmite al narrar lo vivido hay siempre una interpretación, en donde el pasado que se recuerda aparece de otros modos: lo que se llama transmisión de la experiencia y se adjudica sólo a quienes estuvieron *presentes*, es una elaboración retrospectiva de la misma presencialidad (Pittaluga, 2004). Segundo, y estrechamente vinculado con lo anterior, porque en el testimonio nunca hay un solo sujeto (un sujeto en soledad). Se narra para alguien, se narra con alguien. En otros términos, toda narración, por más personal que sea, contiene diferentes destinatarios, interlocuciones y fuentes: el recuerdo no es “propio” sino construido entre muchos, como el discurso (volveré sobre esto más adelante). Y, por último, porque la distancia temporal entre los hechos relatados y el momento en el que se los relata suma experiencias e interpretaciones propias de otras temporalidades.

El testimonio es la narración desfasada temporalmente de aquella vivencia, es decir, se inscribe en un régimen distinto al de la percepción, se inscribe en el régimen de la memoria, y en el de la palabra. En este sentido, la autoridad del testimonio —como señala Giorgio Agamben— no consiste en que garantiza la verdad factual del enunciado, sino la imposibilidad de que éste sea *archivado*. Su permanente posibilidad de reformulación —su vitalidad— es lo que hace del testimonio, y con él de los testigos, una fuente irrenunciable de relatos en el proceso de comprender los sucesos del pasado (Agamben, 2002; Oberti y Pittaluga, 2006).

Los límites que presentan los relatos testimoniales no están en la aparición de un yo subjetivo, de una primera persona que se pondría al desnudo mientras se desliza por los detalles existenciales a la hora de contar la historia, sino en la lectura (la interpretación que se hace de ellos, el uso del propio relator, el que hacen otros). En todo caso, es un problema epistemológico y no ontológico. En este sentido es fundamental la tarea de la escucha.

Para exponer mejor este punto, quisiera recordar aquí la controversia (vieja ya) que se generó en la década del '80 en torno a las figuras mediadoras de las voces de los “subalternos”. Me refiero al debate en torno al régimen de verdad o de verosimilitud que presenta un testimonio y que tuvo lugar a partir de la publicación de la historia de vida de Rigoberta Menchú y del papel que tuvo Elizabeth Burgos Debray (1983) en su hechura ¿es posible que sus palabras fueran gravemente distorsionadas? ¿Quién es la autora? ¿Quién es testigo? ¿De qué habla ese testimonio, de lo que le sucedió a Rigoberta Menchú y a su familia o de lo que le podría suceder a cualquier integrante de esa comunidad? Estas preguntas, formuladas de manera preliminar, orientaron la interpretación de la narración hacia la figura de la doble autoría. El aporte fundamental de la entrevistadora y la influencia de la escena armada para la situación de entrevista ha llevado algunos analistas a “sospechar” de la validez de ese testimonio, que, por otro lado, ha sido considerado fundante de un modo “progresista” y solidario de entender la relación entre “intelectuales comprometidos” y sujetos sociales “marginales”. El punto de partida

de la publicación de este texto es la concepción de que el sujeto informante del discurso testimonial es una persona con una biografía original y representativa, cuya posición social es marginal y que toma a su cargo la responsabilidad del sentido, del contenido y de su veracidad. En **Me llamo Rigoberta Menchú** la joven mujer maya quiché narra las penurias de su aldea. Ella asume su condición de testigo para narrar el dolor de su comunidad en nombre de una etnicidad que ha sido privada de la palabra. Entre los numerosos debates que se generaron en torno a este texto, está el de si la narración de Rigoberta Menchú es efectivamente una expresión de un posicionamiento étnico o de un proceso de pensamiento mestizo. Este punto expuesto por E. Burgos es de gran importancia ya que se hace referencia a una característica de hibridez esencial del testimonio que se expresaría en este caso en la adopción de elementos culturales de otros, por parte del sujeto que enuncia y que se muestran de manera implícita o explícita en su relato.³

No sorprende que este testimonio ejemplar haya generado una discusión que atraviesa ya décadas. Lo que queda después de tanto diferendo son preguntas que refieren a aquello que se actualiza en las palabras ¿son contenidos específicos? ¿o es su posicionamiento en tanto testigo? En palabras de Agamben: “De qué hablaría entonces ¿De algún hecho o acontecimiento, memoria o esperanza, júbilo o agonía, que podría ser registrado en el corpus de lo ya dicho? ¿O de la enunciación que atesta en el archivo la irreductibilidad del decir a lo dicho?” En este sentido, la respuesta de Agamben es contundente, un testigo no hace una cosa ni la otra, simplemente da cuenta de su incapacidad de hablar. “No enunciable, inarchivable es la lengua en que el autor consigue dar testimonio de su incapacidad de hablar” (Agamben, 2002: 169). Porque sólo hay historia en la medida que hay experiencia y sólo hay experiencia cuando hay testimonio; sólo hay testimonio si hay sujeto de la palabra, en tanto se produce resto en el narrar(se) (Oberti y Pittaluga, 2006: 254). En este sentido el testimonio refiere ni más, ni menos, que a la actualidad del pasado en el presente, está fuera tanto del archivo como del *corpus* de lo ya dicho.

3.

Como señalé más arriba, en el caso argentino, la pregunta acerca del alcance de los relatos en primera persona referidos a nuestro pasado cercano tiene una connotación muy actual y muy política. De qué hablan esos relatos, en qué términos lo hacen y, sobre todo, quiénes se pronuncian —dónde basan su legitimidad— son cuestiones que preocupan a la hora de considerar los testimonios personales como materiales para el trabajo de elaboración del pasado, especialmente desde que se habilitaron los canales sociales para exponer la crónica de la militancia. Es cierto que el “haber estado allí” constituye un mecanismo legitimador presente en las narraciones en primera persona. La presencia,

3 Luego de la aparición del testimonio de Rigoberta Menchú se publicaron numerosos textos que lo analizan. Cfr. entre otros, los publicados en el número 36 de la *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Lima, 1992 y el de David Stoll (1999).

la participación directa en hechos y acontecimientos es, para el sentido común, una fuente segura de verosimilitud. Aunque, en verdad, podemos decir que no se trata de una característica que poseen únicamente los relatos personales, ya que toda forma discursiva retiene en su misma enunciación modos de construir autoridad y legitimidad para lo que enuncia (Mozejko de Costa, 1988: 51-61).⁴

Pero además, como los acontecimientos vividos sólo son “ordenables” en la narración, los relatos con marcas autobiográficas en tanto construcciones discursivas, no implican la presencia plena del sujeto que les da origen sino, a través de un proceso identificatorio, la construcción de *sí como otro*. Construcción que, además, no se puede realizar sin el auxilio de otros, tanto aquellos traídos al relato en el proceso de invocación, como aquellos con los que las narraciones propias se confrontan o confirman. Los otros que forman parte de la historia de cada quien de modo indisociable, indican que la biografía de una persona es, de algún modo, un proceso compartido. Tal como plantea Mijaíl Bajtin, todo enunciado es producido para y por otro, y por lo tanto ese otro estará presente en el enunciado, que se conforma como “respuesta” (Bajtin, 1999: especialmente el capítulo “El problema de los géneros”). En este sentido, en la producción de un relato, ocurre que el locutor, en tanto sujeto empírico que lo produce, se distancia de su enunciado, el cual expresa, entonces, un sentido que va más allá de la “pura vivencia”. Considero que ese plus de sentido es uno de los elementos que permite pensar el testimonio relativo a los años sesenta y setenta en una dirección opuesta a la que señala Sarlo cuando insiste en que del lado de la memoria no encuentra discusión y confrontación crítica. Precisamente, porque al narrar lo vivido, en el mismo acto de hacerlo, ya hay elaboración, actualización. Nada indica que los modos de escritura propios de las ciencias sociales y las reglas de los saberes disciplinarios sean, en sí mismos, garantía de mayor criticidad, mientras el testimonio quedaría esencialmente atado a la repetición mecánica de un relato ingenuo que no hace más que acumular detalles. ¿O acaso la academia, en particular la argentina, se ha destacado por abordar temas candentes de manera crítica?

Por otro lado, uno de los debates más importantes sobre la experiencia armada de los años sesenta y setenta en la Argentina tuvo lugar a partir de una intervención que toma como punto de partida justamente unas vivencias personales. Me refiero a la carta de Oscar del Barco que publicó la revista cordobesa **La Intemperie** en 2004. El texto de del Barco, motivado por un reportaje a Héctor Juvé a propósito de la guerrilla del Ejército Guerrillero del Pueblo en Salta y el fusilamiento de dos militantes llevado adelante por integrantes de esa organización, tiene la forma de una carta personal donde no están ausentes las marcas autobiográficas. La discusión, que continúa hasta la actualidad, se debate todavía entre la reflexión crítica y la justificación contextual; sin embargo, el tono casi intimista y la escritura en primera persona

de los primeros textos dejaron una huella profunda en la polémica sin quitarle reflexión y criticidad.⁵ Por el contrario, la carta de del Barco, como también algunos de los textos que le siguieron, invitan a hablar en primera persona y desde allí revisar los propios actos comenzando por una interrogación radical acerca de los deseos y motivaciones que guiaron las prácticas políticas. Del Barco se sitúa, precisamente, en un lugar que le permite tomar distancia del pasado y a la vez asumir las responsabilidades que ese pasado comporta.

En ese mismo terreno se sitúa la intervención de Héctor Schmucler en ese debate, quien expone con crudeza la relación entre el uso de la violencia (su legitimidad) y la responsabilidad de los sujetos que realizan las acciones. Los sobrevivientes —y Schmucler se pregunta extensamente quienes son/somos los sobrevivientes— no pueden desprenderse de su propia responsabilidad, y ésta obliga a revisar las marcas (y cicatrices) de cada acto del que se es protagonista. Estas “cartas hablan del mundo pero no vacilan en exponer nuestras intimidades”.⁶

En este sentido, encuentro que a través de los relatos testimoniales se puede interrogar el pasado y revisarlo desde *afuera y a la vez desde adentro de la experiencia*, porque quienes narran sus vivencias de aquella época son y a la vez no son los mismos.

4.

En su texto, **La memoria, la historia, el olvido**, Paul Ricœur (2004) explicita el nudo fundamental desde el cual elaboró su noción de memoria: la relación aporética entre presencia y ausencia. La memoria es, para Ricœur, la presencia de lo ausente. Sin embargo, el “hacer memoria” puede asumir dos modalidades antagónicas. Por un lado, aquella que se identifica con la repetición, la pretensión de eliminar cualquier distancia entre el pasado y el presente y que implica un desconocimiento justamente de aquella aporía sobre la cual se funda la relación pasado-presente inmanente al hacer memoria. Por otro, la rememoración, que incluye aquellos modos de hacer memoria que se apoyan en las ideas de trabajo y de búsqueda del recuerdo, que tienen implícitas a su vez la idea de recorrido.⁷

En este sentido, quisiera destacar que para Ricœur tanto las situaciones de exceso como de escasez de memoria representan una elisión del trabajo y la búsqueda que caracterizan la modali-

5 El texto de de Oscar del Barco, se publicó en la sección del correo de lectores del n° 17 de la revista **La Intemperie** de diciembre de 2004. Varias intervenciones, bajo el título “¿No matarás?”, se publicaron en los números siguientes, hasta el n° 23 de agosto de 2005, y además el debate se extendió a otras publicaciones político-culturales, como **Confinés, Conjetural, El interpretador, El ojo mocho** y el número 6/7 de **Políticas de la memoria**. A fines de 2007 una parte de los textos del debate se publicaron en forma de libro con el título **No matar**. Sobre la responsabilidad (editado en Córdoba por **La Intemperie**, Ediciones del Cíclope y la Universidad Nacional de Córdoba).

6 “Carta enviada a La Intemperie por Héctor Schmucler (mayo de 2005)”, en **No matar...**, *op. cit.*, p. 78.

7 P. Ricœur desarrolla estos conceptos de manera compleja a lo largo de diferentes textos. La formulación que sigo aquí está tomada fundamentalmente de Ricœur (2004).

4 Si poder hacer historia es, de algún modo, hacer prevalecer una versión de los hechos como legítima, poder hacerse historia —que es el caso del testimonio de los protagonistas— implica construir para sí un mecanismo que legitime el lugar y la función, tanto actuales como futuros, del enunciadador.

dad de la rememoración. Ya sea que nos encontremos ante unas prácticas ritualizadas, tan características de los dispositivos de conmemoración, como ante mecanismos de olvido, propios de la resistencia a mirar el pasado, se trata de la misma memoria repetición. Lo que tienen en común para Ricœur estas dos situaciones es que eluden el momento de la búsqueda y del trabajo, presentando un “déficit de crítica”. Es en ese sentido que Ricœur propone la idea de “memoria justa”. Justa porque guarda la necesaria distancia para escapar a la mera repetición por medio de la crítica, eludiendo el exceso tanto como la escasez; sin crítica no hay distancia, sin distancia hay repetición (Oberti y Pittaluga, 2006; especialmente el capítulo “Ricœur o la memoria como trabajo”).

Que la memoria actúe en este sentido tiene efecto, entre otras cuestiones, sobre el problema de la identidad, tanto personal como colectiva. Ricœur señala que la identidad tiene una doble dimensión, *idem e ipse*. Mientras que la identidad *idem* refiere de manera directa a aquellos rasgos capaces de permanecer invariantes a lo largo del tiempo, es estable y permite identificar a un individuo como tal transcurrido un tiempo, el polo del *ipse* contiene aquellos aspectos del sí que no permanecen idénticos en el tiempo pero que constituyen todavía una modalidad de “permanencia” de nivel diferente. “Porque, más allá de los cambios que pueda sufrir el carácter o la personalidad de un individuo, lo que Ricœur denomina identidad *ipse* constituye un polo de la identidad personal que desafía cualquier variación en creencias y pensamientos, y se hace cargo, aun así, de la palabra empeñada. Si además se considera que la promesa es generalmente frente a otros, la fidelidad de la palabra dada implica necesariamente a esos otros. De este modo, la consistencia del *self*, lejos de estar dada por la invariancia, supera el desafío del cambio. El mantenimiento de sí en el tiempo depende de una compleja interrelación de estos dos tipos de identidad” (Ricœur, 2004: 232).

Pero la identidad, como la memoria, no es frágil únicamente por estar sometida a los avatares del tiempo. Ricœur insiste en que ambas necesitan de una narración que siempre se constituye en relación con otros. Otros que son condición necesaria para la narración (entonces para la identidad y la memoria) y a la vez fuente de inestabilidad y de cambio.

En este sentido, los relatos personales, para el caso los testimonios, no solo *dicen*. O, mejor dicho, en el mismo acto de decir (para sí, con otros y para otros) también *hacen*. Los testimonios contienen actos de justificación, denegación, ajustes de cuentas, perdones, condenas, traiciones y acusaciones.

5.

En la construcción de un *corpus* que permita una aproximación a la militancia setentista el archivo juega un papel fundamental. Me refiero al conjunto de textos que fueron producidos por las organizaciones políticas argentinas de los años sesenta y setenta para difundir ideas, realizar acciones de propaganda, intervenir en debates públicos, convencer a simpatizantes, influir en la política local, adoctrinar a militantes, textos que han sido parcialmente conservados —y hoy están accesibles— gracias a diver-

sos mecanismos sociales e institucionales. Entre esa masa de documentos, es posible encontrar los producidos por las organizaciones político-militares. Revistas, periódicos, folletos, libros y programas; algunos de uso interno, otros destinados a la propaganda masiva; muchos de factura austera, otros elaborados con más recursos. En el marco de un clima cultural fuertemente ideologizado, donde todo resultaba cada vez más definitivo y urgente, sin embargo, los militantes y sus organizaciones le otorgaron un papel relevante a la escritura. Este imperativo asumió diversas formas. Por diferentes tipos de textos circularon definiciones acerca de la crisis social, los límites de la política, la necesidad de cambios sociales profundos, la revolución, los caminos para lograrla y la descripción de las fuerzas sociales que intervenían en los procesos. También acerca de lo que se esperaba de cada militante en lo personal.

Se trata de materiales de características diversas en cuanto a sus condiciones de circulación y también de producción. Tomados en su conjunto ofrecen posibilidades considerables para el acercamiento y la interpretación de la política argentina de ese período. Sin embargo, si lo que se busca es una aproximación a los modos en que los sujetos se constituyeron en sujetos, si se quiere desentrañar qué tipos de sujetos constituyeron determinadas prácticas, los textos de época no son suficientes. No solamente porque no todo ha quedado registrado (la clandestinidad en la que se desarrolló una parte importante de la militancia y la destrucción de muchos documentos seguramente conspiraron para que información valiosa sea irrecuperable), sino, principalmente, porque todavía es necesaria una comprensión más profunda y más actual de las dimensiones éticas y políticas de la militancia setentista. Por mucho que se indague en el conjunto de enunciados producidos por la época, esas dimensiones continuaran huidizas, evasivas. Creo que, para un conocimiento más agudo, la lectura de los materiales producidos en el pasado necesita de la vitalidad del testimonio.⁸ A través de lo que no está en los documentos, o de la relectura de los documentos a la luz de los relatos actuales, se puede acceder a todo un universo de significaciones que permite, considero, comprender mejor las dimensiones subjetivas de esa militancia, aunque ese conocimiento no aporte ni un solo dato más. Aunque lo que se obtenga sea solamente producto de las nuevas posiciones en las que se encuentran viejos sujetos. Sujetos cuya consistencia está dada precisamente por la compleja relación entre lo que permanece y lo que cambia, entre la posibilidad/necesidad de “hacerse cargo” y aquello que el tiempo y las interacciones con otros aportan.

8 En el capítulo “Agamben, la responsabilidad y el testigo” (Oberti y Pittaluga, 2006: 235-254) tratamos extensamente esta relación. Cfr. también: Agamben (2002).

6.

En un texto de 1980, publicado en **Controversia**⁹, Héctor Schmucler escribió acerca de la significación de los primeros testimonios de sobrevivientes de centros clandestinos de detención, insistiendo en la importancia de difundir y escuchar atentamente esos relatos cuyo alcance es múltiple. “Aún no se han difundido suficientemente los diversos testimonios producidos por sobrevivientes de los campos de exterminio que existieron en la Argentina” (Schmucler, 1980: 4). El valor de estos relatos —ya señalaba Schmucler— radica en que aportan elementos esenciales para la condena de la junta militar que dio el golpe de Estado de 1976. Sin embargo, su importancia no se limita a la denuncia de los crímenes de la dictadura, sino en el modo en que se internan en otra zona, la de la realidad propia. “Atravesando el relato de los suplicios y asesinatos, surge de los testimonios otro relato: el de la destrucción interna, destrucción previa a la tortura” (Schmucler, 1980: 4). La nueva narración, continua este texto precursor, invita a repensar lo político, la cuestión de la muerte de los desaparecidos y la “traición” de los sobrevivientes como tópicos esenciales para comprender lo sucedido. Pero también, y sobre todo, a realizar nuevas preguntas que permitan evaluar en qué medida las prácticas políticas que tenían las organizaciones revolucionarias eran tributarias de la concepción burguesa de la política entendida como un campo diferenciado de la vida social. ¿Cuánto de esa forma de entender la política habrá incidido en el lugar preponderante que la violencia fue adquiriendo para estas organizaciones?

Schmucler encuentra que en el mismo testimonio de los sobrevivientes —cuya materialidad está compuesta por el relato de lo que sucedía en los campos (las condiciones de detención, el destino de los trasladados, las circunstancias que permitieron que algunos sobrevivieran y las acusaciones posteriores de traición, entre otras cuestiones)— es posible rastrear las concepciones de la vida y la muerte que tenían las organizaciones revolucionarias. Se trata de un ejercicio temprano —y polémico— realizado en el momento en que las denuncias de los primeros sobrevivientes podían jugar un papel clave para detener los crímenes del Estado y también para plantear acciones de búsqueda. Sin embargo, ya en esa primera formulación de los testimonios, se pueden encontrar elementos para establecer una aproximación (ética, política) al modo en que las organizaciones concibieron lo personal, lo político y la relación entre ambos términos:

La anécdota montonera tiene validez en la medida que refleja una forma de pensar la política por parte de las fuerzas que se llaman revolucionarias. ¿A partir de qué principios se piensa la política? ¿A qué realidad remite? Aun en nombre del materialismo, la izquierda, con frecuencia, genera su práctica desde esquemas estrictamente imaginarios. No es la realidad sino construcciones ideales lo que preside su política.

tamente imaginarios. No es la realidad sino construcciones ideales lo que preside su política.

Pero ¿cuál es la realidad que reivindicamos? Un tanto insolentemente diríamos que es la realidad humana, la del hombre en el mundo. La afirmación puede sonar anacrónica; de tan obvia que parece, ha sido olvidada. Es que para buena parte de la izquierda los hombres concretos también se han vuelto categorías abstractas. La cotidianidad ha sido despreciada para incorporar la existencia en esquemas genéricos que no dan cuenta de lo real.

Este olvido de lo cotidiano —del hombre real— ha construido modelos que no resisten la historia. Los testimonios de los sobrevivientes sirven como estímulo para la reflexión: ¿qué parte del cuerpo se compromete en la acción política? ¿es posible fragmentarlo para elaborar una teoría sobre el heroísmo? ¿cómo es la relación con la muerte que establece el militante? ¿qué campo semántico recubre la palabra traición? (Schmucler, 1980: 4)

Si el cuerpo de los militantes, en sus dimensiones simbólica y material, era tomado en cuenta por las organizaciones revolucionarias sólo a la hora de constituirse en un medio al servicio de la revolución, en las narraciones de los sobrevivientes que Schmucler selecciona para articular su texto aparecen relatadas vivencias corporales, recuerdos de miedo y dolor, tortura y delación. El cuerpo reaparece en su plenitud, y son cuerpos sometidos que sobreviven pese a todo, pese a que, en muchos casos, se hubiera preferido la muerte. Esos cuerpos que ayer mismo estaban dispuestos como armas para la guerra, en esta nueva situación, en la que aparecen en toda su vulnerabilidad, se transforman en un *locus* significativo que le permite al intérprete localizar una zona difusa donde el testigo habla de algo que está más allá de lo que dice. Una potencia del decir que refiere al lugar de la violencia en la política y que habla del modo en que la muerte y la desaparición se hicieron parte de la vida cotidiana de los militantes. De cómo aquella violencia, considerada apenas como un medio para alcanzar el futuro anhelado, pasó a ocupar el centro de la escena. Refiere a cómo la derrota de las expectativas, la clandestinidad, la detención, la muerte, la desaparición o el exilio fue el destino que los esperaba; mientras la confianza absoluta en que con su accionar colaboraban para que el proceso histórico cumpliera su destino —que no era otro que el triunfo final de las fuerzas revolucionarias— se iba desvaneciendo.

7.

En el *corpus* de los textos que produjeron las organizaciones revolucionarias, hay uno especialmente relevante a la hora de problematizar la concepción de la política como esfera separada del resto de la vida social. Por su apelación a cuestiones generalmente consideradas privadas, “Moral y proletarización” ofrece elementos que ayudan a comprender cómo las organizaciones revolucionarias (para el caso el PRT-ERP) pensaban la relación entre lo personal y lo político. Además, el artículo tematiza extensamente aquello que se esperaba en términos de compromiso de cada militante. Producido por una de las mayores organizaciones

9 **Controversia. Para el análisis de la sociedad argentina**, se editó en México entre 1979 y 1981 y fue un ámbito de discusión y reunión de intelectuales argentinos que provenían de diferentes tradiciones. De su comité de redacción, formaron parte, entre otros, José Aricó, Nicolás Casullo, Oscar Terán, Héctor Schmucler y Juan Carlos Portantiero.

político-militares de los años setenta, este documento lleva la firma de Julio Parra, seudónimo de Luis Ortolani, y se publicó por primera vez en la revista **La gaviota blindada** realizada por los presos perretistas en la cárcel de Rawson durante 1972. Este texto se convirtió en una suerte de manual de iniciación para la militancia del PRT-ERP y en un código normativo con el cual medir la *performance* de los militantes en relación al ideal de compromiso militante que propone. Su importancia ha sido resaltada en muchos testimonios como una pieza distintiva de la programática política de las organizaciones armadas, en tanto se propone como instrumento para la constitución de los perfiles subjetivos del militante revolucionario.

A diferencia de la mayoría de las intervenciones de las organizaciones armadas, “Moral y proletarización” se detiene a pensar cómo los sujetos están involucrados en las prácticas de las que son parte. Y también se muestra interesado en temas como la familia, la crianza de los hijos y el papel de la mujer en las luchas revolucionarias. La centralidad analítica acordada a estos problemas ideológicos (y no directamente económicos) denota un interés por incluir dichos temas en el análisis de la sociedad burguesa y en la definición de las tareas revolucionarias. Sin embargo, la lectura de este texto¹⁰ indica que el cuidado puesto en estas cuestiones se relaciona directamente con la producción de una normativa que tiene por objetivo el disciplinamiento de los cuerpos para ponerlos al servicio de la revolución.

Un programa y una serie de prescripciones destinadas a que la doctrina pueda ser aplicada: renuncia a los valores individualistas burgueses, construcción de relaciones de pareja heterosexuales y monógamas, la vida cotidiana subordinada a las necesidades de la revolución. Leer “Moral y proletarización” permite apreciar que el modelo ascético y sacrificial precedía a las urgencias dictadas por la clandestinidad, la radicalización y la subordinación del proyecto político al militar. El placer, las relaciones entre los sexos, la vida cotidiana, que se leían en la agenda burguesa, se consideraba que se encauzarían por el mero peso de la victoria, o bien pertenecían a la revolución de pasado mañana. Para el ahora el mandato era claro: entregar la vida toda a la causa, subordinar el deseo, borrar los límites individuales en el objetivo colectivo de alcanzar la transformación, obediencia ciega a las indicaciones partidarias.

Más allá de que esta clase de códigos fuera de dudosa aplicación, su prescriptiva e indicaciones han tenido influencia en el modo en que los y las militantes se pensaban a sí mismos en relación a los objetivos de la revolución. Es decir, entendido como enunciación revolucionaria, “Moral y proletarización” constituye un intento por definir una estrategia de disciplinamiento a través de una serie de mecanismos discursivos de construcción de

identidades colectivas (colectivos de identificación) que a su vez establecen y definen la destinación de manera compleja.¹¹

Ahora bien, efectivamente, si se analiza este texto a nivel de la enunciación, es posible aislar tanto a quien estaba destinado, como cuáles son los mecanismos mediante los cuales busca “hacer hacer”. Pero si se quiere acceder a la cuestión crucial de la recepción del texto, su análisis no basta. ¿Cuáles habrán sido los efectos de sentido que produjo este texto? ¿se pueden deducir a partir del análisis del documento? Considero, por el contrario, que el reconocimiento de cualquier texto tiene una gramática propia¹² que se define a partir de un abanico de efectos posibles. En este sentido, será el archivo¹³, entendido como el conjunto de los enunciados producidos por las organizaciones revolucionarias, el que dará cuenta de algo más que de la enunciación. Es decir, permitirá indagar, si se atiende a los cruces, las polémicas, las intersecciones y las respuestas, una parte de los efectos derivados; pero el testimonio, en su actualidad y en su contingencia, abre un campo de significaciones más vasto y más polémico, al cual no deberíamos renunciar cuando lo tenemos.

En este sentido, considero que el relato de los testigos ofrece elementos fundamentales para entender la circulación de una normativa como ésta, sus efectos reales y potenciales y también el modo en que el código era infringido. A partir de lo que dicen los testigos, años después, se puede dar cuenta de cómo la ley que codificaba las conductas y reordenaba a los sujetos para que se transformen en verdaderos militantes se constituía en aparato al servicio de la ideología revolucionaria. Pero a la vez, otorga sentido —mejor que cualquier otra fuente porque incorpora el tiempo transcurrido— a la falla, a los desplazamientos interpretativos. Es en los testimonios donde aparecen nuevas significaciones para lo pasado. Se trata de elementos que están fundamentalmente en esos relatos (aunque también se los puede encontrar en la literatura, el cine y el teatro) y a los cuales no se puede acceder si sólo se leen documentos. Por el contrario, es la memoria la que muestra que la máquina de construir “sujetos revolucionarios” ha fallado, y cuánto ha fallado.

Una y otra vez surge de los relatos que en la clandestinidad, con identidades falsas y en convivencias prescriptas o forzadas o ante la posibilidad de la muerte surgían otras maneras de relacionarse, que no eran las indicadas, y de asumir el desorden de los cuerpos y los amores: la máquina falla.

8.

Para finalizar quiero referirme a dos testimonios. Una entrevista a Pilar Calveiro publicada recientemente y un fragmento del texto de 1980 de Héctor Schmucler que mencioné más arriba. Calvei-

10 “Moral y proletarización” se publicó de manera completa en **Políticas de la Memoria**, nº 5 (Buenos Aires, verano de 2004/5), en un dossier titulado “Militancia y vida cotidiana en los sesenta/setenta”. Fue acompañado de dos intervenciones críticas: “Militancia, política y subjetividad. La moral del PRT- ERP” de Alejandra Ciriza y Eva Rodríguez Agüero y mi texto “La moral según los revolucionarios”.

11 En el texto mencionado en la nota anterior, analizo la construcción de múltiples destinatarios en “Moral y proletarización”.

12 En este punto sigo libremente el esquema conceptual que desarrolla Eliseo Verón (1996).

13 Tomo la noción de “archivo” de Agamben (2002: 153).

ro, se refiere a su posición como mujer y militante del siguiente modo:

Desde la lógica “igualadora” que mencioné antes, se pretendía que las mujeres fuéramos buenas militantes y, por lo mismo, buenas combatientes, pero partíamos de condiciones tan desiguales que, de manera “natural” tendieron a destacar los hombres, en particular los más “fierros”. Entre una mujer con capacidades políticas sobresalientes y capacidades militares mediocres y un hombre que destacara militarmente aunque su visión política fuera pobre, se seleccionaba a este último, entre otras cosas porque las capacidades políticas permitían cuestionar a una conducción bastante limitada en ese sentido, lo que te colocaba de inmediato en la categoría de “disidente”. Mi percepción personal es que las mujeres fuimos mucho más críticas con la línea “oficial”, más cuestionadoras de las conducciones y las jerarquías internas, más agudas para percibir las contradicciones entre el discurso de las organizaciones y la realidad política circundante, menos disciplinadas que los hombres. Creo que un hecho significativo al respecto es que una sola mujer llegó a ser miembro de la Conducción Nacional de Montoneros (Amado, 2006: 64).

Así como acentúan la heterosexualidad obligatoria, la monogamia y el mandato de la maternidad aun en situaciones de riesgo, los textos producidos por las organizaciones revolucionarias de aquella época remarcaban todavía más que ante la opción guerrillera los cuerpos de varones y mujeres debían disponerse por igual a la producción de un futuro en el cual ver realizados los ideales revolucionarios. Sin embargo, al reflexionar sobre su condición de mujer y militante, Calveiro realiza una doble operación: revisa los alcances y los límites de la igualdad declamada (“partíamos de condiciones tan desiguales”) y se interroga sobre el modo en que se establecían las jerarquías al interior de las organizaciones. En esa interrogación, establece una secuencia que comienza con el señalamiento de que las mujeres estaban menos dotadas para lo militar, sigue por la valoración de la formación militar por sobre la política, para derivar luego en la afirmación de que las mujeres eran más críticas. Es la evaluación, de su propia experiencia y de la de otras mujeres, que realiza en la actualidad la que permite desplegar nuevos puntos de vista y valorar de manera distinta cuestiones en apariencia intrascendentes.

En su texto referido a los testimonios de los sobrevivientes, Schmucler analiza las consecuencias de aquello que definió como la constitución de la política como técnica:

Quando se habla de politizar las diferentes esferas de la vida social, suele entenderse como la necesidad de introducir la variable “política” en otras actividades de la vida que, en sí, no serían políticas. De allí que el predominio de lo político se haya constituido, en la práctica, en una subordinación de las múltiples experiencias por las que pasan los hombres en su existencia a lo político como técnica; lo político como una forma específica de acción al margen de aquellas experiencias. La política como téc-

nica confirma la idea de que la existencia de los hombres reales es una suma de elementos fragmentarios. Por un lado está el hombre político; por otro el que desea; por otro el que piensa la producción. Esta desarticulación propia de la imagen que el capitalismo tiene del mundo y que, por lo tanto, trata de reproducirlo en la organización que propone para la existencia es capturada, de hecho, por la izquierda que se pretende revolucionaria. Por ese camino, el héroe se transformará en el sujeto político ideal y los seres humanos heroicos en los instrumentos más adecuados para la construcción política que se postula. La revolución aparece como una máquina que utiliza a los hombres para sus fines propios; la revolución pasa a ser un monstruo al que se sirve. El revolucionario debe alienarse en una ‘otra cosa’ que se llama revolución y que, por lo general, se muestra como una acumulación de hechos materiales o de aparatos de poder al margen de los hombres concretos que sin embargo tienen su única existencia en la forma en que transitan su vida cotidiana. El socialismo suele mostrar sus triunfos contabilizando los mismos datos que mercantilmente ha impuesto el capitalismo como variables indicadores de bienestar. La izquierda olvida, negándose a sí misma, las preguntas centrales que le darían sentido. De qué nueva manera se relacionan los hombres entre sí, cómo cambia la relación de cada uno con su cuerpo, cómo modifica el vínculo de los seres humanos con la naturaleza, en fin, qué nueva cultura propone (Schmucler, 1980: 5).

Basada en lo dicho hasta aquí, quisiera señalar que este texto —donde Schmucler se constituye en analista de los testimonios de los sobrevivientes y a la vez en testigo él mismo del modo en que la izquierda revolucionaria subordinó las múltiples experiencias que atraviesan los sujetos a lo político como técnica— constituye un testimonio paradigmático. En tanto está desfasado temporalmente de los sucesos a los que refiere, incorpora elementos de la experiencia de los años posteriores. Pero, también y sobre todo, se basa en los relatos de otros. Retomando la formulación de Agamben, es un testimonio que refiere a la vitalidad de aquello que no puede ser archivado, que habla en nombre propio y también en nombre de quienes no lo hacen o no pueden hacerlo. Y, en este sentido es clave su elección: decide leer, a través de los relatos de lo que sucedió en los centros clandestinos de detención, la “realidad propia”.

La lectura de los relatos de sobrevivientes que realizó Schmucler, su propio posicionamiento como testigo en diferentes momentos y el abordaje crítico de Calveiro ante la pregunta por su condición de mujer y militante constituyen diferentes escenas donde los discursos sobre el pasado se tensan. En todos los casos se trata de formas de aparición de relatos testimoniales, de primeras personas desobedientes a cualquier mandato estatuido. Hablan desde sus presentes, asumiendo el pasado de manera descentrada.

Con la incorporación fragmentaria de un código disciplinario, como es el caso de “Moral y proletarización”, no propongo una polarización binaria entre documento y testimonio, para el caso, a favor del segundo. Sólo quiero señalar que este tipo de docu-

mentos permiten una lectura ordenada pero a la vez limitada de la producción de estas organizaciones. Un análisis sociopolítico que delinea los aspectos centrales del programa y de las acciones. Sospecho que las escenas producidas por las narraciones personales abren fisuras, en algunas ocasiones porque contrastan con lo que dice la letra impresa, en otras porque permiten que la memoria se embarulle con culpas y deseos. En todo caso producen una apertura hacia el presente y el futuro porque habilitan los canales para discutir otras cuestiones que se vinculan con la pervivencia del pasado en el presente, como, por ejemplo, la cuestión de la responsabilidad.

Ciertamente, el tipo de testimonio al que me refiero puede ser encontrado en diferentes tipos de producciones. Solo en ocasiones se trata de escuchar con atención a los actores.¹⁴ Cuando el tiempo es más lejano o éstos no están disponibles, se puede apelar a otras formas del testimonio, que sostienen de modo diferente la potencia de la primera persona. Después de todo, el hablar en nombre propio tiene muchas formas y que el archivo nunca es suficiente es algo que saben los investigadores que hacen del pasado su teatro de operaciones. No se trata de confianza ni de desconfianza en la primera persona, se trata simplemente de una cierta convicción de que en la repetición está la diferencia y, en consecuencia, de que al narrar, al relatar, al argumentar sobre los hechos vividos el yo que narra en tanto sujeto de la enunciación, no repite mecánicamente una y otra vez lo mismo, sino que se desplaza, está cada vez en otro lugar. Después de todo el testimonio es siempre representación.

Bibliografía citada

- AAVV (2007), **No matar. Sobre la responsabilidad**, Córdoba, La Intemperie, del Cíclope y UNC.
- AAVV (1992), **Revista de Crítica Literaria Latinoamericana**, n° 36, Lima.
- Agamben, Giorgio (2002), **Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo**. Homo Sacer III, Valencia, Pre-Textos.
- Amado, Ana (2006), "El desorden de los cuerpos en los años 70. Entrevista a Pilar Calveiro", en **Mora**, n° 12, Buenos Aires, diciembre.
- Bajtín, Mijaíl (1999), **Estética de la creación verbal**, México, Siglo XXI.
- Burgos, Elizabeth (1983), **Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia**, México, Siglo XXI.
- Calveiro, Pilar (1998), **Poder y desaparición. Los campos de concentración en la Argentina**, Buenos Aires, Colihue.

- De Ípola, Emilio (2005), **La bamba. Acerca del rumor carcelario**, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Mozejko de Costa, Danuta (1988), "La posición del enunciador con respecto al enunciado en 'Historia verdadera de la conquista de la Nueva España e Historia de las Indias'", en **Estudios semióticos**, n°15, Barcelona, noviembre.
- Oberti, Alejandra (2004/2005), "La moral según los revolucionarios", en **Políticas de la Memoria**, n° 5, Buenos Aires, verano.
- Oberti, Alejandra y Roberto Pittaluga (2006), **Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia**, Buenos Aires, El cielo por asalto.
- Ortolani, Luis (2004/2005), "Moral y proletarización", en **Políticas de la Memoria**, n° 5, Buenos Aires, verano.
- Pittaluga, Roberto (2004), "Apuntes para pensar la historia del pasado reciente", en **El Rodaballo**, n° 15, Buenos Aires, invierno.
- Pittaluga, Roberto (2007), "Miradas sobre el pasado reciente argentino. Las escrituras en torno a la militancia setentista (1983-2005)", en Marina Franco y Florencia Levin (comps.), **Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción**, Buenos Aires, Paidós.
- Ricœur, Paul (2004), **La memoria, la historia, el olvido**, Buenos Aires, FCE.
- Sarlo, Beatriz (2005), **Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión**, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Schmucler, Héctor (1980), "Testimonio de los sobrevivientes" en **Controversia**, n° 9-10, México, diciembre.
- Stoll, David (1999), **Rigoberta Menchú y la historia de todos los guatemaltecos pobres**, en <http://www.nodulo.org/bib/stoll/rmg.html>. Consultado el 23 de febrero de 2007.
- Verón, Eliseo (1996), **La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad**, Barcelona, Gedisa.

¹⁴ La imagen predominante del testimonio como esa producción en la que los actores relatan sus experiencias no nos debe hacer olvidar, como dice Ricœur, el comienzo testimonial de todo documento y la reserva de testimonialidad que en éste se conserva.

Resumen

La autora analiza la extensa presencia de narraciones testimoniales sobre la historia reciente Argentina. En contra de las interpretaciones que critican esa profusión, este texto sostiene que el aporte del testimonio resulta clave para la elaboración interpretativa de la experiencia reciente. Para fundamentar esa interpretación, analiza diferentes narraciones testimoniales y utiliza herramientas teóricas diversas (Agamben, Ricœur).

Palabras claves

Militancia, Testimonio, Memoria

Abstract

The writer analyzes the presence of testimonies relative to the recent past in Argentina. In opposition to the interpretations that criticize its profusion, this text emphasizes the contribution of the testimony which turns out to be the key for interpretive production on the recent experience. This interpretation is based on different kinds of testimonial stories from various theoretical perspectives (Agamben, Ricœur).

Keywords

Activism, Testimony, Memory

La creación de un gran relato histórico

450 años de guerra y su visión del pasado argentino

Julia Rosenberg

A partir de la década del '80 el revisionismo histórico sufre un tajante abandono, criticado por su debilidad académica y científica tanto como por su simplificación de la historia. Este hecho, que no casi no produjo añoranzas en los años posteriores, llama la atención por la inigualable intensidad con que ese revisionismo se había anudado a una época políticamente muy activa, expandiendo la noción de que las miradas sobre el pasado no eran cosa exclusiva de especialistas o nostálgicos.

Existen numerosas huellas que aún sobreviven y dan cuenta de ese estrecho vínculo entre historia y política: desde "Juan Moreira" de Leonardo Favio, pasando por "Facundo y las montoneras" de Ortega Peña y Duhalde, hasta el no menos destacado gesto de llamar a la agrupación política más masiva de esos años con el nombre de Montoneros. Incluso, es destacable el hecho de que en la intervención de la Universidad de Buenos Aires en 1973 son representantes de estas nuevas visiones los que impulsan los cambios.

Fue un momento en el que la historia se difundió masivamente; multitudes se encolumnaron bajo esta nueva forma de mirar al pasado, que a su vez se presentaba como una concepción y una práctica que excedía largamente el mero ejercicio historiográfico. Sin embargo, el intento del revisionismo histórico de construir otra tradición resulta a primera vista anómalo ya que se dio en una sociedad que, como dice el escritor Juan José Saer, tiene como principio "la tabula rasa que Aristóteles recomienda al buen pensador". Por eso, quizás de lo que se trata es de indagar acerca de cómo era esta nueva forma de escuchar el pasado, de convocarlo, de necesitarlo; qué tipo de encuentro se generaba entre pasado y presente a la luz de la idea y la práctica revisionistas, teniendo como premisa que, como afirma Tulio Halperin Donghi, el disenso que una sociedad tiene sobre su pasado está directamente relacionado a la capacidad de disenso en torno a su presente. O, en otros términos, examinar la mirada que una parte importante de la sociedad de los '70 tenía sobre el pasado argentino es también indagar en su presente.

Para esa interrogación voy a indagar en la historieta "450 años de guerra", con guión de Héctor Oesterheld y dibujos de Leopoldo Durañona, publicada en el periódico **El Descamisado**¹, de la Juventud Peronista, entre los años 1973 y 1974.

La pregunta que orienta todo este texto es aquella que permite registrar qué tipo de encuentro entre el pasado y el presente se proponía en este *comic*. Este soporte fue considerado como objeto de indagación por diversos motivos; en primer lugar, por estar inmerso en el semanario de una de las agrupaciones más masivas de los años '70. Además, por la especificidad que aporta un género como el de la historieta, que permite rastrear elementos de una visión de la historia de divulgación masiva. Pero el motivo fundamental estaría dado por ser este el primer *comic* argentino que intenta reconstruir la historia nacional en tanto relato histórico.²

El Descamisado: La única verdad...

Esta historieta comenzó a publicarse el 24 de julio de 1973 y apareció semanalmente hasta el 26 de marzo de 1974³, cuando el periódico es clausurado por decreto. En todos y cada uno de los capítulos de esta historieta, se mantuvo una misma estética, una misma coherencia en cuanto a su contenido. Fue una tira

1 Dirigido por Dardo Cabo y codirigido por Ricardo Grassi.

2 Si se sigue el historial del *comic* nacional se pueden vislumbrar algunos casos en los que la historia es una herramienta recurrente, pero en ninguna ocupa el lugar central que tiene en "450 años...". Incluso en las distintas obras previas del propio Oesterheld se encuentra una apelación constante a lo histórico, ejemplo de ellos son **Patria vieja**, **Mort Zinder**, biografías del Che Guevara y Evita, entre otros. Es interesante marcar sin embargo, que el juego que establece este autor con el pasado varía a lo largo de las distintas obras y con el correr de los años.

3 Las únicas dos veces que el semanario no publicó el *comic* entre estas fechas, aparecía una aclaración de los editores alegando causas técnicas, disculpándose y avisando que al número siguiente la tira retomaría su publicación normal. Estos gestos hablan seguramente de la existencia de un público que esperaba encontrarse con el *comic*, número tras número.

homogénea, que no varió a lo largo de su corta trayectoria. Es por esto, que puede intentarse abordar algunos puntos referidos a la totalidad de este *comic*.

En **Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista** (1986) Silvia Sigal y Eliseo Verón trabajan entre otra serie de documentos, sobre fragmentos de esta historieta. Realizan allí un análisis que hace hincapié en las “relaciones interdiscursivas” planteadas en los distintos textos, con el fin de comprender al peronismo como “fenómeno discursivo”. A diferencia de este enfoque, aquí se toma al *comic* no sólo en su aspecto discursivo, sino también como actor sumergido en distintas esferas de conflictos, las cuales son tenidas en cuenta a lo largo del siguiente trabajo. Es así que en primera instancia el *comic* debe ser comprendido inmerso en el marco mayor en que era publicado. Si se toma esta historieta separada del semanario, pierde parte de su sentido original, ya que está en constante diálogo con el resto de los elementos que allí aparecen. Y porque además este semanario actuaba sobre un campo de tensiones de una cultura, de una sociedad, en la cual quería intervenir.

Por empezar, se puede plantear un paralelismo entre periódico y *comic* en cuanto a lo visual. En su estética se observa cierta fijeza, es decir, no hay una búsqueda de innovación creativa, sino que todos los elementos están en función de un contenido. Tampoco hay diversidad número tras número; se repite la estructura y el tipo de imagen y diseño en todos sus ejemplares.

Entre las ilustraciones del *comic* y las fotografías que acompañan las notas se observan similitudes en cuanto al objeto a retratar: en casi todos los casos son sujetos anónimos, pertenecientes al bando de los oprimidos, o son luchadores políticos o sociales, y las imágenes están orientadas a ilustrar la explotación, el sufrimiento de esas personas. Los dibujos del *comic* son muy cercanos a las fotos, a los retratos. Así, por ejemplo, se da un paralelo entre la historieta, que hace mucho hincapié en cómo fueron torturados los distintos revolucionarios de la historia; y el resto del diario, en el que aparecen múltiples fotos de los militantes muertos o heridos. Parecieran querer poner el sufrimiento en primer plano, que lo abarque todo. Entonces el paralelismo entre periódico y *comic* también puede rastrearse en cierta veta “realista” con respecto a los modos de representación. Así, por ejemplo, mientras el *comic* pone énfasis en mostrar cómo surgió el modelo económico agroexportador como sistema que privilegia los intereses y la explotación de los sectores dominantes, en el periódico se publican notas que apuntalan esa perspectiva, como cuando se preguntan “¿Quiénes son los dueños de las vacas?” para proponerse “explicar sencillamente cuáles son los mecanismos del gran negociado de las carnes en nuestro país”.⁴

Asimismo, el contenido de las notas y el de la historieta están orientados en una misma línea. En la mayoría de los casos se trata de denunciar esa explotación, de ponerla en primer plano, al punto de transformarse en el tema que atraviesa todo el periódico. El semanario y la historieta son concebidos con el objetivo de desnudar una realidad, mostrarla tal cual ellos piensan que es, aquella que otros ocultan, la “verdadera realidad”. Entonces

todo lo ficcional que podría esperarse de un *comic*, en éste es dejado de lado; “la realidad” lo invade. La historieta pretende a través de un hiperrealismo suspender los signos de ficción, quizás como modo de lograr que la recepción de su discurso tenga un carácter más verosímil. Nada de lo que allí se muestra tiene la intención de aparecer como inventado sino que debe ser tomado como lo realmente acontecido; un procedimiento que quiere ser logrado por medio de las ilustraciones (la mayoría son de rostros humanos muy detallados y expresivos), pero también a través del abundante texto que acompaña a cada cuadro. Este desplazamiento del acento de lo figurativo a lo textual, contraviniendo el género, no quita toda relevancia a la imagen, sino que ésta está jugada en la construcción de ciertos atributos (de los personajes, de las escenas, de los arquetipos de las subjetividades en juego) que otorgan inteligibilidad al texto.

Un realismo —el del *comic*— que se fortalece por su inscripción en **El Descamisado**, ya que todo el periódico está apelando a producir una determinada lectura de la realidad en sus receptores. Apelación que transmite cierta urgencia, una sensación de necesidad, de estar frente a una situación irremediable. Y la historieta es uno de los elementos que entra en ese juego de construcción de sentido para la actualidad política y social de los setenta; y lo hace a través de esta doble especificidad: es la parte del semanario dedicada al pasado en la que se explica desde el origen la explotación del pueblo argentino, y esa argumentación histórica para revelar lo oculto del presente elige el formato figurativo y textual del *comic*. El pasado en una historieta en entregas semanales se articula, en las mismas páginas, con la acción de los Montoneros, las convocatorias a distintas marchas, los casos de explotación en el presente, etc. Una combinación que permite pensar al *comic* como el espacio que **El Descamisado** destina a legitimar ciertas prácticas y nociones políticas propias a través de la apelación a la autoridad que daría conocer el “verdadero” pasado.

La historia en el *comic*

Continuidad y tradición

Ya desde el nombre del *comic* se observa uno de los rasgos fundamentales de la forma en que se miraba al pasado. “450 años de guerra” traza una línea de continuidad histórica desde la llegada de los españoles a América hasta el presente. El colonialismo es el eje articulador de todo este revisionismo militante. Se instituye entonces en el pasado colonial, en las primeras explotaciones de los americanos por parte de los europeos, la marca de origen de lo que se quiere narrar. Una operación que tiene dos efectos: en primer lugar, esta “revisión” del pasado se autopropone como la oposición a la que desde el mismo *comic* se denomina “historia oficial”⁵, la cual postula como origen histórico nacional al mayo

4 Semanario **El Descamisado**, n° 24, 30 de octubre de 1973.

5 A lo largo del *comic* poco se explicita acerca de a qué se denomina con este término; en cambio lo que sí aparecen son diversos modos de denominar a esta visión a la que viene a oponerse: “historia liberal”, “historia oligarca”, “historia de las escuelas”. Así, se conformaría como enemigo para el *comic* un modo de ver

de 1810. Por otro lado, se delinea una historia que va a tener como protagonistas a dos sujetos enfrentados, entre los cuales prevalece una relación de explotación.

¿A través de qué sujetos se construye qué tradición? En toda la historieta el sujeto explotador es el mismo: el europeo y, respondiéndoles, sus aliados locales: “la oligarquía nativa”.⁶ Del otro lado, en el bando de los explotados, se eligen determinados actores históricos para ser colocados en una línea continua que comienza con los indígenas masacrados por la conquista española, continúa con las montoneras del siglo XIX, para desembocar en los pueblos oprimidos del siglo XX. Todos ellos sufren una misma relación de explotación y responden con la misma resistencia, de modo que el objetivo desde 1520 es la liberación, la independencia. Los explotados se caracterizan por su valentía, porque “nunca se rindieron. Pusieron el pecho. Pelearon”.⁷ En la visión retrospectiva que ofrece esta historieta, las montoneras del siglo XIX⁸ vuelven a la lucha reencarnadas en los militantes de los '70. La reivindicación del gaucho como sujeto nacional oprimido, como sujeto revolucionario —uno de los mayores énfasis del revisionismo militante— se expande por medio de esta otra tradición selectiva en la legitimación de los actuales Montoneros, a costa de borrar todas sus diferencias.

Ahora bien, esta tradición construida (como lo son todas) que legitima ciertas prácticas del presente del *comic*, se sostiene en la propuesta de continuidad de ciertos sujetos que “resisten”, sobre todo, a través de un determinado modo de lucha que es también el mismo en 450 años de historia: la lucha armada. La apelación a la necesidad de un “pueblo todo en armas”⁹, como contra los invasores ingleses, es constantemente remarcada. Quien puede tomar las armas es el pueblo, los oprimidos, “deslomándose como lo hicieron siempre. ¿Quiénes empuñarán sino el pico para cavar la zanja? ¿Quiénes el fusil, quiénes el facón? ¿Acaso los tenderos?”.¹⁰ Así, las escenas de violencia, de enfrentamientos armados, de combate son las imágenes predominantes del *comic*. Es el modo de representar los diversos conflictos, subsumiéndolos al que los editores consideran la forma principal de lucha: la acción armada.

Esta situación conflictiva que debe resolverse a través de las armas tiene fundamentos básicamente económicos. La principal causa del hambre del pueblo argentino es explicada por el tipo de modelo económico que siguió el país: desde una concepción

la historia que, lejos de pertenecer a una corriente historiográfica homogénea y unificada, contiene ciertos rasgos (básicamente, el de responder a los intereses de una clase) que hacen que desde el *comic* se la ubique en el bando opuesto, en el enemigo.

6 **Latinoamérica y el Imperialismo, 450 años de guerra** (recopilación), Doeyo y Viniegra editores, Buenos Aires, 2004 (en adelante citado como LI). Original extraído de **El Descamisado** n° 30, 11 de diciembre de 1973.

7 Presentación de la historieta aparecida en el n° 10 del semanario **El Descamisado**, del 24 de julio de 1973.

8 “Justamente de entonces viene el nombre...”, LI, cit.. Original extraído de **El Descamisado** n° 19, 26 de septiembre de 1973.

9 LI, cit. Original extraído de **El Descamisado** n° 13, 14 de agosto de 1973.

10 LI, cit. Original extraído de **El Descamisado** n° 14, 21 de agosto de 1973.

afín a los lineamientos del peronismo del '45, los redactores critican el modelo agroexportador, y lo alternativizan en un modelo de protección de las industrias locales. El predominio del primer modelo se debe al dominio que ejerce la clase oligárquica y explotadora, que a su vez responde a los intereses de los países capitalistas desarrollados. De allí que en la historieta la opresión sea sinónimo de explotación, y ésta a su vez es constreñida en la figura jurídica con resonancias morales del robo. El uso sin distinción de estos términos produce que se borronen los significados de cada una de esas palabras, al mismo tiempo que impide la profundización; su ventaja residiría en la moralización de la lucha política, un imperativo al que sería difícil sustraerse, y en la construcción del efecto de continuidad entre pasado y presente.

Por su parte, la imagen del enemigo se construye por medio de algunos signos: pueden ser banderas de nacionalidades europeas, algunas flotas o ejércitos, pero fundamentalmente se lo representa por un conjunto de hombres que personifican a la oligarquía, a los traidores, quienes aparecen casi siempre en acciones conspirativas, planeando el dominio del país para su mejor explotación, y que portan ciertos atributos distintivos. Se trata de rasgos visuales que los identifican como tales, como oligarquía o extranjería, a veces por el ambiente en el cual conspiran, o por sus vestuarios, siempre presentados en traje, con galeras en algunos casos, cortes de pelo prolijos y sin barbas, en claro contraste con las múltiples imágenes del estereotipo popular, como es el caso del gaucho, con poncho, abundante y desaliñado cabello y bombacha de campo.

Las representaciones se hacen más explícitas y directas cuando aparecen en escena algunos personajes seleccionados de la historia, los cuales tienen un puesto asignado dentro de un sistema dual de oposición: o son salvadores, emprendedores de las luchas de los oprimidos (como Quiroga, pero principalmente San Martín y Rosas), o son enemigos del pueblo, exponentes de la oligarquía y por lo tanto, traidores (como Rivadavia, Moreno, Urquiza). Es el mismo sistema dual utilizado por aquella visión de la historia por entonces hegemónica y a la cual el *comic* viene a oponerse, sólo que el revisionismo se propone invertirla: todos aquellos que eran considerados próceres, para esta historieta, fueron un engaño. Lo característico de la relectura que se hace en los años '60 y '70 del pasado argentino, es que se contraponen con las lecturas previas de la historia nacional. La tarea de los nuevos revisadores era develar las trampas a las que nos habría sometido siempre la versión de la oligarquía, y mostrar la historia “tal cual como ocurrió”; redescubrirla y contarla nuevamente.

Un elemento que contribuía a diferenciar su visión del pasado con la oficialmente establecida, es el nuevo lugar que le asignan a los hombres derrotados, que hasta el momento pasaban desapercibidos, o que claramente eran vistos como enemigos de la civilización. Son, por ejemplo, los casos de Felipe Varela, Artigas, Güemes o “el negro Antonio”, miembro del ejército de San Martín. Es decir, que se construye la tradición de los maldecidos. La lucha de estos hombres estuvo acompañada de los sectores populares, y las relaciones entre líderes y masas, en la selección que propicia el revisionismo, es genuinamente representativa.

Por lo cual, si bien los sectores populares tienen un rol central en este *comic*, el liderazgo de algunos personajes aparece como indispensable, o al menos, incuestionable.

Contra la ceguera o el ocultamiento que propone la historia que los editores del *comic* denominan “académica” y “liberal” es que viene a imponerse la historia revisionista; una revisión de la historia que los propios cultores conciben como parte de una lucha en el campo historiográfico (en sentido amplio). Pero lejos de proponer una imagen idealizada que la “historia oficial” habría ocultado, en la historieta prevalece una urgente defensa del realismo político. “Este es el Rosas que poco a poco va consolidando el gobierno nacional. El político realista que empieza a hacer el país posible, de acuerdo con la realidad del momento. Sólo otros dos hombres habrá en nuestra historia con un sentido tan cabal, tan lúcido, de lo real: José de San Martín y Juan Domingo Perón”.¹¹ Estos grandes hombres pudieron tener sus vaivenes, sus despistes, dice el *comic*, pero lo importante es que pusieron el acento en sectores que siempre habían quedado en el margen, que atendieron a lo urgente, a los necesitados.

En cuanto al modo en que aparecen representadas estas figuras centrales condensadoras de la historia, son exactamente los mismos a los utilizados por aquella historiografía a la cual el *comic* intenta combatir. Tanto las ilustraciones de los rostros de los próceres como los de los traidores son las típicas representaciones que aparecen en todos los manuales escolares. De este modo se apela a figuras e imágenes que ya son conocidas por el lector. Un caso extremo es la imagen de Perón, que no requiere previa presentación ni aclaración de ningún tipo.

Pero entonces, el tan autopromocionado quiebra con respecto a “la historia oficial” no se produce ni en las formas de representación ni en las concepciones que las sostienen. Ambas visiones de la historia apelan al pasado de un modo similar, donde la necesidad de conformar un relato tiene en primer plano a las demandas del presente. Ese pasado es, entonces, más bien una fuente de elementos recortados y apropiados de acuerdo a las necesidades imperiosas de la actualidad. Y si esta dimensión del presente en el examen del pasado es común a todas las miradas históricas, en estos dos casos —la historiografía hasta entonces predominante y la emergente revisionista expresada en este *comic*— las necesidades por establecer una continuidad y construir una tradición provocan que no se genere un diálogo entre presente y pasado, sino una relación en la cual mientras este último permanece en silencio, el primero monologa.

Nación e identidad

Uno de los núcleos principales de la narración histórica en este *comic* se aprecia en las marcas de todo aquello que se identifica con lo nacional, desde la idea misma de elaborar una historia nacional a los usos del lenguaje y los estereotipos presentados. Se puede pensar que la construcción de la nación que aquí opera (y a su vez de lo anti-nacional) está atravesada en buena parte por la necesidad de aplicarla al presente de la historieta. Uno de

los ejes que definen esa nación es el de haber sido una patria sistemáticamente traicionada.

Ahora bien, ¿en qué se basa ese nacionalismo? ¿qué es lo que se traicionaría de modo sistemático? No es la razón ni una ideología de base, sino que lo que hace a esta comunidad deriva del campo de lo sentimental y de ciertos valores. Como decía antes, en el *comic* se hace hincapié en los elementos económicos de la explotación, sin embargo se deja en claro que la lucha que debe llevarse a cabo es por algo más: “Están también los sentimientos profundos del hombre que quiere seguir siendo hombre pleno, que se siente parte de su tierra y de su cielo, que se rebela contra el codicioso de afuera y el vendido de adentro que tratan de imponerle usos y costumbres ajenos para manejarlo y explotarlo”.¹² La comunidad nacional encontraría su fundamento más básico en una escala de valores, los cuales se refuerzan ante la explotación sufrida. Estos valores no pueden leerse sin establecer lazos con el presente del *comic*, ya que muchos de ellos tienen clara semejanza con aquellos tras los cuales se embanderaba gran parte de la militancia setentista: humildad, lealtad, valentía, la responsabilidad y el deber ante la lucha, la persistencia, e incluso, la ignorancia: “Disciplinados, los negros no piden nada, es como un sueño, les dan toda una patria... a ellos, que jamás tuvieron otra cosa que cadenas ¿cómo no defenderla hasta la muerte?”.¹³ Lo que hermana a los hombres argentinos a lo largo de toda su historia son los lazos creados a partir de una pasión, de la solidaridad, y de la compasión de un “nosotros” oprimido.

Se puede ver que es importante el peso de la mirada militante ya que se da un traslado hacia el pasado no sólo de una escala de valores, sino también del modo de en que se analizan los panoramas políticos y sociales. En la versión del *comic* todos los redimidos del pasado argentino que se levantaron para afrontar una lucha el poder oligárquico imperial fracasaron por la falta de aquellos elementos con los que ahora sí contaría la militancia de los setenta: “pero sin dirigentes y sin organización, poco puede el anhelo popular expresado el 5 de abril (1811)”.¹⁴ Así, se habría llegado a un presente más preparado para la victoria, ya que cuenta con todo el aparato militante que va a encaminar la lucha en la dirección correcta.

A la par, se instituye una noción dicotómica y excluyente: como el bando de los oprimidos se identifica con lo nacional, el enemigo es visto como un elemento externo, no tiene lugar dentro de la patria.¹⁵ El hecho de que pueda ser identificado en personas locales aliados del extranjero, permite hacer más concreta la lucha, identificar mejor los opuestos, y hacer más fácil su eliminación. Además de la extrema simplificación que esto significa, se da

11 - LI, cit. Original extraído de *El Descamisado* n° 29, 4 de diciembre de 1973.

12 LI, cit. Original extraído de *El Descamisado* n° 23, 23 de octubre de 1973.

13 LI, cit. Original extraído de *El Descamisado* n° 24, 30 de octubre de 1973.

14 LI, cit. Original extraído de *El Descamisado* n° 16, 4 de septiembre de 1973.

15 Ver al enemigo como algo proveniente del exterior es una constante en H. G. Oesterheld. Con la diferencia de que por ejemplo en el Eternauta además de externo el mal era no identificable. En “450 años...” el enemigo es más concreto. Por otra parte, la definición implícita de lo nacional es circular, pues todo lo que la oprime es antinacional (y por ello exterior al cuerpo de la patria), lo cual permite mantenerla en estado de pureza.

una totalización de los bandos bajo los signos positivos y negativos. La personalización de las categorías de amigo y enemigos son funcionales, también, al sostenimiento de una idea de nación ya plena en el origen y a lo largo del tiempo, sobre la que sólo habrían obrado fuerzas opresivas exteriores. Pero además, si el enemigo es una persona, si el mal está encarnado en ella, sólo aplastándolo puede vencer el bien. No hay más conflicto que ése. La concepción de la historia que sobrevuela es la de una guerra.

Esta construcción de lo nacional contribuye también a definir un segundo gran núcleo: el de la identidad. De hecho, el sistema de opuestos establecido entre “nosotros-oprimidos-patria” y “otros/extranjeros-explotadores-antipatria” construyen colectivos, identificaciones. Sostenida en esas identificaciones hay una construcción constante del sujeto que lucha: una de las especificidades del revisionismo militante fue haber construido en el pasado argentino al sujeto revolucionario. La esencia de esta nueva visión de la historia fue poner el eje en la opresión sufrida por las clases populares argentinas. En la historieta, a esas clases no sólo se le adjudican trayectoria, historia, sino que además se asignan sus integrantes: los “juanes cualquiera”¹⁶, los anónimos. Básicamente lo que se rescata de este sujeto es su resistencia, sus luchas en armas, su sentimiento por la patria y sus valores (adjudicados). “El levantamiento popular de España despierta la solidaridad inmediata de las ‘bases’ de Buenos Aires, los criollos, los llamados ‘arraigados’, artesanos y orilleros, la masa mayoritaria de la población (son los ‘patriotas’ de ‘patria’ como se entendía entonces a la ciudad). Su expresión más visible son las milicias populares...”¹⁷ Estos Juanes son ignorantes: “No tiene idea Juan. Juan cualquiera. Ni idea de que un imperialismo, el español, robó a sus abuelos, a sus padres, a él mismo. Tampoco sabe que allá en Europa, el imperialismo español se muere. Y otros dos imperialismos, el francés y el inglés, guerrearán sobre su cadáver”¹⁸; “hombres ignorantes pero de profundos sentimientos nacionales, son los Juan cualquiera que se hicieron matar hasta vencer”¹⁹. De ahí, que podría pensarse que el lector es también un Juan, a quien hay que explicarle la explotación que sufre, para que engrose con su fuerza la lucha. Este anonimato es el rasgo que en el *comic* da identidad al bando oprimido: “Así muere Juan cualquiera, por defender al país. Peleando contra el imperialismo Juan cualquiera, como tantos otros juanes que vendrán después. Juan guerrillero de Güemes, Juan moreno de San Martín, Juan mazorquero, Juan revolucionario del ‘90, Juan de la resistencia, Juan montonero”²⁰.

La existencia de la nación misma parece ser un hecho que sólo se constata y tiene sentido a partir de los que cayeron en su nombre, de las víctimas que se sacrificaron por la patria. El cuerpo de la nación quedaría constituido por los anónimos y sus líderes; relación que se establece en el plano sentimental y moral, y en

donde los primeros aportan el sacrificio silencioso. Este vínculo entre masa y líder aparece como un elemento necesario e indiscutido; además de pensarlo como un elemento particular de toda la historia argentina, es inevitable que remita al presente del *comic*, y a un modo de hacer política, que por esos años encontraba como protagonistas para esa relación a las masas peronistas y su líder.²¹

El anonimato de los sujetos de la historia vale también para los escritores de las notas del periódico, ya que casi ninguna nota aparece firmada, y para los autores del *comic*, pues el nombre de Oesterheld no aparece en ningún sitio y la firma de Durañona es casi inentendible. Así, los que hacen el periódico también forman parte de la anónima masa. Como el *comic* es anónimo, el que nos enseña la historia también lo es, porque lo que se nos está contando es la historia de lo que realmente pasó, la historia del pueblo. No hacen falta grandes historiadores, ni nombres que garanticen veracidad. El pueblo no miente. En **El Descamisado**, dicen, toma voz el pueblo.

Otro elemento de la historieta que da identidad al bando oprimido es el lugar relegado al que siempre fue condenado por las fuerzas dominantes. Ellos habrían quedado siempre por fuera del ideograma de nación oficial, del orden, de la ley: “O sea que nos viene desde Rivadavia. Una ley para los ‘decentes’. Otra para la masa. Para allanar hoy una casa en el barrio norte todavía puede hacer falta una orden de allanamiento. Para allanar una casa en la villa basta y sobra el patadón en la puerta”²². Como decía, en todo el *comic* se remite a esta idea de que el orden establecido en la Argentina no sabía leer la realidad de su país, de que prefería enceguecerse y mantener al pueblo en el olvido, subordinado.

Pero hay un elemento aun más fuerte que apela a la identificación con el sujeto histórico oprimido: los muertos. El protagonismo que tienen en el periódico, pero mucho más en el *comic*, es invaluable al peso que puede llegar a tener ninguna otra figura. La muerte parecería ser una constante de la historia argentina. Pero la que en esta historieta se refleja no es cualquier muerte. Son por lo general, muertes heroicas y producto de una injusticia: muertes que deben ser vengadas. La muerte misma como valor. Muertos a los que hay que hacerles justicia en el presente, continuando la misma lucha, venciendo al enemigo, que es el mismo que los asesinó. Muertos con los que se identifican, porque son ellos mismos: los muertos de ayer son los de hoy, y ninguno de ellos ha tenido justicia, ninguno ha sido redimido. “Así muere Juan, un Juan cualquiera de hace 170 años, regando con su sangre esta Plaza de Mayo nuestra de todos los días”²³.

16 LI, cit. Original extraído de **El Descamisado** n° 13, 14 de agosto de 1973.

17 LI, cit. Original extraído de **El Descamisado** n° 15, 28 de agosto de 1973.

18 LI, cit. Original extraído de **El Descamisado** n° 13, 14 de agosto de 1973.

19 LI, cit. Original extraído de **El Descamisado** n° 15, 28 de agosto de 1973.

20 LI, cit. Original extraído de **El Descamisado** n° 13, 14 de agosto de 1973.

21 .- En **Ensayos de historiografía** (1996), Halperín Donghi critica al texto antes citado de Verón y Sigal, planteando que pasan por alto distintas grietas en los discursos del peronismo de los años '73 y '74, que permitirían captar con mayor profundidad los conflictos políticos. Para otra oportunidad este *comic* podría ser útil como objeto de indagación de dichas tensiones, en particular, aquellas que se estaban dando en torno a la relación de la izquierda peronista con el mismo Perón, y también en cuanto a los elementos que pudieron sostener la elección por la lucha armada.

22 LI, cit. Original extraído de **El Descamisado** n° 17, 11 de septiembre de 1973.

23 LI, cit. Original extraído de **El Descamisado** n° 13, 14 de agosto de 1973.

La tradición seleccionada contribuye decisivamente a forjar una continuidad en el largo plazo de esa identidad de los oprimidos y explotados que llega al presente del *comic*. Y en esa selección es interesante observar el rol protagónico de las montoneras y algunos caudillos del siglo XIX, probablemente porque para cimentar la identidad y la práctica de los montoneros del siglo XX era necesario retomar del olvido o la condena aquellas experiencias que guardarán, a criterio de los editores y redactores, mayores similitudes con las formas de lucha actuales, sobre todo en lo que atañe al uso de la violencia para dirimir los conflictos. Esos momentos de la historia retomados por los autores del *comic* son reinstalados en una cadena sucesiva de eventos para armar un relato histórico mayor y continuo, el de la continuidad de la identidad y la lucha de la nación, y para disputarle la legitimidad a la otra visión de la historia lineal, que ellos denominan como “la oficial o académica”.

La historia en el formato *comic*

La versión que produce el revisionismo militante puede entenderse no sólo como contraposición con el contenido de la historia hegemónica hasta entonces, sino también con su modo de entender la historia, y también con sus medios de circulación. Con este revisionismo, la historia circulaba lejos de lo erudito, debía ser algo al alcance de todos, sin explicaciones teóricas muy complejas ni análisis historiográficos exhaustivos, porque debía ser sensible a los oídos de la mayor cantidad de gente posible; formaba parte de todos, de la identidad de todos. Es decir, que el discurso histórico pasa aquí a ser una herramienta, un elemento más del conflicto político y social que plantea el revisionismo militante.

En este sentido toma relevancia el soporte elegido: el *comic*. Este es un medio que se opone claramente a los objetivos y los medios usuales de lo académico. La historieta es un producto de divulgación, de cultura de masas. Es por esto que el medio elegido para la difusión de la historia argentina es también otro elemento de lucha, en el que se refleja el conflicto latente.

Incluso, con “450 años de guerra” se hace un uso no habitual del *comic*, poniéndolo a plena disposición de un objetivo político. En palabras de Oesterheld: “La historieta ha dado una serie de cosas como la aventura, pero existen en el género vetas sin explorar. Eso de **El Descamisado** fue algo nuevo. Es como ocurre con cualquier género literario, una manera de hacer potable ese compromiso, y hacer un aporte útil”.²⁴ El gesto de Oesterheld se asemeja al de muchos otros intelectuales que por los mismos años decidían sacarle el valor que por sí mismas podían tener sus herramientas y actividades, para utilizarlas como medios al servicio de una causa política.

Esta construcción de la historia y el *comic* como medios se puede ver también en los roles que se le asignan tanto al lector como a los emisores de esta publicación. Uno de los primeros rasgos que resalta al leer la historieta hoy, 35 años después de

su publicación, es el tono pedagógico con el que se elige contar la historia. Se trata de una historieta que intenta explicar lo ocurrido, tiene claros objetivos de enseñanza, didácticos. Incluso en la presentación del *comic*, aparecida en el número 10 de **El Descamisado**, se dice que lo que se va a hacer es “contar la historia de cómo nos robó el imperialismo”, contar una explotación, averiguar “cual fue la realidad de nuestro pasado y cual es la realidad de nuestro presente”. Entonces, la enseñanza de la historia aparece como la herramienta para generar vínculo entre pasado y presente, para comprender la actualidad y lo que se debe hacer a partir de ella. El pasado tiene fines instructivos para entender las miserias del presente. Pero bien alejada de los objetivos de la historiografía académica, el fin pedagógico que se sigue en el *comic* tiene estrecha relación con un objetivo político explícito: en el segundo cuadro del primer número de esta historieta se dice “conocer bien al enemigo es empezar a vencerlo”.²⁵

Esto presupone que el lugar del lector es el de la ignorancia; ya vimos que es éste un atributo positivo de los “juanes cualesquiera”, ya que es el valor opuesto al de la conspiración de los traidores. Pero además, el que estos sujetos sean desconocedores permite recrear la lógica de que una vez que accedan a la verdad, se volcarán inmediatamente a la lucha. El conocimiento, la comprensión, la verdad son medios, puertas directas que llevan al accionar, instrumentos a los que puede llegar cualquiera, sólo hace falta alguien que les saque la venda de los ojos (lo que, al mismo tiempo, coloca en lugar de voz de autoridad al enunciadore). Entonces, como respondiendo a una premisa iluminista, y como lo hacen los discursos historiográficos clásicos, hay una apuesta por el saber meramente transmitido. Pues esta apuesta tiene a su vez algo de dogmática, en el sentido de que la verdad es revelada, y debe ser captada, absorbida en bloque, de forma pasiva y sin cuestionamientos ni indagaciones.

El gran relato

Algo del uso que se hace en el *comic* de lo histórico recuerda al Nietzsche de las segundas intempestivas, en donde señala tres usos posibles de la historia en los cuales el pasado juega distintos roles, aunque en todos los casos, sufre. El que aquí nos compete es el de la historia monumental. Dice el autor que este tipo de uso de la historia es el que hace aquel que mantiene una gran lucha, y necesita modelos que no encuentra en su presente. Entonces,

extrae de ella —de la historia— la idea de que lo grande alguna vez existió, que, en cualquier caso, fue posible, y, por lo tanto, también quizá sea posible de nuevo. (...) Y, no obstante, para aprender del mismo ejemplo inmediatamente algo nuevo, ¡qué arbitraria y vaga, qué inexacta sería esa comparación! ¡Cuántas diferencias han de ser dejadas a un lado para que actúe ese efecto lleno de vida! ¡Con cuánta violencia hay que obligar a la individualidad del pasado a subsumirse dentro de un esquema general

24 Entrevista hecha por Carlos Trillo y Guillermo Saccomanno el 5 de marzo de 1975. Fragmento publicado en *LI*, cit.

25 *LI*, cit. Original extraído de **El Descamisado** n° 10, 24 de julio de 1973.

y quebrar así sus asperezas y líneas precisas en aras de la armonía! (Nietzsche, 2003: 55-56).

Esta es la resignificación que sufre el pasado bajo este tipo de uso. Pero aun así el pasado es necesario para generar intervenciones sobre el presente: "Para que el hombre activo (...) no se desanime y sienta hastío, ha de interrumpir la marcha hacia su meta, mirar detrás de sí y tomar aliento. (...) Así, mediante la utilización de la Historia, logra escapar de la resignación" (Nietzsche, 2003: 53). Entonces, es gracias a la resignificación a la que se ve sometida que la historia puede aparecer como impulsora, como generadora de fuerza en el presente. Es decir, el pasado es convocado no sólo bajo las determinaciones de un presente, sino en vistas al futuro. Ante épocas de densidad política o social suele darse un empañamiento del tiempo lineal, haciéndose más activas y profundas las relaciones entre pasado, presente y futuro. Una parte importante del auge de la difusión histórica en los '70 seguramente tuvo que ver con la creencia en un futuro distinto del presente y no muy lejano.

Ahora bien, a partir de todo lo dicho hasta aquí, cabría preguntarse si esa relación establecida con el pasado argentino era realmente, como cree Jozami (2006), una de tipo benjaminiano, en donde las luchas se alimentaban "de la imagen de los antecesores esclavizados y no del ideal de los descendientes liberados" (Benjamin, 1994: 186). Esta pregunta lleva necesariamente a revisar qué tipo de encuentro se armaba entre el pasado y el presente, qué lugar tenía cada uno, y cómo se articulaban las demandas propias de cada época.

En este caso, es Nietzsche el que permite avanzar un paso más. Dice este autor que el mandato de la historia monumental reza así:

lo que fuera capaz una vez de dar una mayor dimensión y una realidad más hermosa al concepto de 'hombre', ha de estar también eternamente presente, tiene que ser posible eternamente (...) éste no es sino un pensamiento fundamental en la creencia en la humanidad, esa humanidad que tiene su correspondencia en la exigencia de una historia monumental. Justo en esta exigencia de que lo grande deba ser eterno, se desencadena la lucha más terrible... (Nietzsche, 2003: 53-54).

Entonces, es bajo esta exigencia de las grandes historias, de los grandes relatos a partir de la cual se interpreta y se usa al pasado. Creo que la utilización de la historia por parte del revisionismo militante tuvo mucho que ver con esta exigencia. Es que por detrás de esta forma de mirar el pasado argentino y de llevarlo al presente de los '70, es posible vislumbrar una concepción de la historia bien acorde al siglo XX, es decir, la historia como un proceso progresivo a través del cual se deben emprender determinadas luchas que desembocarán irremediabilmente en la revolución, para dar paso a la sociedad anhelada. Era un destino prefijado que debía cumplirse. Así se construyó un pasado que debía constituir un gran relato histórico. Y a partir de allí, se trazaron las linealidades: los militantes setentistas eran el último eslabón de una cadena de opresiones que iba a redimir a todos los

sujetos explotados en la historia argentina, "el 17 de octubre de 1945 se jugó otra gran victoria contra el imperialismo. Los mismos profundos sentimientos de patria justa, libre y soberana que alimenta a nuestra última montonera... esa montonera que peleó la resistencia, que desató el Cordobazo, que golpeó la dictadura hasta rendirla... que hoy, ya no más dispersa, vigila alerta, pronta siempre a reaccionar contra el próximo zarpazo".²⁶

Bibliografía citada

- Benjamin, Walter (1994), **Discursos interrumpidos**, Buenos Aires, Plánet.
- Halperin Donghi, Tulio (1996), **Ensayos de historiografía**, Buenos Aires, El cielo por asalto.
- Jozami, Eduardo (2006), **Rodolfo Walsh. La palabra y la acción**, Buenos Aires, Norma.
- Nietzsche, Friedrich (2003), **Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida (II intempestiva)**, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Sigal, Silvia y Eliseo Verón (1986), **Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista**, Buenos Aires, Eudeba.

26 LI, cit. Original extraído de *El Descamisado* nº 23, 23 de octubre de 1973.

Resumen

Entre 1973 y 1974 en el periódico **El Descamisado** salió publicada la historieta de H.G. Oesterheld “450 años de guerra”. En ella se narran distintos acontecimientos de la Argentina del siglo XIX, trazando permanentemente una linealidad-continuidad con el denso presente de los '70. Sabido es que toda visión del pasado está condicionada por su presente, sin embargo esta relación entre ambos tiempos es más compleja que el mero condicionamiento. El pasado en este caso, es convocado como revitalizador para la lucha; ahora bien, como sabe Nietzsche, bajo estas operaciones necesariamente, el pasado es el que sufre.

Abstract

The newspaper **El Descamisado** published between 1973 and 1974 the *comic* strip of H.G. Oesterheld “450 años de guerra” (“450 years of war”). The different historical events of the XIXth century in Argentina are narrated establishing a continuous linearity with the difficult present of the 70's. As it is well known, every conceptualization of the past is determined by our present, nevertheless this determination is not what makes the full complexity of the relationship between past and present. In this case, the past is called to give the strength and vitality for the present fight. But as Nietzsche well knew, by employing this strategy the past necessarily suffers the consequences.

Palabras clave

Historia, historiografía, pasado-presente

Keywords

History, historiography, past-present

Rawson y Trelew

Roberto Pittaluga

En los últimos años el cine se ha convertido en un lenguaje relevante para aproximarse al pasado reciente argentino. Las nuevas tecnologías y los cambios en la producción artística han posibilitado la multiplicación de los modos y de los recursos para hacer cine (Aguilar, 2006), lo cual confluyó con el también en expansión campo de producción de memorias e historias sobre la experiencia argentina reciente. Los acontecimientos de Rawson y Trelew en 1972, fueron ya objeto de tratamiento cinematográfico en 1973 por el Cine de la Base con su **Ni olvido ni perdón. 1972: la masacre de Trelew** y, más recientemente, por Mariana Arruti, quien dirigió el film **Trelew. La fuga que fue masacre**, estrenada en 2004.¹

Aquí me propongo presentar dos films muy distintos a los mencionados. En primer lugar, por su factura: no se trata de *cine militante* y urgente como era el de Gleyzer, ni de producciones que cuentan con recursos de cierta envergadura, sino de dos composiciones realizadas como tesis de licenciatura en la Facultad de Ciencias Sociales. Y distintas también en otro sentido, pues si la película de Gleyzer expresa la mirada militante, y la de Arruti una crónica que reconstruye lo que considera un “evento nacional” (principalmente la fuga, que es el centro del film), tanto **Prohibido dormir** (2004) de Paula Bassi y Diego Pauli como **JP Rawson. Crónica de una militancia** (2007) de Nahuel Machesich eligen mirar desde Rawson y Trelew. Se trata de una elección que, además, posee un valor político específico: los realizadores son jóvenes de entre treinta y cuarenta años que nacieron o vivieron en Trelew y Rawson, por lo que sus biografías están atravesadas por estos acontecimientos, narrados o silenciados; lo que advierte de la importancia que, en términos de transmisión entre generaciones, tiene la recomposición crítica de la historia del pasado reciente argentino.

En el film de Bassi y Pauli la explícita formulación de esta perspectiva y este interés por mirar “desde allí” aparece en los tramos iniciales, cuando la voz en *off* de la codirectora comenta el cruce de las trayectorias vitales de cada uno: Pauli, un porteño que se fue a vivir a Trelew; Bassi, nacida en esa localidad pero residiendo en Buenos Aires; ambos con un especial interés en narrar este otro Trelew, ni el de la fuga ni el de la represión y el martirio, sino el de la movilización popular, el del “trelewazo”. El cruce de sus residencias es también el cruce que la película quiere lograr: que esa historia, digámosle “local”, y ese modo de mirarla, llamémosle “desde un margen”, ingrese en la memoria colectiva de este país. **Prohibido dormir** es un título que indica quiénes son los protagonistas de este relato y qué es lo que los directores quieren reconstruir.

En octubre de 1972, casi dos meses después de la masacre, un vasto operativo ordenado por la dictadura de Lanusse, con allanamientos y detenciones en las ciudades de Trelew, Rawson y Puerto Madryn, militarizó la región, trasladando a dieciséis personas casi todas miembros de las comisiones de solidaridad con los presos políticos a la cárcel de Devoto. “Parecía una ciudad tomada” comenta una de las testimoniantes, y la imagen del relato, acompañada de las de archivo, contrasta con aquella otra que el espectador fue formándose a partir de los relatos iniciales de los protagonistas, en los cuales la creciente actividad cultural y política (teatro, cine-club, solidaridad con los presos políticos alojados en el penal de Rawson, etc.) hacía marca profunda en sus biografías. Mirar “desde Trelew” los acontecimientos del '72 es abrir la cámara ante estos testigos y protagonistas, militantes de los bordes en los setenta, testimoniantes desde el margen en el nuevo siglo. Es colocar el foco en la vasta movilización que siguió a la detenciones de octubre a pesar de la desmesurada presencia militar, cuando entre tres mil y cuatro mil personas (de una población estimada que rondaba los 25 mil habitantes) llenaron y tomaron el teatro Español, en el centro de la ciudad, y decidieron sostener una vigilia hasta que liberaran a los mili-

1 - **Ni olvido ni perdón. 1972: la masacre de Trelew** (Argentina, 1973), dirección y producción: Cine de la Base; **Trelew. La fuga que fue masacre** (Argentina, 2004), dirección de Mariana Arruti. Para el cine de Gleyzer puede consultarse Mariano Mestman (1995) y Fernando Martín Peña y Carlos Vallina (2006). Un análisis de estas dos películas en Pittaluga (2008b).

tantes encarcelados.² Hacer una película sobre el trelewazo es hablar de octubre más que de agosto, es documentar la construcción, efímera es cierto, de *lo político* en una pequeña ciudad, es testimoniar de aquel forjar una comunidad democrática —la democracia asamblearia en el teatro— a pesar de la dictadura y la ofensiva represiva.

Reunir los testimonios de los protagonistas y testigos de aquella formidable respuesta popular a las prácticas represivas del Estado nacional, no significa, para los directores, contar ya con una versión incontestable, la de “quienes estuvieron allí, en aquel momento”. El documental apela a todos los procedimientos y herramientas del género, pero a la vez esboza una reflexión sobre cómo vincular el cine y los modos de rememoración. Digo esboza porque el propio film se debate entre una estructura más clásica que alterna testimonios recogidos e imágenes de archivo, y una serie de procedimientos que, como señaló Ana Amado en relación a **Papá Iván**, distorsionan la condición de documento —de *prueba documental*— de los materiales expuestos y generados. Esa dislocación, realizada de modo sutil en pequeños pasajes, como al descuido, que busca perturbar el efecto de verosimilitud del género, es la forma de presentar el carácter de artefacto del documental, realizado no para divulgar una verdad ya sabida sino como un camino de exploración, pensamiento e interpretación, a la vez que como un ejercicio de rescate de experiencias sociopolíticas del pasado reciente por medio de su rememoración.³

El carácter complejo del hacer memoria y el trabajo paciente con lo testimonial es afirmado en los pasajes iniciales cuando Bassi duda de sus propios recuerdos: mientras camina por una empinada calle de su barrio natal, comenta que “es imposible que haya bajado por el callejón en el triciclo, eso lo debo haber imaginado”. Esa aparentemente desprevenida observación disuelve cualquier tratamiento ingenuo de los testimonios sobre lo acaecido —que constituyen el grueso del material con el que está hecho el film—, es decir, superpone a la tarea de la escucha la de la interpretación. Pero si instala la duda sobre lo testimonial no es para descartarlo por subjetivo, sino para intentar un acercamiento distinto a ese régimen de la palabra y la memoria.⁴

Para insistir sobre esta mezcla entre pasado y presente que en cada testimonio es preciso desentrañar⁵, los directores recurren

a un artificio: en varios momentos de la película intercalan retratos de personas —casi todas jóvenes— filmadas en super 8, en blanco y negro, como si fueran imágenes antiguas, de la época de los acontecimientos que se narran, pero con destacados toques de actualidad (en la ropa, los cortes de cabello, etc.). Imágenes ambiguas, que ponen en la escena cinematográfica la ambivalentemente amalgama de presente y pasado en el discurso de la memoria. Nada sabemos, los espectadores, de aquellos que posan, cuáles han sido o son sus relaciones con el tema de la película; tampoco se explican los motivos de estas imágenes que cada tanto y por unos segundos cortan la narración.⁶ Podemos pensar que se trata de una imagen cinematográfica que pretende estar cercana a la fotografía. Roland Barthes ha dicho que la fotografía atestigua indudablemente que eso que registra materialmente ha tenido lugar. Pero inmediatamente agrega que, por sí sola, la imagen fotográfica no dice nada, es decir, *eso que sucedió* está sujeto a interpretación, precisa de una reflexión, no es evidente por sí, o en palabras de John Berger, la fotografía no narra. A lo que hay que sumar que la fotografía expone lo pasado, lo que ha sido, lo muerto, lo fijado. En la película de Bassi y Pauli, estas imágenes en blanco y negro (todo el archivo fílmico y fotográfico es en blanco y negro, mientras que las imágenes del presente están en color para acentuar la diferencia, salvo justamente éstas a las que me refiero) exponen la necesaria contaminación entre pasado y presente en la narración testimonial, a la vez que, en su indeterminación, enfatizan la necesidad de la interpretación.

Bassi y Pauli buscan exponer la vitalidad que hubo en la movilización del pueblo de Trelew para rescatar a sus conciudadanos detenidos, haciéndose eco de los testigos que, una y otra vez, tratan de volcar en palabras algo que parecen percibir es de difícil transmisión. “Una piedra preciosa entre tanto ripio, y no hallamos cómo mirarla, qué hacer con eso” dice un ex militante respecto del trelewazo, y de cierta manera este juicio recoge la carga valorativa que recorre los testimonios. No es tanto la amplitud social o ideológica que la asamblea del teatro Español contuvo, sino el tipo de encuentro que allí se produjo lo que quieren remarcar los protagonistas y los directores, como cuando una mujer que en aquel momento debía ser muy joven relata que ella se sentía como una militante de segundo o tercer orden, pero lo que vivió allí la colocaba en un espacio distinto, como protagonista. Del mismo modo alguien menciona que si los dirigentes (de los partidos políticos) en un principio le dieron marco y coordinación a la movilización, rápidamente pasaron a un segundo plano pues era la misma asamblea reunida en el Español la que asumía autogestionarse. Ninguno de los testigos puede afirmar quién o quiénes convocaron al pueblo a reunirse en el teatro, y mientras algunos cuentan que apenas cesaron los allanamientos la gente salió espontáneamente de sus casas y comenzó a marchar hacia el centro, como si fuera impulsada por una misma voluntad, otros comentan que no se sabe de dónde vino la idea de tomar el teatro y permanecer en vigilia hasta obtener la libertad de quienes dejaron de ser simplemente vecinos para convertirse, en el transcurso de los días y las noches, en compañeros. Los relatos

2 El “trelewazo” es el tema principal del libro que, en 1973, publicó Tomás Eloy Martínez, **La pasión según Trelew**. Para un análisis detenido de esta pueblada, cfr. Ana Julia Ramírez (2007).

3 Para un tratamiento más extenso del concepto de ejercicio de memoria o rememoración, cfr. Jelin (2002), Ricœur (2004), Oberti y Pittaluga (2006).

4 Si lo acaecido y lo imaginado forman parte de lo recordado, por lo que la estructura diegética de un documental no puede componerse solamente de los hechos verificables, entonces su régimen es ficcional en otro sentido además del señalado por Jacques Rancière (2005: 182-183): se trata siempre de una especulación del director, un modo que nos ofrece para interpretar un material en el que, *a priori*, no podemos distinguir entre lo imaginado y lo sucedido. De allí la importancia de cómo las interpretaciones ya contenidas en los testimonios son confrontadas, entre sí o por medio de distintos procedimientos críticos.

5 Es el trabajo interpretativo *con* y *sobre* el testimonio, con su textura, lo que permite discernir en cada uno de ellos, el pasado y el presente que de otro modo serían indistinguibles.

6 Los nombres de quienes posan, como los de los entrevistados (aunque en este caso acompañados de su imagen), aparecen recién en los títulos de cierre.

(“todos recuerdan el 22 de agosto, pero acá también estuvo octubre” enfatiza una mujer) cuentan con un telón de fondo que permite un acercamiento comprensivo, es decir una intelección, por parte del espectador, al darle un marco de significación a la movilización, sin por ello subsumir sus sentidos en los acontecimientos que configuran dicho contexto, y que en general son sobre los que se han construido las narrativas y las memorias. Una visita al aeropuerto por parte de los directores, fragmentos de la conferencia de prensa que allí brindaron los guerrilleros, acercamientos a la masacre, noticias de la fuga, imágenes de las movilizaciones sociales y políticas de los años sesenta y setenta son todos datos que, como pinceladas, construyen ese exterior sobre el que se recortan los posibles sentidos del “trelewazo”. Pero son pinceladas y no dadores unidireccionales de sentido; no se trata de un contexto que “explica” el movimiento asambleario y de vigilia, sino un marco con el cuál las prácticas que configuraron eso que tomó el teatro Español dialogan y confrontan. El ojo de la cámara quiere registrar precisamente esas prácticas, y a la vez guardar cierta distancia con los eventos que arman el telón de fondo. En una escena ambos directores hojean el ejemplar de **Estrella Roja**, la revista del ERP, a propósito del primer aniversario de la masacre de Trelew; lo hacen con la revista sobre el baúl del auto, y a un comentario de Diego Pauli, Bassi pregunta si todos los presos políticos en Rawson eran del ERP, exponiendo más que un desconocimiento, un lejanía entre lo que quieren que recupere la película, y los tópicos que han vertebrado los relatos sobre Trelew. Esta lejanía es también una búsqueda de *otro* archivo: las fotos de la movilización de Trelew, escasas, son acompañadas por las grabaciones que algunos testimoniantes guardaron de las canciones que, con músicas populares (algunas de Chicho Sánchez Ferlosio, como **La hierba de los caminos**, compuestas en la resistencia al franquismo en los años sesenta) y letras retocadas para adaptarlas a las circunstancias de su lucha, los activistas inventaban durante las noches y cuya entonación los fortalecía durante el día. Del mismo modo, es la búsqueda ante la escribana de las actas que los hacían apoderados —esto es, los hacía solidarios— de los presos políticos lo que interesa a los directores.⁷ Y si el título del film es el de una negación, la narración descansa en una afirmación: aquella que produjo un nuevo escenario político en y por el cual muchos habitantes de Trelew —de modo efímero en muchos casos, pero eso no le quita relevancia— devinieron sujetos políticos.

Nahuel Machesich comienza su película **JP Rawson. Crónica de una militancia** con algunas preguntas: ¿qué pasó en Rawson en los años setenta? ¿Por qué en esa, su ciudad natal, no se cuenta nada de lo acontecido en los '70? Preguntas que en su misma formulación indican ya un saber sobre lo que interrogan, y que parecen contraponerse con las imágenes iniciales de lugares vacíos, espacios des-habitados, desérticos, donde nada pasa y todo se repite infinitamente, y donde las voces colectivas que recitan las consignas setentistas y que como fondo acompañan esas primeras secuencias, parecen venir de otra parte. O quizás provengan de otros tiempos: como en los tramos finales del

7 Los apoderados eran quienes, sin ser abogados, accedían a un régimen de visitas semanal con los presos.

film plantea el director, tal vez sean los ecos susurrantes de las generaciones pasadas ante el inminente peligro de su definitivo olvido.

No es lo mismo formular esas preguntas en una gran ciudad como Buenos Aires o Córdoba, que hacerlo en una que rondaba, en los años en cuestión, los 7000 habitantes. Estas preguntas en una comunidad sin anonimato —“en Rawson todos nos conocíamos” dicen algunos de los testimoniantes— adquieren otro espesor.⁸ Una densidad multiplicada por las señas particulares de esta localidad: se trata, básicamente, de una ciudad administrativa y gubernamental, asiento de una de las cárceles más importantes del país, una cárcel emblemática —para Rawson y para el país—, tanto como lo fuera en la primera mitad del siglo el penal de Ushuaia. Pero es además una región con fuerte presencia militar que incide profundamente en lo social y cotidiano.

Notablemente ausente de las autorreferencias de los miembros de la vecindad, la cárcel de Rawson parece ser el lugar informulado sobre el que se articula esa misma comunidad, parece constituir ese fundamento monstruoso de la comunidad y del poder que la estructura.⁹ La cárcel es la frontera entre lo legal y lo ilegal, entre el adentro y el afuera de la comunidad, y por ello Rawson es una población “en el límite”. A ello se suma que, desde al menos 1971, la Unidad Penitenciaria n° 6 es un espacio de reclusión del desafío político a esos fundamentos de la comunidad tal como existe, es una prisión del crimen político (obrero, de izquierdas y/o revolucionario).¹⁰

Hacer una película sobre lo acontecido en los setenta en Rawson implica entonces intervenir críticamente, en el sentido de poner en crisis ese fundamento, ese lugar clave que tiene el penal en la historia de la ciudad —sobre todo *desde* los setenta—, presentándolo ante el espectador. Y el director elige hacerlo confrontando desde el inicio la aseveración local que dice que en Rawson “no pasa nada”.¹¹ De todos modos, no se trata de una confrontación fácil. Justamente este lugar innombrable del penal

8 Un testigo comenta que le resultaba difícil saber si cuando iba a la cancha de rugby los policías de civil estaban vigilándolo, como hacían diariamente, o estaban mirando el partido, como cualquier vecino.

9 “¿Qué significa para los habitantes de Rawson la cárcel?” se pregunta el director. Para ser más claros: no es que la cárcel está ausente de los relatos de los habitantes, ni que la ciudad (comunidad) no la tenga como referencia social, cultural y espacial; el problema es que no aparece como lo que ha sido en el pasado reciente, un nudo neurálgico de la reconfiguración extremadamente violenta de los lazos sociales. En **Prohibido dormir**, Diego Pauli lo dice de otro modo: de pie frente al penal le comenta a Paula Bassi que nadie pasa por la vereda de la cárcel porque “es un lugar tabú” y porque “ese camino no te lleva a ningún lado”.

10 La peculiaridad de una sociedad con esa presencia carcelaria es apuntada por el historiador Mauricio Fernández Piccolo, que testimonia en **Prohibido dormir**, una particularidad que los directores quieren enfatizar con las imágenes de archivo de la inauguración del penal.

11 Resulta inverosímil que en una pequeña ciudad del sur en la que se encontraba la mayor cárcel de presos políticos durante los años setenta, “no haya pasado nada”; el mismo director se pregunta cómo pudo crecer allí sin referencias a hechos tan importantes de la historia reciente como la fuga y la masacre de agosto de 1972. Lo que atormenta al joven director —que dice explícitamente no saber muy bien por qué está realizando ese film— es, justamente, que en el silencio se expone el origen siniestro e innombrable de la comunidad reconstituida desde 1972.

lo sustrae de la discursividad corriente, como ese vecino que en el mismo pasaje puede afirmar que él siempre vivió allí pero que “no estaba” cuando en la unidad penitenciaria había presos políticos. El (no)lugar del penal en las referencias resulta indicativo de la imposibilidad por adscribirle un espacio fijo, dentro o fuera de la propia comunidad. Vivir allí —ser vecino, ciudadano— significa tener un vínculo ambiguo con la cárcel. Es por ello que los testimoniantes se refieren a los familiares de los detenidos que vienen de todo el país como “extranjeros”, extraños a la comunidad, habitantes de ese espacio extra-comunitario que está del otro lado de los muros, desterrados por sus lazos de solidaridad con los reclusos. A la par, la cárcel está sólidamente unida al futuro de muchos jóvenes rawsenses, quienes pasan a engrosar las filas del Servicio Penitenciario, inscribiendo al penal en la trama cotidiana de la ciudad. La imposibilidad de fijar un lugar para el penal —para esta cárcel, con su historia particular— en el relato de la ciudad es el núcleo secreto, porque es del orden del indecible fundamento, sobre el que se vertebró la propia comunidad, y es por esto que su inscripción discursiva toma la forma de la banalidad, carente de toda dramaticidad y sin remitir nunca a los hechos sangrientos de los años setenta.¹²

Si la U6 desaparece de las memorias cuando se pregunta por los vínculos de Rawson con los presos políticos, por la masacre de 1972 o por el funcionamiento de un centro clandestino durante la última dictadura, ¿cómo indagar, entonces, en lo que pasó sin volver, como en los setenta, a la narración de la fuga, de los héroes y mártires, de los sobrevivientes, o al relato descriptivo de la masacre? Para no repetir los recordatorios ya ritualizados, Machesich desplaza el objetivo de su lente para enfocar a quienes permanecieron en sombras en todos estos años, principalmente los militantes pero también otras voces (o silencios) de la comunidad de Rawson, para intentar desde allí una nueva comprensión —o al menos nuevas preguntas— sobre lo sucedido antes, durante y después de la fuga y el fusilamiento.

Es así que el film —al igual que lo hace **Prohibido dormir**— compone un relato modulado, en sus primeros tramos, por las estaciones de la politización de los principales testimoniantes, una politización devenida a partir de las actividades culturales y sociales de un grupo juvenil del que nace, primero, el agrupamiento cultural El Parche —en oposición a las formas de sociabilidad consagradas, como las del Club Social de Rawson— y, luego, la Juventud Peronista. Los pormenores minimalistas de los testimonios sobre qué era la militancia, en el pasaje desde las iniciales tareas de organización del carnaval y la confección del rey momo o las actividades de teatro para niños en las guarderías y el hospital, hasta el apoyo a la formación de comisiones vecinales en los barrios de emergencia que se re-nombraban como barrio “Montoneros” o “Evita”, pasando por ciertas derivas estéticas que exponían los desplazamientos que estos jóvenes estaban produciendo respecto del modelo de ciudadanía predominante (y sobre todo del modelo de juventud, cuya futuridad

12 O, en todo caso, referirlos como parte de otra historia, ajena, como hace uno de los vecinos que, a pesar de ser un guardiacárcel durante aquellos años, se ubica ante la cámara como tercero, no vinculado directamente a las luchas políticas de entonces.

normalizada era el vecino responsable), esa detención en lo que parecen sólo detalles, tiene un doble propósito. En primer lugar, el de constituirse como relato de las formas de la militancia juvenil, de sus prácticas menos “espectaculares” y más cotidianas, que nos permiten un acceso a dimensiones en los márgenes de la política y a la temporalidad propia de la subjetivación política: cómo exponían sus deseos y cómo se organizaban e intervenían en su tiempo (en la época pero también en el tiempo cotidiano, surcado por otros menesteres). Entre estos detalles está uno que adquiere, a medida que la película avanza, un rol clave: la solidaridad con los presos políticos que, desde mediados de 1971, empiezan a llenar la Unidad 6. También la película de Bassi y Pauli, como decía, recoge esta emergencia de lo colectivo político y cultural pero en Trelew; y como en **JP Rawson**, los testigos aluden a la llegada de los presos políticos como un momento fundamental que trastocó tanto las actividades militantes como el paisaje de la ciudad.¹³

Las actividades de solidaridad (postularse como apoderados de los presos para integrar el régimen de visitas, habilitar las viviendas particulares para recibir a los familiares, preparar las provisiones para los presos, etc.) son extendidas —relatan los entrevistados por Machesich— desde el grupo inicial de militantes hacia la comunidad, en especial a las barriadas. Lo que estas prácticas colocan en el centro es la búsqueda por disolver la frontera que separa a los presos de la sociedad (a eso refiere lo de romper su aislamiento, un aislamiento pensado por el régimen que llevó a los presos a una cárcel alejada, de difícil acceso), y lo hacen instituyendo un lazo que empieza por nombrarlos y que adhiere a la causa que los ha llevado allí (por lo que se llaman comisiones de *solidaridad*). El desafío al orden y a los fundamentos de la sociedad es explicitado por los nuevos colectivos, donde los familiares provenientes de otras ciudades ya no son extranjeros y los presos políticos no precisan “reintegrarse” pues son parte de *esta otra* comunidad.¹⁴ El film de Machesich exhibe con detenimiento estas prácticas solidarias porque su segundo propósito es presentar desde esta otra perspectiva tanto la fuga como la posterior masacre en la base Almirante Zar, exponerla bajo un ángulo por el que adquieran otra dimensión. Cuando ambos acontecimientos son abordados, producen un cortocircuito en la fluidez de los testimonios. La fuga se presenta como un imprevisto: todos los ex militantes que testimonian narran su sorpresa, junto con una leve pero manifiesta molestia por el carácter inconsulto de la decisión de fugarse.¹⁵ El film llega

13 Podría pensarse que es la dimensión retrospectiva de la rememoración la que confiere ese lugar destacado a las actividades de solidaridad con los presos políticos. Sin embargo, pienso que es justamente esa actividad en la que se expresa con cierta nitidez la fundación de otro lazo social, y que por ello ha dejado una huella tan profunda en las vidas de los militantes implicados.

14 Logramos “una comunión entre los barrios y el penal”, sostiene uno de los testigos.

15 Ninguno de los militantes de Rawson declara haber sabido de los planes de fuga. Sus testimonios hoy, en algunos casos, reproducen con sorprendente exactitud los que brindaron en los meses posteriores a agosto de 1972 (lo mismo sucede con algunos fragmentos testimoniales en **Prohibido dormir**); cfr. T. E. Martínez, *op. cit.* Sin embargo, el tono levemente crítico que los recorre no aparece en los de hace más de 30 años. Uno de ellos afirma, utilizando incluso argumentos caros a

así a un punto nodal: por medio de la relación —fallada— entre las narraciones de la militancia y la fuga, el director nos presenta la posibilidad de debatir en torno a las concepciones políticas de la militancia setentista. O al menos entre dos modalidades de las prácticas políticas, aquella fundada en la política de la solidaridad y la que se expresa en la práctica de la evasión del penal que ejecutan los presos de las organizaciones político-militares.

Esta contraposición entre dos modalidades de lo político no es expuesta por los testimoniantes; por el contrario, manifiestan repetidamente su admiración por los dirigentes presos en tanto cuadros políticos poseedores de saberes e incluso varios de ellos evalúan la fuga como un éxito y no cuestionan su pertinencia. Sin embargo, la divergencia entre modos diferentes de la práctica política está sugerido en el montaje del film por un director que, antes que optar por un contraste dicotómico, prefiere ofrecernos las marcas sutiles de ese “desacuerdo” que jalonan las narraciones testimoniales, trabajando así los testimonios por lo que dicen y por lo que callan. La ausencia absoluta, en el documental, del relato del diseño y ejecución del plan de fuga, y la centralidad de la palabra testimonial que vuelve una y otra vez a dar cuenta de esa movilización política solidaria previa —que para las condiciones de una ciudad como Rawson resulta ciertamente notable— indican qué es lo que Machesich ha elegido ver y contarnos, y lo hace dejándonos libertad para interpretar, a nosotros espectadores, esas marcas en los testimonios. Lo que posibilita esta estrategia narrativa es que accedamos a una dimensión de lo acaecido que en general aparece ensombrecida por los relatos de los grandes procesos o los acontecimientos espectaculares. En el caso que nos ocupa, la fuga como acontecimiento haciendo sombra hasta invisibilizar la politización de los jóvenes de Rawson, en especial la gestación del movimiento de solidaridad y su extensión en algunos barrios populares, una politización que en decisivos aspectos no puede sintonizar armónicamente con la práctica implícita en la fuga planeada y ejecutada por las organizaciones armadas. Un ocultamiento que no es producto de la *natural* visibilidad de un hecho respecto de otro sino que es resultado de las escrituras de la historia o de los procedimientos selectivos de quienes hacen memoria.

Si la fuga se integra problemáticamente en las narraciones testimoniales de la militancia de Rawson, la masacre llega como un golpe letal a esos relatos tal como se habían desplegado hasta ese momento en el documental. A partir de allí, salvo la mención de la liberación de los presos el 25 de mayo de 1973, la experiencia de la militancia se transforma en la de la persecución, el hostigamiento y la represión, a cargo no sólo de las fuerzas militares y policiales sino también de la “comunidad” de Rawson, esa que fue desafiada por los jóvenes militantes con su politización y que reaparece en los testimonios a través de la figura de los “alcahuetes”. La inflexión temática que recoge el film permite problematizar ciertas figuras que, de modo ciertamente esquemático, han servido para periodizar —ordenar, interpretar— los años

setenta. Me refiero a la noción de “terrorismo de Estado”, que en los discursos hegemónicos aparece superpuesta —y resulta intercambiable— con la de dictadura, y que con matemática precisión ha sido adjudicada al período que va del 24 de marzo de 1976 al 10 de diciembre de 1983. Sin embargo, uno de los testigos de **JP Rawson** extiende el concepto para hablar de los años previos al golpe militar, y los relatos testimoniales, en el film, tienden a superponer e indistinguir los años del tercer gobierno peronista y los del gobierno militar que lo derrocó, matizados como están por las prácticas represivas que los tuvieron como blanco: “Lo que vino después fue un infierno” afirma uno de los ex militantes. “Sentó un precedente”; nos causó “un dolor y un miedo”, “nos sentimos amenazados” expresan los distintos testigos, estableciendo puentes de continuidad entre la masacre de Trelew y el terrorismo de Estado. Del mismo modo, en **Prohibido dormir** una testimoniante atribuye a la masacre del 22 de agosto el ser el primer acto de terrorismo de Estado, pues “marcó hasta dónde estaba dispuesto el gobierno de las Fuerzas Armadas ... e instaló el miedo, que es el efecto buscado del terrorismo de Estado”. Para estos relatos, la masacre ya no aparece como el acto desesperado de un gobierno en retirada —lectura privilegiada por las izquierdas setentistas (Pittaluga, 2008a)— sino como la antesala de la catástrofe que la continuará. En el mismo sentido, imbrican a las instituciones estatales con sectores de la sociedad civil, borrando la supuestamente nítida frontera que hace recaer la represión exclusivamente en el Estado, o a lo sumo en los llamados grupos paraestatales (que en general son sostenidos por el Estado), para indicarnos que debemos mirar más allá.

A diferencia de otros relatos que hacen de los acontecimientos de Rawson y Trelew un momento victorioso, sea por la fuga, sea porque leen la masacre como acto final de una dictadura en apresurada retirada (Pittaluga, 2008a), en **JP Rawson** la narración no puede sino estructurarse en torno a las enormes heridas que han quedado. La profundidad de la masacre aparece como marca contundente: los testimonios sobre el período posterior a agosto del '72 ya no hablan de la militancia, ya no relatan la politización sino que exponen el temor y la persecución. La política desaparece.

Probablemente por ello, por la densidad de la herida, los tramos finales estén dedicados a los problemas de la transmisión, y a las disputas en la construcción de memoria. Por un lado, en la mirada que los ex militantes tienen de las nuevas generaciones, a las que creen despolitizadas y desinteresadas por el pasado (uno de ellos llega a afirmar que los jóvenes ni siquiera creen que lo que se narra haya sucedido). Este aferramiento nostálgico a la “política de lujo” de los setenta —según las palabras de uno de los testigos— dificulta pensar las nuevas formas de lo político que, en cierto modo emparentadas con lo que fue la experiencia de los propios testimoniantes —aunque ellos no la vean de ese modo—, se despliegan en distintos colectivos juveniles actuales. Y también desatiende el estado de la memoria social al respecto, donde se mezclan de modo fragmentario versiones distintas y hasta antagónicas de lo sucedido. El lugar eminente de la muerte del guardiacárcel Valenzuela en la memoria colectiva de Rawson es expuesto por Machesich sin anestesia por medio de un diálogo con su hermana de 17 años, y a la vez

las estrategias militaristas, que parte de las contrariedades que, se supone, entorpecieron el plan de fuga hasta hacerlo fracasar se podrían haber evitado si al menos alguno de los militantes de Rawson hubiera participado como apoyatura externa, pues nadie como ellos conocía el territorio.

puesto en contrastante contrapunto con los saberes —confusos y precisos a la vez— que niños de entre 11 ó 12 años tienen de “la desaparición”. La escena, lograda eficazmente por Machesich al acercarse cámara en mano a niños que juegan en la plaza principal de Rawson y preguntarles por la placa conmemorativa que el gremio estatal colocó en memoria de militantes políticos del peronismo de izquierda hoy desaparecidos, instala en primer plano que aquello que ha sido configurado como lugar de memoria (una placa) requiere de un proceso social de transmisión para su interpretación y elaboración por las nuevas generaciones, y que lo que harán los nuevos con esos materiales siempre diferirá de lo que se les entrega. Este es, también, el sentido de los retratos “antiguos/actuales” de los jóvenes posando, intercalados en **Prohibido dormir**: su lugar como destinatarios privilegiados de los dispositivos de transmisión es señalado por los directores colocando a esos jóvenes entre el pasado y el futuro —para usar la expresión de Hannah Arendt—, un efecto logrado por la textura de la imagen.

También con el tema de la transmisión se relacionan algunas de las puestas en escena de Machesich. En contraste con las formas de recordar a Trelew propias de los años setenta, el director también nos “muestra” cómo trabaja y cómo es su relación con los testimonios (en lo que podríamos llamar una mirada que, además de posarse sobre las distintas prácticas políticas de los ’70, sobre sus relatos y sobre los alcances de la masacre, también decide inspeccionar el mismo lenguaje fílmico con el que narra, en un ejercicio del cine como práctica intelectual y, por ello, política).

En un momento de la película, Machesich aparece frente a un televisor ejecutando las tareas de selección de los fragmentos que utilizará (y que de hecho está utilizando porque es lo que nosotros estamos viendo ya como corte final). Asistimos al testimonio como en un documental, pero ese material se nos presenta en su proceso de edición/selección, exponiendo el trabajo constructivo y selectivo; la escena continúa con Machesich que, luego de mirar a cámara —de mirarnos, un gesto que, como señala Gonzalo Aguilar (2006) para **Los rubios**, es indicativo de las inspiraciones y referencias estéticas del nuevo cine—, se retira del cuadro; inmediatamente, un *travelling* hasta el televisor donde continúa reproduciéndose el testimonio grabado termina por fundirse con la imagen televisiva, instalando el testimonio seleccionado en un plano interno al film y por fuera de lo que aparecía como un “detrás de escena”.

En un mismo sentido puede interpretarse el momento en que el director regresa, apaga el televisor, y sin apagar la cámara la desprende del trípode fijo, la carga a sus hombros y sale a la calle a tratar de entrevistar a “los otros”, los vecinos que no recuerdan o no quieren hablar, aquellos para los cuales lo sucedido (y lo asociado a la cárcel) es innombrable, y aun los que fueron activamente responsables. El testimonio del ex militante que el espectador estaba presenciando en el televisor en la secuencia anterior es reinstalado en un territorio más complejo y discontinuo, surcado de silencios y hostilidades. La interdicción de asociar el testimonio con lo que pasó, y la necesidad de trabajar esos relatos reaparece cuando Machesich proyecta a un ex militante

de la JP el relato de un integrante de las comisiones vecinales que apenas si recuerda a los jóvenes peronistas. En este tramo del documental no sólo se da cuenta del “olvido interesado”, de que la selección de lo que se recuerda tiene raíces políticas y valorativas, sino también de otras dos cuestiones: que es preciso disponer una escucha para esos testimonios que “olvidan”, y que dicha escucha debe ser continuada en una reflexión. El director dialoga con el ex militante puesto a espectador de las narraciones de “otros” y le comenta que lo que es preciso explicar y comprender es que ese hombre produzca ese recuerdo en el que están ausentes las comisiones vecinales de la época de la JP. No se trata de algo así como “completar” un recuerdo rengo, sino de interpretar y comprender esos silencios y borraduras, a la par que indagar en los propios; interpretar no quiere decir desestimar, sino *atravesar*, pasar por su medio a la producción de un conocimiento comprensivo del pasado reciente argentino.

Estas operaciones que realiza Machesich están orientadas a mostrar el carácter mediado de la testimonialidad junto con su constitutiva dimensión interpretativa, exponiendo los procedimientos para su construcción. Al mismo tiempo exhibe el carácter de artificio del film documental, desbaratando cierta visión ingenua que asocia documento y verdad. Distorsionar el soporte —el documento— y el procedimiento de verosimilitud a él asociado no mella la narración ni la reflexión (Amado, 2004); por el contrario, la enriquece, y enriquece al espectador haciéndolo partícipe de un saber, mostrando los procedimientos de construcción narrativa del documental y por tanto exponiendo los fundamentos de su interpretación. El director nos ofrece un saber sobre el pasado junto con un saber sobre cómo se produce ese saber.

A través de esta doble operación —presentación de un problema y explicitación de las formas de su tratamiento— reinstala la pregunta por el significado de la masacre a la vez que interpela los lenguajes y los términos (conceptos, categorías, ideas) desde las cuales se construye, se nombra, el acontecimiento. Qué fue la masacre de Trelew, una pregunta que estuvo fuera del horizonte de visibilidad de las izquierdas setentistas (Pittaluga, 2008a), vuelve 35 años después ejerciendo la sospecha, como aconsejaría Marc Bloch, sobre los modos en que hasta ahora fue pensada.

Experiencia militante

En ambas películas la palabra de los protagonistas ocupa un lugar central. Algunos dirán que esa es la virtud del género documental, la de ofrecer al espectador, casi sin mediaciones, la palabra de los testigos y protagonistas. Sin embargo, en cualquier documental lo testimonial está “trabajado” por lo cinematográfico, está resituado por un montaje que secciona de cada testimonio aquello que aporta (o arma) la trama, y que lo integra en una narración mayor respetando ciertos parámetros del oficio, forzando otros, pero siempre “haciendo cine”. El hecho de que este género, según Rancière, puede desentenderse de la producción cinematográfica de lo verosímil porque está dada de antemano al trabajar con “documentos”, no excluye las tareas propias del cine, ni aun, podría agregarse para el caso de quienes

recogen testimonios, la misma “producción del documento”, es decir, una filmación que, a través de ciertas reglas más o menos *standardizadas*, aporta a su “documentalidad”.¹⁶

De tal modo, lo que pueden decirnos estos documentales respecto de la militancia política de los setenta aparece tanto en lo que dicen los testigos como en los modos en que decidieron presentarlo los directores, y probablemente esa conjunción es la que posibilita la apertura de un campo reflexivo sobre esa experiencia política. Abrir una cuestión, tematizar algo, impone tanto un desplazamiento como un contraste. Un desplazamiento de los relatos dominantes, esto es, de la narración preferencial de la fuga; un contraste con la política inherente a la evasión del penal de Rawson, una operación decidida por los cuadros superiores de las organizaciones político militares allí detenidos. Con este doble juego de desplazar y contrastar, estos films permiten observar que la política inmanente al “plan de fuga” era *una* más entre otras, y que colisionaba con esas otras variantes de la intervención política.

En reiteradas entrevistas los dirigentes que logran escapar a Chile, los sobrevivientes de la masacre y los militantes de las organizaciones armadas que quedaron en Rawson afirmaron que escaparse era para ellos la tarea fundamental. La prioridad del plan de fuga frente a otros modos de resistencia llevó a una confrontación directa con otros modos de resistencia, como, por ejemplo, cuando boicotean una huelga de hambre de otros compañeros porque podía poner en riesgo la huida.¹⁷

Una colisión que se manifiesta igualmente en la necesidad de los dirigentes guerrilleros, cada vez que hablan de la fuga, de convocar a escena como aval de sus decisiones a Agustín Tosco, también detenido por entonces en la U6 de Rawson.¹⁸ El uso legitimante de lo que habría dicho Tosco no hace más que exponer la escisión que dichas palabras vendrían a suturar. La exigencia repetida de producir allí una unión —por ejemplo, bajo la imagen de la complementariedad de los roles o de las distintas formas que asumiría *la* (una misma) lucha revolucionaria— expone aquella divergencia entre prácticas políticas. Una divergencia que, tal vez como aseguran los dirigentes guerrilleros, los actores de entonces no vivieran más que como discordancias menores; pero en todo caso, ni eso elimina la diferencia ni nos ahorra la tarea actual de escudriñar las concepciones políticas inherentes a esas disímiles prácticas. Por eso no importa demasiado si Tosco estuvo o no de acuerdo con la fuga, pues en cualquier caso no es el parecer de Tosco sobre ese asunto lo que interesa, sino que para los guerrilleros todas las actividades se subordinaban a la elaboración y ejecución de un plan de fuga, incluso las múltiples formas de resistencia en la cárcel y de gestación de un amplio movimiento político-social por la libertad de los detenidos. No se trata de decir si la fuga estuvo bien o mal,

sino de apreciar lo que la fuga como determinante deber de los militantes guerrilleros expresa de sus concepciones políticas y de las subjetividades que las sostiene (a la vez que son moldeadas por esas concepciones). De modo que la fuga es parte de un pensamiento y una práctica cuyas aristas divergen *en* muchos aspectos —algunos de ellos de notable importancia— respecto de otras políticas emancipatorias.

En **JP Rawson** el contraste entre la práctica de la solidaridad con los presos políticos y la fuga emerge nítidamente en las fracturas narrativas de la experiencia militante de los testimoniantes. Lo que contrapone a la política de la solidaridad con la política de la fuga no es ni una cuestión técnica (si era mejor o menos seguro que los militantes de Rawson supieran), ni una cuestión moral (si se les debía esa información por el trabajo de sostenimiento realizado). Lo que las hace diferentes es la distinta política que las constituye como prácticas subversivas: mientras la experiencia de la solidaridad es un emprendimiento que busca perforar los muros del penal a través de la construcción de nuevos lazos entre quienes están detenidos y quienes no (y aun entre estos últimos) con el propósito de liberar a los primeros a través de la movilización y la presión social y política, y en esa misma praxis construir otra comunidad, la fuga decidida por las jefaturas de las organizaciones armadas se asemeja al plan militar donde lo que se propone como nuevo colectivo es la organización vertical (y donde la forma y la dinámica de lo común ya están dados de antemano e implican jerarquías y dominio).¹⁹ Mientras en la primera predomina una intervención que quiere hacer explícitos los fundamentos del orden social en la misma práctica que los destituya, en la segunda hay un desentendimiento de lo que el gesto revolucionario que había llevado a los militantes a la cárcel podía lograr al multiplicarse en otros, pues lo que se valora es —hasta hacer insignificante todo lo demás— la “vuelta” de los “cuadros” a la lucha. Una concepción que se refleja también en la decisión de no contemplar (o juzgar como aceptables) los costos de lo que queda atrás una vez producida la fuga. No me refiero, obviamente, a los militantes que no pudieron fugarse pues ese tropiezo no formaba parte de las decisiones iniciales. Con “lo que quedaba atrás” me refiero a los otros presos políticos, no encuadrados en las organizaciones armadas que seguramente sufrirían las previsibles represalias, y los militantes de fuera que realizaban tareas solidarias.

La política inmanente al plan de fuga modela la cooperación de los sujetos en base a su eficacia en relación a las metas proyectadas, y cuantifica en la planificación la parte colaborativa de cada uno, de modo de saber anticipadamente lo que se puede y lo que no se puede hacer. En cambio, más próxima a una ética de la amistad de raíz spinoziana y arborescencias foucaultianas, en las comisiones de solidaridad la cooperación es y aparece como la potencia constituyente de un nuevo vínculo y unos nuevos sujetos que se han desplazado de su rol de actantes según el libreto

16 El film del cineasta ruso Aleksey Fedorchenko, **Primero en la Luna** (2005), duplicando —no sin ironía— las reglas del género documental, logra pincelar de verosimilitud a una historia totalmente disparatada. Lo que la película pone de manifiesto es la dimensión cinematográfica en la construcción de los “documentos”.

17 Cfr. **La causa peronista**, n° 6, 13/8/1974, pp. 13-19.

18 Cfr. la entrevista de Néstor Kohan a Enrique Gorriarán Merlo (Kohan, 2006).

19 En **Prohibido dormir** un testigo relata que se instaló a “dormir” en el teatro porque allí se sentía seguro, “estaba rodeado, protegido” por otros que construían con él un vínculo comunitario intenso. A diferencia de dormir en su casa, solo, aislado, en una región militarizada y aterrorizada, encontraba en esa “teatro político” un lazo con los demás y un espacio protagónico y horizontal.

social. Esa potencia no puede ser pre-establecida, planificada, pues no se sabe de antemano lo que puede un cuerpo, en este caso un colectivo, dado que esa potencia se actualiza cuando un sujeto o un grupo entra en contacto con otro (Scavino, 1999: 196-201). Tanto en **Prohibido dormir** como en **JP Rawson** los testimoniantes relatan apasionadamente sus visitas a los detenidos políticos, sus “encuentros con todos”, el mismo hecho de *reunirse*: la pasión de los relatos no es ajena a esa potencia como “capacidad de actuar y padecer”, como tampoco al “deseo de comunidad” que *era* esa política y que produjera esta *afección* en las biografías de los ex militantes hoy testigos.

Estos contrastes o divergencias en el seno de lo que se llama “militancia setentista” nos permiten enfocar desde otro ángulo la relación entre las organizaciones armadas y el activismo emergente de los movimientos de masas en los setenta. El crecimiento vertiginoso de los grupos armados desde fines de 1972 estuvo probablemente relacionado con el lugar eminente que estaba ocupando la violencia política en la sociedad argentina, pero no son pocos quienes advierten sobre la rápida “despolitización” en beneficio de la militarización o sobre la “pérdida de la inserción de masas” que caracterizó el derrotero posterior de las organizaciones político-militares. Mirada desde el ángulo que nos proveen estos films, podemos pensar que, aun provocando con algunas de sus acciones una influencia general favorable a la intervención por parte de amplios sectores populares, las organizaciones político-militares —con sus concepciones y prácticas políticas— actuaron como una interrupción del proceso de politización de los activistas de base, al encuadrarlos en un espacio —fuertemente identitario— en el que su militancia pasaba a estar dominada por las ideas y prácticas militaristas y autoritarias, tal como las expone, por ejemplo, Pilar Calveiro (2005).

Lo que estas películas permiten es pensar la variedad de los procesos de subjetivación política en los setenta, y aproximarnos a una comprensión de las relaciones entre la autoafección política que provoca el corrimiento del rol social adjudicado y por ello el advenimiento del sujeto político, y las modalidades del “ser político” en la militancia armada (y aun en las organizaciones de corte leninista). Pensar esa experiencia militante como un campo político contestatario y rebelde recorrido por diversas tensiones y orientaciones, muchas de ellas en conflicto entre sí. Podemos analizar esas tensiones, pero siempre teniendo presente que los sujetos están constituidos por variadas amalgamas de esas tensiones u orientaciones, algunas más inclinadas (o tensionadas por) perspectivas autonómicas (más o menos explícitas) cuyas prácticas antagonizan las estructuras y relaciones de dominación; otras más afines a los sentidos hegemónicos de la política. Algunas refundan lo político en prácticas constituyentes de nuevos lazos sociales (como las comisiones de solidaridad), mientras otras están tensionadas por encontrar formas eficaces de actuar en el campo político pre-existente, por lo que sus modalidades aparecen colonizadas sutilmente por el proceso hegemónico. El paradigma de la militancia setentista es, entonces, aquel sujeto constituido y recorrido en y por estas tensiones divergentes, ten-

siones que propiciaban rumbos distintos para ese campo político contestatario.²⁰

La militancia armada ha sido el principal foco de atracción de las miradas retrospectivas sobre los años setenta, mientras otros sentidos y prácticas de la militancia y el activismo continúan soslayados, o han sido escasamente contemplados. Como si su visibilidad en el pasado se continuara en la atención que provoca en el presente. Y es que ciertos dispositivos y lógicas de actuación de las organizaciones político-militares fueron “eficaces” en la medida en que fueron “espectaculares” y por ello “visibles”, pero su violencia no siempre significó una real subversión del orden político sino que, mayormente y contra los deseos de sus militantes, vino a fortalecer una dinámica política que desde años antes venía reconfigurando las formas de ejercicio del poder. La estrategia guerrillera, más que subvertir el orden, legitimó un funcionamiento de la política que *normalizó* la apelación a un recurso antes considerado excepcional. Desde varias décadas antes, el Estado y el poder dominante construían paulatinamente en la Argentina —como lo había advertido Walter Benjamin en la octava tesis sobre el concepto de historia para el entero Occidente— la normalidad del estado de excepción. Esto nos lleva a la masacre.²¹

Bibliografía citada

- Aguilar, Gonzalo (2006), **Otros mundos. Un ensayo sobre el nuevo cine argentino**, Buenos Aires, Santiago Arcos.
- Amado, Ana (2004), “Órdenes de la memoria y desórdenes de la ficción”, en Amado, Ana y Domínguez, Nora (comps.), **Lazos de familia. Herencias, cuerpos, ficciones**, Buenos Aires, Paidós.
- Calveiro, Pilar (2005), **Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70**, Buenos Aires, Norma.
- Jelin, Elizabeth (2002), **Los trabajos de la memoria**, Madrid y Buenos Aires, Siglo XXI.
- Kohan, Néstor (2006), “Entrevista a Enrique Gorriarán Merlo”, en <http://argentina.indymedia.org> (22 de septiembre). Consultada el 15 de diciembre de 2007.
- Martínez, Tomás Eloy (1973), **La pasión según Trelew**, Buenos Aires, Granica.

20 Un buen ejemplo de este carácter bipolarmente tensionado de la experiencia militante setentista es el cineasta Raymundo Gleyzer, tironeado entre su inicial e independiente búsqueda de un *cine político* y las exigencias pedagógicas de una política partidaria donde el cine era meramente medio o vehículo de propaganda con llegada a las masas. La filmografía de Gleyzer puede ser mirada por medio de estas tensiones, entre una politización de su estética cinematográfica —que era indagar las potencialidades revolucionarias en el hacer cine—, y el encuadramiento en una política que venía de otro lado —de fuera de la práctica cinematográfica— y que anulaba aquellas potencialidades. El error sería pensar que esa constricción del Cine de la Base le fuera exterior; por ejemplo, que fuera una imposición del “Buró Político del Partido”.

21 Un acercamiento al significado de “la masacre de Trelew” en Pittaluga (2008a; 2008b).

- Mestman, Mariano (1995), “Notas para una historia de un cine de contrainformación y lucha política”, en **Cauzas y Azares**, n° 2, Buenos Aires, otoño.
- Oberti, Alejandra y Pittaluga, Roberto (2006), **Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia**, Buenos Aires, El cielo por asalto.
- Peña, Fernando Martín y Vallina, Carlos (2006), **El cine quema. Raymundo Gleyzer**, Buenos Aires, de la Flor.
- Pittaluga, Roberto (2008a), “La memoria según Trelew”, en **Sociohistórica. Cuadernos del CISH**, n° 19, La Plata, UNLP, 1° semestre.
- Pittaluga, Roberto (2008b), “La masacre de Trelew. Cine y memoria”, en Susana Sel (ed.), **Cine y derechos humanos**, Buenos Aires, Secretaría de Derechos Humanos de la Nación/ DerHumALC/INaDi, 2008.
- Ramírez, Ana Julia (2007), “La mediaciones locales de la protesta: el caso del Trelewazo (octubre de 1972)”. Ponencia presentada en las 2ª Jornadas sobre la política en Buenos Aires en el siglo XX, y publicada en **www.historiapolitica.com**. Consultada en marzo de 2008.
- Rancière, Jacques (2005), **La fábula cinematográfica. Reflexiones sobre la ficción en el cine**, Barcelona, Paidós.
- Ricœur, Paul (2004), **La memoria, la historia, el olvido**, Buenos Aires, FCE.
- Scavino, Dardo (1999), **La filosofía actual. Pensar sin certezas**, Buenos Aires, Paidós.

Resumen

A partir de dos recientes films, el autor analiza el proceso de radicalización política de vastos sectores de la sociedad argentina, y las nuevas modalidades represivas evidenciadas en “la masacre de Trelew” en agosto de 1972. Además de examinar los ejercicios de memoria en y de las películas, el texto presenta la “experiencia militante” como un campo atravesado por tensiones que orientaban la praxis política en sentidos divergentes y aun antagónicos.

Palabras clave

Militancia, Memoria, Cine

Abstract

By analyzing two recent films, the author explores the process of political radicalization of vast sectors of the Argentine society and the new repressive modalities that became evident in the “Trelew massacre” in August 1972. Beside examining the exercises of memory in and of the movies, the text presents the “politically active experience” as a field crossed by tensions that were orientating the political practice in divergent senses, even antagonistic ones.

Keywords

Activism, Memory, Cinema



LA ORGANIZACIÓN DE LA AUTONOMÍA

UN DEBATE DE *SOCIALISME OU BARBARIE*

La puesta en cuestión de las concepciones leninistas de la política desarrollada desde varios frentes en los últimos años, no hizo sino abrir (o reabrir) un debate medular para el pensamiento y la praxis de afanes emancipatorios: el de las formas organizativas. Entre la incólume pervivencia de aparatos partidarios que repiten esquemas instrumentalistas y vanguardistas —sin reparar en lo que ellos han tenido que ver con la crisis histórica de las izquierdas—, y un cierto horizontalismo abstracto, el espontaneísmo ingenuo y la miniaturización de la política que han surgido como reacción, se ha tornado evidente en los últimos tiempos, en la Argentina y en el mundo, la necesidad imperiosa de proseguir los debates y el análisis de experiencias que enriquezcan la caja de herramientas desde la cual pensar los modos de la política postleninista. En los últimos tiempos, una serie de aproximaciones a esta problemática ha dado lugar a una serie de debates e intervenciones. Con todo, se trata de una temática que tiene tras de sí un archivo de reflexiones motivadas por experiencias del pasado capaces de officiar de insumos relevantes para el pensamiento contemporáneo. El dossier preparado especialmente para la revista por el joven filósofo brasileño Pablo Ortellado —docente de la Universidad de San Pablo (USP), donde se doctoró con una tesis sobre Cornelius Castoriadis, pero además reconocido militante de redes y espacios autónomos—, autor de la introducción y de la selección de textos, husmea en una cantera no suficientemente conocida entre nosotros: la de *Socialisme ou Barbarie*, el grupo francés de Castoriadis y Claude Lefort surgido tras el fin de la segunda guerra mundial. En las polémicas que ellos dos tienen, pero también en las que el filósofo de origen griego sostiene con el marxista consejista holandés Anton Pannekoek, se dibujan algunos de los dilemas que aquejan a los movimientos más interesantes surgidos en los últimos tiempos, y de allí que esas intervenciones, no sólo críticas sino también propositivas, puedan acaso alimentar este debate impostergable.

Castoriadis, Pannekoek, Lefort y los debates sobre la organización obrera en *Socialisme ou Barbarie*

Pablo Ortellado

Cada período histórico se ve obligado a interpretar sus luchas con categorías del pasado. Eso no se debe a algún tipo de debilidad conceptual o interpretativa, sino al simple hecho de que cuando surge un nuevo ciclo de luchas, los arsenales conceptuales disponibles son aquellos forjados en los ciclos anteriores. Es por ello que Lenin y Trotsky utilizaron categorías extraídas de las experiencias de la gran revolución de 1789 y de la Comuna de 1871 para entender la Rusia de inicios del siglo XX; es también por ese motivo que la extrema izquierda francesa utilizó categorías extraídas de la experiencia de los consejos obreros de los años 1910 para explicar Mayo de 1968. Pero el uso de esas categorías no trasluce meramente un incómodo e inevitable anacronismo. Los conceptos que recibimos de ciclos de lucha anteriores mantienen su poder explicativo porque, como recuerda el teórico autonomista portugués João Bernardo, las luchas no se desarrollan en forma lineal, sino en espiral. Así, aún cuando cada ciclo de luchas trae elementos nuevos, en cada uno suelen actualizarse los problemas no resueltos heredados del pasado. Es por ello que podemos todavía leer con interés los textos de Rosa Luxemburgo o de Jean Paul Marat, aún si ellos están a una distancia de cien o doscientos años respecto de nuestro presente.

Socialisme ou Barbarie

Es con esa disposición que queremos recuperar el debate sobre el partido producido entre los militantes de *Socialisme ou Barbarie* en los lejanos años 1950. *Socialisme ou Barbarie* era el nombre del grupo político que editó una revista en Francia entre finales de la década del '40 y mediados de la del '60 del siglo pasado. El grupo fue fundado por militantes trotskistas provenientes de una tendencia del Partido Comunista Internacionalista en 1947. A ese grupo se añadieron luego militantes ligados al bordiguismo (tendencia fundada por el italiano Amadeo Bordiga), y poco a poco se fueron sumando militantes de la extrema izquierda que no se identificaban con las tendencias tradicionales anarquistas o trotskistas. Aun activo solamente por espacio de 20 años, *Socialisme ou Barbarie* sobresalió por una crítica firme

al estalinismo en un período de amplia hegemonía de los partidos comunistas, así como por desarrollar una reflexión teórica original del capitalismo y de los movimientos de resistencia de los trabajadores. Más allá de eso, varios integrantes del grupo adquirieron gran proyección intelectual a partir de los años 1960 y 1970, entre ellos los filósofos Cornelius Castoriadis y Claude Lefort (los fundadores del grupo en 1947), el historiador de la Escuela de los Annales Pierre Souyri, el también filósofo Jean-François Lyotard, el obrero y luego sociólogo del trabajo Daniel Mothé (hoy conocido como Jacques Goutrat) y el psicoanalista Jean Laplanche.

La crítica de *Socialisme ou Barbarie* al régimen soviético partía de la aplicación de una distinción conceptual fundamental para el marxismo. Así como Marx había criticado el derecho burgués, distinguiendo las *relaciones jurídicas* donde todas las personas son iguales ante la ley de las *relaciones de producción* donde en cambio se nota la desigualdad entre capitalistas y trabajadores, *Socialisme ou Barbarie* proponía, en relación a la URSS, distinguir las *relaciones jurídicas* de propiedad de las *relaciones sociales* de producción. A diferencia de Trotsky, que sostenía que el régimen ruso (basado en la planificación de la economía, la estatización de los medios de producción y el monopolio del comercio exterior) era de tipo socialista, aunque con una *degeneración* burocrática, *Socialisme ou Barbarie* argumentaba que Rusia debía ser pensada simplemente como una forma de *capitalismo burocrático*. La estatización de los medios de producción era sólo un velo que encubría la explotación de los trabajadores a manos de los burócratas. Si se colocaba el foco solamente en las relaciones jurídicas de propiedad, todos los rusos aparecían como propietarios colectivos de los medios de producción. Pero si se observaba la realidad de las relaciones sociales de producción se descubría la dominación y la explotación que oponía a los burócratas que dirigían la producción y se beneficiaban de la

repartija de la riqueza social, y los trabajadores que simplemente ejecutaban las órdenes.¹

Este diagnóstico del régimen ruso fue, en la lectura de **Socialisme ou Barbarie**, ratificado por la revolución húngara de 1956, cuando los trabajadores se levantaron contra la burocracia y retomaron el programa socialista de gestión de la sociedad por los consejos, tal como había sucedido al comienzo de la revolución en la propia Rusia, y luego en Alemania y en la misma Hungría hacia el final de los años 1910. Ese socialismo estaría caracterizado por el control de la producción por los propios trabajadores (gestión obrera de la producción o *autogestión*) y por la planificación de la economía por los consumidores, directamente por asambleas de trabajadores y consumidores y, en los consejos, por delegados electos con poderes ejecutivos y con cargos rotativos y revocables.²

Organización y Partido

La necesidad histórica de un programa de ese tipo parecía surgir del ciclo de luchas de los consejos obreros que había sido actualizado por la revolución húngara. Pero ¿de qué manera los militantes podrían contribuir a la *realización* de este programa? La respuesta clásica ofrecida por el leninismo apuntaba a la construcción de un partido político que imprimiese un carácter revolucionario al movimiento de los trabajadores que, abandonado a su propia suerte, tenía una conciencia limitada, reformista y trade-unionista. Pero esa relación entre partido y sindicatos que se establecía en el modelo leninista era una relación de *dirección*, que prefiguraba la dominación de los burócratas sobre los trabajadores. ¿Cómo debían entonces actuar los militantes que defendían la autonomía de los trabajadores? ¿Debían apenas *auxiliar* a los trabajadores en su propia autoorganización espontánea, o debían disputar la orientación política del movimiento por medio de una especie de “partido de la autonomía”? ¿Y cómo se podía escapar a la paradoja de un agrupamiento político (de naturaleza partidaria o no) pensado, esencialmente, para oponerse al control político sobre los trabajadores? Esta es, de manera resumida y esquemática, la cuestión que dividió al grupo *Socialisme ou Barbarie* en los años 1950 y que generó una ruptura, primero en 1952 y luego en 1958, entre sus dos fundadores, Claude Lefort y Cornelius Castoriadis.

En 1953 y 1954, entre las dos rondas de discusión que opusieron a Lefort y Castoriadis, el mismo tema reaparece en un debate

1 Esa crítica se publicó por primera vez en un artículo del segundo número de la revista **Socialisme ou Barbarie** (mayo-junio de 1949) intitulado “Les rapports de production en Russie”, después incluido en el libro de C. Castoriadis, **La société bureaucratique**, París, Christian Bourgois, 1990 (nueva edición), pp. 159-214 (hay traducción al español: **La sociedad burocrática, vol. 1: Las relaciones de producción en Rusia**, Barcelona, Tusquets, 1976).

2 Este programa fue ampliamente descrito en “Sur le contenu du socialisme”, publicado en el número 22 de **Socialisme ou Barbarie** (julio-septiembre de 1957) y después incluido en **Le contenu du socialisme**, París, Union Générale, 1979, pp. 103-221. Hasta donde sé, no existe traducción al castellano, pero sí al portugués: “**Sobre o conteúdo do socialismo II**”, en **Socialismo ou barbárie: o conteúdo do socialismo**, São Paulo, Brasiliense, 1983, pp. 75-156.

entre Castoriadis y Anton Pannekoek, a esa altura ya una leyenda del movimiento obrero europeo.³ El debate nace de la carta que Pannekoek escribe para *Socialisme ou Barbarie* saludando la aparición de la nueva revista, que, a su entender, defendía posiciones políticas muy próximas a las suyas. Castoriadis escribe entonces una réplica a la carta de Pannekoek, dando así lugar a una breve polémica.

En su libro clásico de 1946, **Los Consejos Obreros**, Pannekoek había escrito que “la lucha de los trabajadores contra el capital no es posible sin organización y la organización surge espontáneamente, inmediatamente.”⁴ Pannekoek se oponía a la formación de partidos obreros que buscasen adoctrinar y controlar a los trabajadores. Por su propia naturaleza, los partidos iban contra la autoorganización. “Hay”, decía, “grupos y partidos que pretenden tener la posesión exclusiva de la verdad, que intentan ganar a los trabajadores con su propaganda excluyendo todas las otras opiniones. A través de un constreñimiento moral y cuando tienen poder, también físico intentan imponer sus puntos de vista sobre las masas. Es necesario dejar claro que la enseñanza unilateral de un sistema de doctrinas sirve solamente para crear seguidores obedientes y, por lo tanto, para mantener la vieja o para preparar una nueva dominación.”⁵

Esa perspectiva es defendida en la primer carta que Pannekoek escribe para **Socialisme ou Barbarie** en noviembre de 1953, en la que señala que la perspectiva consejista (y antipartidaria) resolvía el “‘nudo de la contradicción’ del problema de la ‘dirección obrera’”. Al colocar la “organización del poder autónomo expresada por los términos ‘soviets’ o ‘consejos obreros’” tanto al servicio de la “conquista del poder como de la dirección del trabajo productivo después de la conquista”, esa concepción proponía

3 Anton Pannekoek (1873-1960) fue un renombrado astrónomo holandés, teórico de la corriente del comunismo de los consejos. En los primeros años del siglo XX fue activo militante de las corrientes de izquierda del Partido Socialdemócrata Holandés (con Herman Gorter) y del Partido Socialdemócrata Alemán (al lado de Rosa Luxemburgo), teniendo algunas participaciones importantes en los debates de la II Internacional. Fue uno de los primeros críticos marxistas de izquierda del régimen soviético, y sobre todo teórico de la autoorganización de los trabajadores en la forma de los consejos obreros. Escribió **Lenin Filósofo** (1938) [publicado en español en **La Izquierda Comunista Germano-Holandesa contra Lenin**, París, Espartaco Internacional, 2004] y **Los Consejos Obreros** (1946) [Buenos Aires, Proyección, 1976].

4 A. Pannekoek, **Worker's Concils**, Edinburgh, AK Press, 2003, p. 62 (se trata de una reedición de la versión inglesa traducida y ampliada del original holandés por el propio Pannekoek y publicada entre 1947 y 1949 en el periódico australiano **Southern Advocate for Workers' Councils**).

5 *Ibidem*, p. 90. Más adelante, Pannekoek señala, en cambio, que en una sociedad comunista los partidos pueden adquirir un papel legítimo: “aquellos que tienen las mismas ideas formarán grupos para discutirlos para su propio provecho, así como para propagarlas para la ilustración de sus compañeros. Tales grupos podrán ser denominados partidos, pero su carácter será totalmente diferente del de los partidos políticos del mundo anterior. (...) La unidad de propósito sólo puede ser alcanzada por la disputa espiritual de opiniones divergentes. La importante función de los partidos será entonces la de organizar la opinión; sintetizar, por medio de la discusión, las ideas emergentes en formas concisas; clarificar esas ideas; mostrar los argumentos de forma comprensible, y a través de la propaganda ponerlos a conocimiento de todos. Sólo de esa manera los obreros en sus asambleas y consejos podrán juzgar su verdad, sus méritos, su practicabilidad, en cada situación, y tomar la decisión con una clara comprensión.” (p. 92).

una solución a la “imposibilidad de armonizar el poder y la libertad de una clase que gobierna su propio destino, con la exigencia de que ella obedeciese a una dirección formada por un pequeño grupo o partido.” En esta concepción, a los militantes que defienden la autonomía de los trabajadores, cabe apenas “hablar a los obreros, por ejemplo, por medio de tratados populares que esclarezcan sus ideas, explicando los cambios importantes en la sociedad y la necesidad de una dirección de los obreros por ellos mismos en todas sus acciones tanto como en el trabajo productivo futuro.”⁶

Castoriadis discute esa perspectiva en una carta a Pannekoek publicada en el número 14 de **Socialisme ou Barbarie**. Allí advierte que esa visión es un poco “idealista”, por que no considera las disputas de poder que pueden ocurrir en un proceso revolucionario con protagonismo de los consejos obreros (como efectivamente ocurrió, por ejemplo, en la Guerra Civil Española). “Desde la constitución [de estos] organismos,” señala Castoriadis, “la lucha de clases se traslada a su propio seno, a través de los representantes de la mayor parte de los ‘grupos o partidos’ que reivindican la clase obrera pero que en la mayor parte de los casos representan los intereses y la ideología de las clases hostiles al proletariado, como los reformistas y los estalinistas.” Para combatir a esos grupos, entonces, debería desarrollarse una actitud activa a través de una organización partidaria de la autonomía. “Ella debería ser capaz de intervenir en las luchas, combatir la influencia de las organizaciones burocráticas, proponer a los obreros modos de acción y de organización”. Castoriadis no niega los riesgos implícitos en esta forma de actuar, pero estima que son mayores los riesgos de no actuar. “Para algunos compañeros, trazar esta perspectiva es dejar una puerta abierta a una posible degeneración del partido en un sentido burocrático. Mi respuesta es: no trazar esa perspectiva significa aceptar desde ahora la derrota de la revolución o la degeneración burocrática de los Consejos; y eso no como una posibilidad, sino como una certeza.”⁷

La cuestión reparece en términos muy semejantes, cuatro años después, en la polémica que conduce a Castoriadis y Lefort a la ruptura. Lefort concentra sus posiciones en un artículo que conlleva su despedida del grupo, y que se publica en el número 26 de la revista. Para Lefort, la concepción de la política expresada por Castoriadis era, en el fondo, leninista. Esa concepción suponía “un organismo minoritario, selectivo y centralizado” al que le correspondía “elevarse al nivel de las tareas universales de la revolución”, aproximándose así al modelo del **¿Qué Hacer?** en el cual “la conciencia política era introducida desde fuera del proletariado por una fracción organizada”. En oposición a esa

perspectiva, Lefort concebía una actividad militante que consistía no en “enseñar [a los trabajadores], sino en explicitar aquello que se inscribe como tendencia en la vida y en la conducta de los obreros. [...] [El militante es aquel] que partiendo de una crítica o de una lucha de los trabajadores en un sector determinado, intenta formular la dimensión revolucionaria, intenta mostrar como ella pone en jaque el propio hecho de la explotación [...] El militante aparece así como un agente de los trabajadores y ya no como un dirigente”. Los militantes componen “una minoría de elementos activos provenientes de camadas sociales diversas, reunidos en función de un acuerdo ideológico profundo y que se dedican a auxiliar a los trabajadores en sus luchas de clase, a contribuir al desarrollo de los conflictos, a disipar las mistificaciones alimentadas por la clase y por la burocracia dominantes, en fin, a propagar la idea de que los trabajadores, si pretenden defenderse, están obligados a tomar su destino en sus propias manos”.⁸

Castoriadis, una vez más, defiende la organización activa. Propone para ello un tipo de partido que difería del modelo del partido leninista por no asignarle un estatuto epistemológico superior (“científico”), y por estar sustentado en una democracia radical basada en la autonomía de la base en el límite puesto por la unidad de acción, en la democracia directa, y en la elección y revocabilidad de todos los cargos centralizados. Así, la organización autónoma sustituiría la imposición leninista de la verdad científica por un diálogo donde se promovería la perspectiva revolucionaria, al tiempo que, internamente, la autoridad del comité central sería reemplazada por la democracia de los consejos. Esas dos características permitirían eludir la dicotomía entre, por un lado, la organización leninista, y, por otro, la perspectiva de Lefort, que, según Castoriadis, conducía simplemente a la inmovilidad. “La autonomía”, argumenta Castoriadis, “se obtiene a través de una serie de influencias contradictorias; la libertad surge en el curso de la lucha con los otros y contra los otros. Respetar la libertad de alguien no significa evitarlo: es tratarlo como adulto y decirle lo que se piensa. Respetar su libertad no como moralista, sino como revolucionario, significa ayudarlo a hacer aquello que le proporcione esa libertad, no en un futuro hipotético, sino en el aquí y ahora; no instaurar el socialismo por él, sino ayudarlo a realizar actos socialistas desde hoy”⁹.

Al final del artículo, Castoriadis desliza lo que a su parecer es el punto central de la divergencia con Lefort: la cuestión de la centralización y la unidad en la acción. Para Castoriadis, la unidad en la acción es organización: “el ‘rechazo de la centralización’ significa inmediatamente el rechazo de la *unidad* de la organización y en última instancia, en la práctica, el rechazo de la organización pura y simple, por lo menos menos en la medida en que se trata

6 Esta carta fue publicada en el número 14 de **Socialisme ou Barbarie** (abril-junio de 1954), y más recientemente reeditada como “La première lettre de Pannekoek” en Pierre Chaliou (Cornelius Castoriadis) - Anton Pannekoek: Correspondance, 1953-1954, París, Echanges et Mouvement, s.d. [2001], pp. 12-13.

7 “Réponse au camarade Pannekoek”, publicado originalmente en el número 14 de **Socialisme ou Barbarie** (abril-junio de 1954), y después reproducido en *L'expérience du mouvement ouvrier*, tome 1, París, Union Générale, 1974, y también en *ibidem* pp. 15 y 17 (hay traducción al español: “Respuesta al camarada Pannekoek”, en **La experiencia del movimiento obrero**, vol. 1: cómo luchar, Barcelona, Tusquets, 1979, pp. 195-214).

8 “Organisation et parti”, publicado originalmente en el número 26 de **Socialisme ou Barbarie** (noviembre-diciembre de 1958) y reproducido después en *Éléments d'une critique de la bureaucratie*, París, Gallimard, 1979, pp. 103-104, 110-111.

9 “Proletariat et organisation II”, publicado originalmente en el número 28 de **Socialisme ou Barbarie** (julio-agosto de 1959) y reproducido luego en *L'expérience du mouvement ouvrier*, tome 2, París, Union Générale, 1974 (Traducido al español como “Proletariado y organización II”, en *La experiencia del movimiento obrero*, vol. 2: proletariado y organización, Barcelona, Tusquets, 1979, pp. 141-184).

de una organización de acción”. La unidad aumenta la eficacia de la acción, concentrando en un mismo objetivo todos los esfuerzos colectivos que, de otro modo, estarían individualizados y fragmentados. Defender, como hace Lefort, una “organización flexible” que “rechaza la centralización”, significa también negar la democracia obrera: esto es, la posibilidad de que los trabajadores se reúnan para “el intercambio de argumentos” buscando “arribar a decisiones mejor fundamentadas” que les permitan “actuar en conjunto”. Ese es, para Castoriadis, el fundamento del principio de mayoría en la democracia directa y en la democracia de los consejos.¹⁰

[Traducido por Martín Bergel de la versión original en portugués]

10 Ibidem, pp. 221-222.

Correspondencia Pannekoek-Castoriadis

1) Carta de Pannekoek a Castoriadis, 8 de noviembre de 1953.

Le agradezco por la serie de 11 números de **Socialisme ou Barbarie** que usted me envió a través del camarada B... Los he leído (aunque no finalizado), con un gran interés, a causa de la concordancia de miradas que revela que existe entre nosotros. Usted habrá tenido la misma constatación con la lectura de mi libro **Los Consejos Obreros**. Durante años, me pareció que el número de socialistas que desarrollaban estas ideas no había aumentado. El libro fue ignorado y silenciado por la totalidad de la prensa socialista (salvo, recientemente por el **Socialist Leader**, del ILP). Por ello me puso feliz conocer a un grupo que llegó a estas mismas ideas por una vía independiente. La dominación completa de los trabajadores sobre el propio trabajo, que ustedes expresan diciendo "los productores organizan ellos mismos la gestión de la producción", yo la describí en los capítulos sobre "La organización de los talleres" y "La organización social". Aquellos organismos que los obreros tienen necesidad para deliberar, formar asambleas de delegados, y que ustedes llaman "organismos soviéticos", son los mismos que nosotros llamamos "Consejos Obreros", "Arbeiterräte", "Workers' Councils".

Por supuesto que hay diferencia. Yo las abordaré, considerando esto como un ensayo de contribución a la discusión en vuestra revista. Mientras que ustedes restringen la actividad de esos organismos a la organización del trabajo en las fábricas, después de la toma del poder social por los trabajadores, nosotros los consideramos como siendo los organismos a través de los cuales los obreros conquistarán el poder. Para conquistar el poder nosotros no tenemos nada que hacer con un "Partido revolucionario", que tomara la dirección de la revolución proletaria. Ese "partido revolucionario" es un concepto trotskista que encuentra adhesión (desde 1930), entre numerosos ex partidarios del PC, decepcionados por la práctica de este último. Nuestra oposición y crítica se remonta a los primeros años de la Revolución Rusa y estaban dirigidas contra Lenin, suscitadas por su giro hacia el oportunismo político. Así, nosotros nos quedamos fuera de la vía del trotskismo; nunca estuvimos bajo su influencia. Nosotros consideramos a Trotsky como el portavoz más hábil del bolchevismo, que debía haber sido el sucesor de Lenin. Pero después de haber reconocido en Rusia un capitalismo de Estado naciente, nuestra atención se orientó principalmente hacia el mundo europeo del gran capital, ahí donde los trabajadores debían transformar el capitalismo más altamente desarrollado en un comunismo real (en el sentido literal del término). Trotsky, por su fervor disidente, cautivó a los disidentes del stalinismo que habían sido arrojados del PC e, inoculándoles el virus del bolchevismo, tornándolos así incapaces de comprender las nuevas grandes tareas de la revolución proletaria.

Dado que la revolución rusa y sus ideas tienen todavía una gran influencia sobre los espíritus, resulta necesario penetrar más

profundamente en su carácter fundamental. Se trató, en una palabra, de la última revolución burguesa, pero que fue la obra de la clase obrera. Revolución burguesa significa una revolución que destruye el feudalismo y abre la vía a la industrialización, con todas las consecuencias que ello implica. La Revolución Rusa está entonces en la línea de la Revolución Inglesa de 1647 y de la Revolución Francesa de 1789 con su continuación en 1830, 1848 y 1871. En el curso de estas revoluciones, los artesanos, los campesinos y los obreros aportaron el poder masivo necesario para destruir el antiguo régimen. De inmediato, los comités y los partidos representantes de las capas ricas que constituían la futura clase dominante, ascendieron a un primer plano y se apropiaron del poder gubernamental. Era la salida natural, pues la clase obrera todavía no estaba madura para autogobernarse; la nueva sociedad era así una sociedad de clases donde los trabajadores eran explotados; y la clase dominante tenía necesidad de un gobierno compuesto de una minoría de funcionarios y de hombres políticos. La revolución rusa, que remite a una época más reciente, pareció ser una revolución proletaria; pues los obreros fueron los autores a través de las huelgas y las acciones de masa. Enseguida, sin embargo, el partido bolchevique logró tomar las riendas del poder (la clase trabajadora era una pequeña minoría en la población campesina).

Así, el carácter burgués (en el sentido amplio) de la revolución rusa devino dominante y tomó la forma de un capitalismo de Estado. Desde allí, en lo que concierne a su influencia ideológica y espiritual en el mundo, la revolución rusa se convirtió en el opuesto exacto de la revolución proletaria que debe liberar los obreros y hacerlos dueños del aparato productivo.

Para nosotros, la tradición gloriosa de la revolución rusa consiste en que, en sus primeras explosiones de 1905 y en 1917, fue la primera en desarrollar y mostrar a los trabajadores del mundo entero, la forma organizacional revolucionaria autónoma, los *soviets*. De esta experiencia, confirmada más tarde, en pequeña escala, en Alemania, nosotros extrajimos nuestra idea sobre la acción de masas que es propia de la clase obrera y que ésta deberá aplicar para su propia liberación.

Exactamente en lo opuesto vemos las tradiciones, las ideas y los métodos surgidos de la revolución rusa, cuando el PC se apoderó del poder. Estas ideas, que sirven únicamente de obstáculo a una acción proletaria correcta, constituyen la esencia y la base de la propaganda de Trotsky.

Nuestra conclusión es que las formas de organización de poder autónomo, expresadas en los soviets o Consejos Obreros deben servir tanto para la conquista del poder como en la dirección del trabajo productivo después de la conquista. Primero, porque el poder de los trabajadores sobre la sociedad no puede ser obtenido de otra manera, por ejemplo, por medio de aquello que se llama partido revolucionario. Segundo, porque los soviets, que

serán luego necesarios para la producción, no pueden formarse sino en la lucha de clases por la conquista del poder.

Me parece que en este concepto el “nudo de la contradicción” del problema de la “dirección revolucionaria” desaparece. Pues la fuente de contradicciones es la imposibilidad de armonizar el poder y la libertad de una clase gobernando su propio destino, con la exigencia de que ella obedeciese a una dirección formada por un pequeño grupo o partido. Pero ¿podemos nosotros mantener tal exigencia? Esta contradice claramente la idea más citada de Marx, a saber, que la liberación de los trabajadores será obra de los propios trabajadores. Aún más, la revolución proletaria no puede ser comparada con una rebelión única o una campaña militar dirigida por un comando central, ni siquiera en un período de luchas semejante como el de la gran Revolución Francesa que no fue sino un episodio en el ascenso de la burguesía al poder. La revolución proletaria es mucho más vasta y profunda; ella es el ascenso de las masas del pueblo a la conciencia de su existencia y de su carácter. Ella no será una convulsión única; ella será el contenido completo de un período en la historia de la humanidad, en la cual la clase obrera descubrirá y realizará sus propias facultades y potencial, así como sus propios objetivos y métodos de lucha. Yo me ocupé de elaborar algunos aspectos de esta revolución en mi libro **Los Consejos Obreros**, en el capítulo titulado “La revolución obrera”. Claro está, esto no nos provee sino de un esquema abstracto, que se puede utilizar para poner adelante las diversas fuerzas en acción y sus relaciones.

Ahora bien, puede que usted pregunte: pero entonces, en el marco de esta orientación ¿para qué sirve un partido o un grupo, y cuáles son sus tareas? Podemos estar seguros de que nuestro grupo no llegará a comandar las masas laboriosas en su acción revolucionaria; al costado nuestro hay una media docena y otros más grupos y partidos que se llaman revolucionarios, pero que difieren en sus programas y sus ideas; y comparados con el gran partido socialista, no son sino liliputienses. En el marco de la discusión desarrollada en el número 10 de vuestra revista, fue dicho que nuestra tarea es, y con razón, principalmente teórica: encontrar e indicar, mediante el estudio y la discusión, el mejor camino de acción para la clase obrera. Sin embargo, la educación basada en ello no debe estar dirigida solamente a los miembros del partido o grupo, sino a las masas o la clase obrera. Son ellos los que tienen que decidir en sus reuniones de fábrica y de consejos, la mejor manera de actuar. Pero, para que ellos decidan de la mejor manera posible, tienen que ser esclarecidos por opiniones bien consideradas, y provenientes de la mayor cantidad de sectores posibles. En consecuencia, este grupo que proclama que la acción autónoma de la clase obrera es la fuerza principal de la revolución socialista considerará que su tarea principal es ir a hablar a los obreros: por ejemplo a través de volantes populares que esclarezcan sus ideas, explicando los cambios importantes de la sociedad y la necesidad de una dirección de los obreros por ellos mismos en todas sus acciones tanto como en el trabajo productivo futuro.

Usted tiene aquí algunas de las reflexiones que me suscitó la lectura de las discusiones altamente interesantes publicadas en su revista. En más, debo decir cuan satisfecho estoy...

2) Primera respuesta de Pierre Chaulieu (Castoriadis) a Pannekoek [sin fecha].

Su carta produjo una gran satisfacción en el grupo de camaradas; satisfacción por el hecho de que nuestro trabajo sea apreciado por un camarada tan considerado como usted, que consagró toda su vida al proletariado y al socialismo; satisfacción de tener un acuerdo profundo sobre ciertos puntos fundamentales; satisfacción de poder discutir con usted y enriquecer así nuestra revista con este debate.

Antes de discurrir sobre los dos puntos centrales de su carta (naturaleza de la revolución rusa, concepción y rol del partido), quisiera señalar los puntos sobre los cuales se basa nuestro acuerdo: autonomía de la clase obrera, a la vez como medio y como fin de su acción histórica; poder total del proletariado sobre el plano económico y político como único contenido concreto del socialismo. En este sentido, quisiera disipar un malentendido. No es correcto que nosotros restringimos “la actividad de esos organismos (soviéticos) a la organización del trabajo en las fábricas, después de la toma del poder...”. Nosotros pensamos que la actividad de los organismos soviéticos (o Consejos Obreros) después de la toma del poder se extenderá a la organización total de la vida social; es decir, que mientras sea necesario que haya un organismo de poder, su rol será cumplido por los Consejos Obreros. Tampoco es correcto que estemos pensando en algún rol para los Consejos Obreros solamente para el momento siguiente a la “toma del poder”. Al mismo tiempo, la experiencia histórica y la reflexión muestran que los Consejos no serían organismos que expresen verdaderamente la clase trabajadora si éstos fueran creados, por decirlo de alguna manera, por decreto el día después de una revolución victoriosa. Ellos no serán algo sino en la medida en que sean creados espontáneamente por un movimiento de la clase, esto es, antes de la “toma del poder”; y si es así, es evidente que tendrán un rol primordial durante todo el período revolucionario, cuyo comienzo preciso está marcado (como decía yo en mi texto sobre el partido, en el número 10 de la revista) por la constitución de los organismos autónomos de masa.

Pero donde hay, en efecto, una diferencia de opinión entre nosotros, es sobre la cuestión de saber si durante el período revolucionario esos Consejos son el único organismo que juega un rol efectivo en la dirección de la revolución y, en menor medida, cuál es el rol y la tarea de los revolucionarios de aquí hasta allá. Es decir, “la cuestión del partido”.

Usted dice que para conquistar el poder, no necesitamos de un partido revolucionario que tome la dirección de la revolución proletaria. Y más lejos, después de recordar a justo título que hay, al lado nuestro, una media docena de partidos que se reivindican representantes de la clase obrera, usted agrega: “Para que ellas (las masas en sus Consejos) decidan de la mejor manera posible, deben ser esclarecidas por opiniones bien consideradas y procedentes de la mayor cantidad de sectores posibles”. Me temo que esta visión de las cosas no se corresponde en nada a los rasgos más ciegos y más profundos de la situación actual, así como a los rasgos más previsibles de la clase obrera. Pues los otros

grupos y partidos de los cuales usted habla no representan simplemente opiniones diferentes sobre la mejor manera de hacer la revolución, y por ello mismo las sesiones del Consejo no serán calmas reuniones de reflexión donde, después de la opinión de diversos consejeros (los diversos grupos y partidos), la clase obrera se decidirá a seguir tal o cual vía. A partir de la constitución de los organismos de la clase obrera, la lucha de clases será trasladada al seno de los organismos; ella será trasladada por la mayor parte de los representantes de los diversos “grupos y partidos” que reivindican la clase obrera; pero que en la mayor parte de los casos representan intereses e ideologías hostiles al proletariado, como los reformistas y los stalinistas. Y aun si no se encuentran bajo esta forma actual, éstos se encontrarán bajo otra forma; estemos seguros de ello. De manera verosímil, ellos tendrán desde el comienzo una posición predominante. Y toda la experiencia de los últimos veinte años —la guerra de España, la Ocupación, incluidas las experiencias de reuniones sindicales más pequeñas de la actualidad— nos enseña que los militantes que tienen nuestra opinión tendrán que conquistar por la lucha incluso *el derecho a la palabra* en el seno de esos organismos.

La intensificación de la lucha de clases durante el período revolucionario tomará inevitablemente la forma de la intensificación de la lucha de las diversas fracciones en el seno de los organismos de masas. En estas condiciones, decir que una organización revolucionaria de vanguardia se limitará a “instruir mediante opiniones bien consideradas” a los consejos es, creo, lo que en inglés se llama un “understatement”. Desde luego, si resulta que los Consejos del período revolucionario son asambleas de sabios en las que nadie turba la tranquilidad necesaria para una reflexión bien sopesada, seríamos los primeros en felicitarnos por ello; estamos seguros, en efecto, que nuestro parecer prevalecería si las cosas sucediesen de ese modo. Pero sólo en este caso podría el “partido o grupo” limitarse a las tareas que usted le asigna. Y este caso es con mucho el más improbable. La clase obrera que formará estos consejos no será una clase diferente de la que existe en la actualidad; habrá dado un enorme paso hacia delante, pero, tomando una expresión célebre, todavía llevará los estigmas de la situación de la que procede. Todavía estará dominada en su superficie por influencias profundamente hostiles, a las que en un principio sólo se opondrán su voluntad revolucionaria todavía confusa y una vanguardia todavía minoritaria. Esta, con todos los medios compatibles con nuestra idea fundamental de la autonomía de la clase obrera, tendrá que aumentar y profundizar su influencia en los consejos, y ganar para su programa a la mayoría. Incluso quizás tenga que actuar *antes*. ¿Qué tendrá que hacer si, representando a un 45% de los consejos, llega a su conocimiento que un partido neostalinista cualquiera se prepara para tomar el poder al día siguiente? ¿No tendrá que intentar apoderarse de él inmediatamente?

No creo que usted esté en desacuerdo con todo esto; creo que a lo que usted apunta sobre todo en sus críticas es a la idea del partido como “dirección revolucionaria”. Sin embargo, he intentado explicar que el partido no podía ser la dirección de la clase, ni antes, ni después de la revolución: ni antes, porque la clase no le sigue y porque a lo sumo sólo podría dirigir a una minoría (y aun así, “dirigirla” en un sentido muy relativo: influen-

ciarla mediante sus ideas y su acción ejemplar); ni después, ya que el poder proletario no puede ser el poder del partido, sino el poder de la clase en sus organismos autónomos de masas. El único momento en que el partido puede acercarse a un papel de dirección efectiva, de cuerpo que intenta imponer su voluntad incluso por la violencia, puede ser en una cierta fase del período revolucionario que precede inmediatamente al desenlace de éste; algunas decisiones prácticas importantes pueden tener que ser tomadas en otro lugar distinto a los consejos si los representantes de organizaciones de hecho contrarrevolucionarias participan en ellos, y el partido puede comprometerse bajo la presión de las circunstancias en una acción decisiva incluso si no es seguido en los votos por la mayoría de la clase. El hecho de que actuando de ese modo el partido no actúe como un cuerpo burocrático cuyo objetivo es imponer su voluntad a la clase, sino como la expresión histórica de la propia clase, depende de una serie de factores, sobre los que ya se puede discutir ahora en abstracto, pero cuya apreciación concreta sólo podrá manifestarse en aquel momento: qué proporción de la clase está de acuerdo con el programa del partido, en qué estado ideológico está el resto de la clase, cómo se desarrolla la lucha contra las tendencias contrarrevolucionarias en el seno de los consejos, qué perspectivas ulteriores hay, etc. Establecer desde ahora una serie de reglas de conducta para los diversos casos posibles sería sin duda pueril; podemos estar seguros de que los únicos casos que se presentarán serán los casos no previstos.

Hay camaradas que dicen: trazar esa perspectiva es dejar el camino abierto a una posible degeneración del partido en el sentido burocrático. La respuesta es: no trazarla significa aceptar desde ahora la derrota de la revolución o la degeneración burocrática de los consejos, y ello ya no como una posibilidad, sino como una certidumbre. En resumidas cuentas, negarse a actuar por miedo a transformarse en burócrata me parece tan absurdo como renunciar a pensar por miedo a equivocarse. Del mismo modo que la única “garantía” contra el error consiste en el ejercicio del propio pensamiento, la única “garantía” contra la burocratización consiste en una acción permanente en un sentido antiburocrático, luchando contra la burocracia y demostrando en la práctica que es posible una organización no burocrática de la vanguardia, y que a su vez puede organizar relaciones no burocráticas con la clase. Pues la burocracia no nace de concepciones teóricas falsas, sino de las propias necesidades de la acción obrera en una cierta etapa de ésta, y es en la acción donde el proletariado debe demostrar que puede prescindir de la burocracia. En resumidas cuentas, permanecer sobre todo preocupado por el miedo a la burocratización es olvidar que en las condiciones actuales una organización sólo podrá conseguir una influencia notable en las masas si es capaz de expresar y realizar sus aspiraciones antiburocráticas; es olvidar que un grupo de vanguardia sólo podrá lograr una verdadera existencia si se modela perpetuamente sobre estas aspiraciones de las masas; es olvidar que ya no hay espacio libre que pudiera ocupar una nueva organización burocrática. Y esto es lo que explica en última instancia el permanente fracaso de los intentos trotskistas por crear de nuevo pura y simplemente una organización “bolchevique”.

Añadiré para concluir lo dicho sobre el asunto que tampoco creo que se pueda decir que en el período actual (y de ahora a la revolución) la tarea de un grupo de vanguardia sea una tarea “teórica”. Creo que esa tarea también es —es sobre todo— de lucha y organización. Pues la lucha de clases es permanente, a través de sus alzas y sus bajas, y la maduración ideológica de la clase obrera se realiza a través de esa lucha. Ahora bien, el proletariado actualmente está dominado por las organizaciones (sindicatos y partidos) burocráticas, con lo cual las luchas se vuelven imposibles, son desviadas de su objetivo de clase o conducidas a la derrota. Una organización de vanguardia no puede asistir indiferente a ese espectáculo, ni limitarse a aparecer como el búho de Minerva al anochecer, que deja caer de su pico octavillas que explican a los obreros la razón de su derrota. Ha de ser capaz de intervenir en esas luchas, combatir la influencia de las organizaciones burocráticas, proponer a los obreros modos de acción y de organización: e incluso a veces ha de ser capaz de imponerlos. En ciertos casos, quince obreros resueltos de la vanguardia pueden poner en huelga una fábrica de cinco mil, si están dispuestos a arrollar a algunos burócratas estalinistas, lo cual ni es teórico, y ni siquiera democrático, ya que esos burócratas siempre han sido elegidos por los propios obreros con una mayoría de votos bastante confortable.

Ante de terminar esta respuesta querría añadir dos palabras sobre nuestra segunda divergencia, que a simple vista sólo tiene un carácter teórico: la relativa a la naturaleza de la revolución rusa. Creo que caracterizar a la revolución rusa como una revolución burguesa es violentar los hechos, las ideas y el lenguaje. Que en la revolución rusa hubo varios elementos de una revolución burguesa en particular, la “realización de las tareas burguesas democráticas” es algo que siempre ha sido reconocido e, incluso antes de la propia revolución, Lenin y Trotsky los utilizaron como base de su estrategia y de su táctica. Pero en aquella etapa precisa del desarrollo histórico y con la configuración de las fuerzas sociales en Rusia, esas tareas sólo podía abordarlas la clase obrera que, al hacerlo, no tendría más remedio que plantearse al mismo tiempo tareas esencialmente socialistas.

Usted dice: la participación de los obreros no basta para definir el movimiento. Por supuesto, desde el momento que un combate se convierte en un combate de masas, los obreros están presentes, ya que son las masas. Sin embargo, el criterio no es éste; se trata de saber si los obreros se encuentran allí como la pura y simple infantería de la burguesía o si combaten por sus propios objetivos. En una revolución en la que los obreros luchan por la “Libertad, Igualdad y Fraternidad” —y cualquiera que sea el significado que subjetivamente dan a esas consignas—, son la infantería de la burguesía. Cuando luchan por “Todo el poder a los soviets”, luchan por el socialismo. La revolución rusa fue una revolución proletaria porque el proletariado intervino en ella como fuerza dominante con su propia bandera, a cara descubierta, con sus reivindicaciones, sus medios de lucha, sus propias formas de organización: no sólo constituyó organismos de masas que tendían a apropiarse de todo el poder, sino que incluso llegó a la expropiación de los capitalistas y empezó a realizar la gestión obrera de las fábricas. Todo esto convierte a la revolución rusa en una revolución proletaria, cualquiera que haya podido ser

su suerte posterior, del mismo modo que ni sus debilidades, ni su confusión, ni su derrota final, impiden que la Comuna de París haya sido una revolución proletaria.

Esta divergencia puede parecer a simple vista teórica; sin embargo, creo que tiene una importancia práctica en la medida que manifiesta una diferencia de metodología con respecto a un problema actual por excelencia: el problema de la burocracia. El hecho de que la degeneración de la revolución rusa no haya dado lugar a una restauración de la burguesía, sino a la formación de una nueva capa explotadora, la burocracia; que el régimen que dirige esta capa, a pesar de su profunda similitud con el capitalismo (en tanto que dominación del trabajo muerto sobre el trabajo vivo), difiera de él en una gran cantidad de aspectos que no se pueden desdeñar so pena de condenarse a no comprenderlo; que esa misma capa, desde 1945, esté extendiendo su dominación en el mundo; que en los países de Europa occidental esté representada por partidos profundamente arraigados en la clase obrera, todo esto nos obliga a pensar que limitarse a decir que la revolución rusa fue una revolución burguesa equivale a cerrar los ojos voluntariamente ante las características más importantes de la situación mundial *hoy día*.

Confío en que esta discusión proseguirá y se profundizará, y creo inútil repetirle que acogeremos con profundo placer en **Socialismo o Barbarie** todo lo que tenga a bien enviarnos.

Fraternalmente

3) Segunda carta de Pannekoek a Castoriadis, 15 de junio de 1954.

He podido constatar con gran placer que usted ha publicado en la revista **Socialisme ou Barbarie** una traducción de mi carta, con notas críticas, a fin de hacer participar a vuestros lectores en esta discusión sobre cuestiones fundamentales. Ya que usted expresó el deseo de seguir la discusión, le envío algunas observaciones a su respuesta. Naturalmente, hay divergencias de opinión que pueden aparecer en la discusión con mayor claridad. Tales divergencias son el resultado de una apreciación diferente de aquello que se consideran como los puntos más importantes; lo cual a su vez está relacionado con nuestras experiencias prácticas o con el medio en el cual uno se halla. En mi caso, fue el estudio de las huelgas políticas en Bélgica (1893), Rusia (1905 y 1917), en Alemania (1917 y 1919); estudios a partir de los cuales traté de llegar a una comprensión clara del carácter fundamental de estas acciones. En su caso, su grupo vive y trabaja en medio de la agitación de clase de los obreros de una gran ciudad industrial. En consecuencia, su atención está concentrada en problemas prácticos: ¿cómo podrían desarrollarse métodos de lucha eficaces, más allá de la lucha ineficaz de los partidos y de las huelgas potenciales de hoy?

Naturalmente, no pretendo que las acciones revolucionarias de la clase obrera se desarrollen en una atmósfera de discusión tranquila. Lo que pretendo es que el resultado de la lucha, por lo general violenta, no sea determinado por circunstancias accidentales, sino por aquello que vive en el pensamiento los

obreros, como la base de una conciencia social adquirida por la experiencia, el estudio o las discusiones. Si el personal de una fábrica debe decidir hacer huelga o no, la decisión no debe ser tomada a golpes de puño en la mesa, sino normalmente mediante la discusión.

Usted plantea el problema de manera completamente práctica: ¿que haría el partido si tuviera detrás suyo el 45% de los miembros del consejo y si esperara que otro partido (neoestalinista que trataría de alcanzar el poder) tratara de alcanzar el poder por la fuerza? Su respuesta es: habría que adelantarse haciendo aquello que nosotros tememos que ellos hagan. ¿Cuál sería el resultado definitivo de esa acción? Mire lo que pasó en Rusia. Allí existía un partido con buenas intenciones revolucionarias, influenciado por el marxismo, y asegurado, además, por el apoyo de los consejos ya formados por los obreros. Sin embargo, éste fue obligado a tomar el poder y el resultado fue el stalinismo totalitario (si yo digo “fue obligado” es porque las circunstancias no estaban suficientemente maduras para una revolución proletaria). En el mundo occidental donde el capitalismo está más desarrollado, las circunstancias están ciertamente más maduras; teniendo en cuenta que la medida vendría a ser el desarrollo de la lucha de clases. Tengo que hacerle entonces una pregunta: la lucha del partido que usted propone, ¿salvaría la revolución proletaria? En realidad me parece que sería un nuevo paso hacia una nueva opresión.

Ciertamente, siempre habrá dificultades. Si la situación francesa o mundial exigiera una lucha en masa de los obreros, los partidos comunistas intentarían rápidamente transformar su acción en una demostración pro-rusa en el marco del partido. Es necesario llevar a cabo una lucha enérgica contra esos partidos. Pero no podemos vencerlos copiando sus métodos. Esto no es posible sino practicando métodos propios. La verdadera forma de acción de la clase en lucha es la fuerza de los argumentos, basada sobre el principio fundamental de la autonomía de las decisiones. Los obreros no podrán prevenir una opresión proveniente del partido comunista sino es a través del desarrollo y el fortalecimiento de su propia poder de clase. Ello no quiere decir otra cosa que la voluntad unánime de tomar los medios de producción bajo su control y gestionarlos.

La condición principal para la conquista de la libertad de la clase obrera es que la concepción del autogobierno y de la autogestión del aparato productivo esté arraigada en la conciencia de las masas. Esto concuerda, en cierta manera, con la visión de Jaurés sobre la Constituyente en su **Historia socialista de la revolución francesa**. Esta asamblea, muy nueva, que discutía los proyectos políticos, supo, apenas reunida, dismantelar todas las maniobras de la Corte. ¿Por qué? Porque ella era portadora de algunas grandes ideas abstractas, maduras largamente y con seriedad, que le daban una visión clara de la situación.

Claro que los dos casos no son idénticos. Aquí, en lugar de las grandes ideas de la Revolución Francesa, se trata de las grandes ideas sociales de los obreros, es decir, la gestión de la producción a través de la cooperación organizada. En lugar de 500 diputados seguros de sus ideas abstractas adquiridas mediante el estudio, los trabajadores serán millones guiados por la expe-

riencia de toda una vida de explotación en un trabajo productivo. He aquí porque yo veo las cosas de la manera siguiente: la tarea más noble y más útil de un partido revolucionario es, mediante la acción y la propaganda en miles de diarios, volantes, etc., enriquecer el conocimiento de las masas hacia una conciencia cada vez más clara y más vasta.

Ahora digamos algunas palabras sobre el carácter de la revolución rusa. La traducción inglesa “middle classe revolution”, por la de “revolución burguesa” no expresa exactamente su significación. Cuando en Inglaterra las susodichas clases medias tomaron el poder, ellas estaban compuestas en parte por pequeños capitalistas u hombres de negocios, propietarios del aparato industrial de producción. La lucha de masas era necesaria para expulsar a la aristocracia del poder, pero pese a ello, esta masa no era todavía capaz de tomar los medios de producción. Pues los obreros no pueden alcanzar la capacidad espiritual, moral y organizativa para hacerlo, sino a través de la lucha de clases en un capitalismo bastante desarrollado. En Rusia no existía una burguesía de cierta importancia; la consecuencia de ello fue que de la vanguardia de la revolución surgiría una nueva clase media como clase dirigente del trabajo productivo, que gestionaría el aparato productivo, no como un conjunto de propietarios individuales que poseen cada uno su parte de ese aparato de producción, sino como propietarios colectivos del aparato de producción en su totalidad.

En general, nosotros podemos decir: si las masas trabajadoras (puesto que ellas son el producto de las condiciones precapitalistas) no son todavía capaces de tomar la producción en sus propias manos, inevitablemente esto tendrá como resultado una nueva clase dirigente que se convertirá en dueña de la producción. Es esta concordancia la que me conducía a afirmar que la revolución rusa (en su carácter esencial y permanente) era una revolución burguesa. Claro que el poder del proletariado era necesario para destruir el poder del antiguo sistema (y eso fue una lección para los trabajadores del mundo entero). Pero una revolución social no puede obtener más de lo que le corresponde de acuerdo al carácter de las clases revolucionarias. Y si era necesaria la mayor radicalidad para vencer todas las resistencias, más tarde sería necesario dar marcha atrás.

Esto parece ser una regla general de todas las revoluciones hasta nuestros días: hasta 1793, momento en el cual la revolución francesa se hizo cada vez más radical; momento en el cual los campesinos se transformaron definitivamente en propietarios de sus propias tierras, y los ejércitos extranjeros fueron rechazados; en ese momento los jacobinos fueron masacrados y el capitalismo hizo su entrada como nuevo amo. Cuando las cosas se miran de esta manera, se constata que el curso de la revolución rusa fue el mismo que el de las revoluciones precedentes que tomaron el poder; en Inglaterra, Francia, Alemania. La revolución rusa no fue una revolución proletaria prematura. La revolución proletaria pertenece al futuro.

Espero que esta explicación, aunque no contenga argumentos nuevos, pueda ayudar a clarificar algunas divergencias de nuestros puntos de vista.

4) Segunda respuesta de Chaulieu (Castoriadis), 22 de agosto de 1954.

Discúlpeme por contestarle con un cierto retraso a su carta del 15 de junio. No estaba en París y no quise responder sin haber conversado antes con los camaradas del grupo. Entre tanto, recibí la otra carta del 10 de agosto, con el argumento de la “ética marxista”, que habíamos discutido.

Con respecto a su carta del 15 de junio, hemos decidido de manera unánime publicarla en el próximo número (18) de **Socialismo o Barbarie**. Ella podrá ayudar a los lectores a comprender su punto de vista, tanto en lo que respecta a la cuestión del partido como aquella sobre el carácter de la Revolución Rusa. Con respecto a mí, no creo que tenga nada importante que agregar a lo dicho en el número 14. Solamente quisiera observar que yo nunca pensé que “podríamos vencer al PC copiando sus métodos” y que yo siempre dije que la clase obrera (o su vanguardia) necesita un modo de organización nuevo, que corresponde a la necesidad de luchar contra la burocracia; no solamente la burocracia exterior y realizada (la del PC), sino también a la burocracia interior potencial. Yo dije: la clase obrera necesita una organización antes de los Consejos. Usted me responde: “no necesita una organización de tipo staliniana”. Estamos de acuerdo, pero esta tesis exige que usted muestre que la organización staliniana es la única realizable. Pienso que en ese terreno de la discusión no se puede avanzar mucho. Tengo la intención de retomar el problema a partir del texto “Intelectuales y Obreros”, publicado en el número 14 de **Socialismo o Barbarie** y espero publicar un artículo sobre eso en el número 16. Supongo que en ese momento podremos retomar la discusión de una manera fecunda.

Respecto de su artículo contra Rubel, nosotros pensamos que era muy difícil publicar una crítica de un libro que todavía no fue publicado. La tesis de Rubel está dactilografiada. Los lectores y nosotros mismos no la conocemos sino a través de la reseña hecha en **Le Monde** por Jean Lecroix, quien, si no me equivoco, debe haber asistido a la defensa de tesis y que verdaderamente no la debe haber leído. En todo caso, me parece difícil hacer una crítica a partir de la reseña aparecida en un diario. Es cierto que Rubel ya había expuesto esta concepción, la que, como usted dice, no es novedosa, en su introducción “Pages choisies de Marx”; pero ya que él se toma el trabajo de escribir un libro sobre el tema, la gente pensará que nosotros deberíamos esperar y ver el desarrollo de sus posiciones y la argumentación que la acompaña. Pues, por el momento, estamos a punto de discutir sobre un vocablo. Le pedimos entonces esperar a la publicación del libro de Rubel: le enviaremos un ejemplar apenas sea publicado, y tal vez usted constate que no sea necesario cambiar una sola palabra de su artículo, pero nosotros habremos cumplido con las reglas de la corrección literaria.

P.D. Fue sin duda un malentendido que usted haya creído que se deslizó un error en la traducción de su carta. La expresión (pág. 40, línea 13, número 14), “nosotros no tenemos nada que hacer con un Partido Revolucionario”, es un galicismo que significa “nosotros no necesitamos, a nosotros no nos sirve un Partido

Revolucionario”. Es una traducción próxima de nuestro inglés “we have no use for”.

5) Respuesta de Pannekoek a Chaulieu (Castoriadis), 3 de septiembre de 1954.

Gracias por su carta del 22 de agosto. Permítame usted invertir el orden de los temas y tratar antes el artículo contra Rubel. Hace tiempo que leí *Pages Choisies*, pero sin prestarle mucha atención, aun si en la correspondencia que mantuvimos [con Rubel], él introdujo muchas afirmaciones éticas y pese a que yo traté de hacerle comprender lo que el marxismo quería decir. Sin embargo, leyendo hoy el artículo de **Le Monde**, percibo que el sujeto tenía mucha más importancia: mientras el *doctor* Rubel, precedido de su reputación de “márxologo” defendía triunfalmente su tesis en la Sorbona, yo retomé y estudié los viejos textos de Marx y encontré una reconfirmación de mis aseveraciones mucho más fuerte de lo que yo esperaba. De golpe, volqué todo eso en el papel y suponiendo que tales tesis, tan especializadas, dan lugar a una publicación, adjunté un extracto del artículo del diario. Pero yo estoy de acuerdo con que todo eso es insuficiente como base para una crítica. Por ello, voy a preguntar a Rubel si su tesis será publicada y cuando. En ese caso, sólo la primera parte de mi artículo debe ser reemplazada por otra introducción. El tema en sí, el carácter realmente científico de la teoría marxista, es para mí muy importante. Incluyo en ello el problema de la predicción del futuro, tema que engendró numerosas discusiones y muchas confusiones.

En cuanto al otro punto, respecto de la publicación de mi carta del 15 de junio, no era mi intención publicarla; o más bien, mientras la escribía no pensé que fuera a ser publicada. Si mi memoria es buena, creo que no la escribí con mucho cuidado. No obstante, si ustedes piensan que ciertos pasajes pueden contribuir al esclarecimiento, entonces creo que pueden hacer una selección, pero de tal modo que mis observaciones no ocupen tanto lugar en la revista. Tengo la impresión de que lo dicho en el libro **Los Consejos Obreros** puede dar una base más amplia y más general. Voy a enviarles una reedición de esos capítulos, preparada y publicada por mis amigos del ILP. Así tal cual, es un poco brutal, porque la argumentación está basada en los capítulos precedentes, que están ausentes. Aparentemente los camaradas del ILP han considerado que el punto de partida de la discusión sobre la revolución podría ser un buen remedio para la pasividad y la ausencia de espíritu revolucionario de los trabajadores ingleses.

Tengo la impresión de que nuestras posiciones sobre la acción de clase proletaria son diametralmente opuestas, pues cada una de ellas pone el acento en un aspecto diferente. En esas circunstancias, los individuos se distinguen en términos de coraje o de claridad de análisis, ya sea en el discurso o en la acción. Dichos individuos forman una vanguardia de hecho, que vemos nacer en el seno de todos los movimientos. Ellos se transforman en dirigentes de hecho; pueden contribuir al desarrollo de la actividad de las masas y, por la amplitud de su perspectiva, pueden ser buenos consejeros. Pero cuando ellos se reúnen en pequeños

grupos o partidos, con programas bien establecidos, estas relaciones fluidas se petrifican. Entonces, en tanto que dirigentes *ex officio*, ellos se consideran jefes y demandan ser seguidos y obedecidos.

Del otro lado, nosotros vemos que, en todas las acciones de masa o revolucionarias, surge un fuerte sentimiento común, que no es del todo consciente (como lo prueban las fluctuaciones de la acción), sino que está basado sobre condiciones concretas, que permiten la unidad necesaria en la acción para obtener resultados positivos. En tales circunstancias, las personalidades dirigentes pierden importancia. El verdadero beneficio, el verdadero progreso, real y duradero, consiste en que toda la clase, las masas obreras, cambien profundamente, rompan con el servilismo, fortalezcan su independencia, su confianza en ellas mismas, en virtud de su sola actividad, de su iniciativa, y no yendo a remolque de la iniciativa de los otros. Entre esos dos puntos de vista, la práctica de la lucha de clases puede revestir numerosas formas, intermediarias o combinadas.

Una última observación sobre las acciones de las masas. Considerando las condiciones de vida actuales en nuestras sociedades desarrolladas, puede parecer (y así está ampliamente aceptado) que estas acciones sean cada vez más imposibles e inútiles. Imposibles, en razón del enorme aumento del poder y de la violencia de los gobiernos, sostenidos por el gran capital (si una región del capital cayera en manos de los trabajadores, una simple bomba atómica bastaría para destruirlos). Inútil, porque las condiciones de vida y de trabajo, así como los derechos políticos de la clase obrera mejoran cada vez más (por ejemplos, los Estados Unidos). Y sin embargo, nosotros creemos firmemente que las amenazas de destrucción y de miseria que el capitalismo hace pesar sobre la humanidad son más fuertes que nunca. La forma actual es la guerra mundial que amenaza toda la población, intelectuales, maestros y obreros (siendo éstos últimos la gran mayoría). Es por eso que las acciones de masa serán más necesarias que nunca, y perderán el estricto carácter de clase que ellas tuvieron en el pasado (Bélgica, Rusia). Es de la única manera en que las masas podrán afirmar su voluntad, en relación a sus propias vidas.

Sin embargo, es un tema que no aparece en las discusiones, en la prensa o en los políticos; mucho menos en las publicaciones socialistas. ¿Será por miedo a ser identificadas con el comunismo ruso? ¿O más bien se trata del miedo de los grupos con pretensiones dirigentes de ver a las masas obreras tomar la acción en sus propias manos?

[Traducido por Maristella Svampa de **Pierre Chaulieu (Cornelius Castoriadis)-Anton Pannekoek, Correspondance 1953-1954: présentation et commentaires d'Henri Simon**, Paris, Echanges et Mouvement, s/d]



EL DEBATE LEFORT-CASTORIADIS

Organización y partido Contribución a una discusión

Claude Lefort

No existe una acción revolucionaria que sea solitaria: esta acción que tiende a transformar la sociedad no puede más que efectuarse en un marco colectivo y este marco tiende naturalmente a extenderse. De esta manera, la actividad revolucionaria, colectiva, buscando serlo cada vez más, implica necesariamente una cierta organización. En esto nunca nadie ha disentido, ni disiente. Lo que ha sido combatido desde el comienzo de la elaboración de nuestras tesis, no es la necesidad de una organización para el proletariado, sino la de la *dirección revolucionaria*, la de la constitución de un partido. El núcleo de nuestras principales divergencias está ahí. La verdadera pregunta cuyos términos han sido alguna vez deformados de una parte y de la otra ha sido la siguiente: ¿la lucha del proletariado exige o no la construcción de una conducción o de un partido?

No es para nada accidental que esta pregunta sea la fuente permanente de nuestro conflicto teórico. Las tesis de **Socialisme ou Barbarie** se han desarrollado sobre la base de una crítica a la burocracia en todas sus formas: no nos queda, entonces, más que encarar de una manera crítica el problema de la organización revolucionaria. Ahora bien, ésta no podía más que tomar un carácter explosivo ya que cuestionaba nuestra coherencia ideológica. Se puede muy bien admitir que hay lagunas en la representación de la sociedad, circunscribir los problemas de los que no se tiene solución, pero no se puede admitir en el seno de nuestras concepciones ideológicas generales una contradicción que tiende a poner en oposición el pensamiento y la acción. Cada uno de nosotros debe visualizar y mostrar el lazo que establece entre las formas de la acción revolucionaria y las ideas a las que suscribe.

Del pasado al presente

¿Qué es, entonces, aquello en lo que nos debemos coherencia? En el origen de nuestras tesis se ubican los análisis del fenómeno burocrático. Al que hemos abordado simultáneamente desde diferentes aspectos antes de poder tener de él una representación global. La primera vía fue la crítica de las organizaciones obreras en Francia. Encontramos en ellas más que malas direcciones de las que habría hecho falta corregir errores o denunciar traiciones; descubrimos que eran partícipes del sistema de explotación

en tanto que formas de encuadramiento de la fuerza de trabajo. Empezamos a investigar que ellas eran las bases materiales del estalinismo en Francia. En este sentido distinguimos, al mismo tiempo, los privilegios actuales que aseguraban la estabilidad de una capa de cuadros políticos y sindicales y las condiciones históricas generales que favorecían la cristalización de numerosos elementos en la sociedad, ofreciéndoles la perspectiva de una nueva clase dominante.

El segundo aspecto, la segunda vía, fue la crítica del régimen burocrático ruso, del que mostramos los mecanismos económicos que subyacían a la dominación de una nueva clase.

La tercera vía fue el descubrimiento de las tendencias burocráticas, a escala mundial, de la concentración creciente del capital, de la intervención crecientemente extendida del Estado en la vida económica y social, asegurando un nuevo estatus a capas cuyo destino no estaba ya ligado al capital privado.

De mi parte, esta profundización teórica iba a la par de una experiencia que había conducido en el seno del partido trotskista, cuyas lecciones me parecieron claras.

El P.C.I., en el que había militado hasta 1948, no participaba en nada en el sistema de explotación. Sus cuadros no obtenían ningún privilegio de su actividad dentro del partido. Se encontraban en su seno sólo elementos imbuidos de una evidente "buena voluntad revolucionaria" y conscientes del carácter contrarrevolucionario de las grandes organizaciones tradicionales. Formalmente reinaba una gran democracia. Los organismos dirigentes eran regularmente elegidos durante las asambleas generales; éstas eran frecuentes, los camaradas tenían toda la libertad de reunirse en tendencias y defender sus ideas en las reuniones y los congresos (podían, incluso, expresarse en las publicaciones del partido). Sin embargo, el P.C.I. se desenvolvía como una micro-burocracia y nos aparecía como tal. Sin duda daba lugar a prácticas condenables: falsificación de los mandatos fuera de los congresos, maniobras efectuadas por la mayoría existente para asegurar al máximo la difusión de sus ideas y reducir las de las minorías, calumnias diversas para desacreditar al adversario, esgrimir la destrucción del partido cada vez que un militante se encontraba en desacuerdo sobre ciertos puntos importantes del programa, culto a la personalidad de Trotsky, etc. Pero lo esen-

cial, lo más importante, no estaba allí. El P.C.I. se consideraba el partido del proletariado, su *dirección*, irremplazable; juzgaba la futura revolución como el simple cumplimiento de su programa. Con respecto a las luchas obreras, el punto de vista de la organización predominaba en forma absoluta. En consecuencia, aquéllas eran siempre interpretadas según este criterio: ¿en qué condiciones serían favorables para el fortalecimiento del partido? Habiéndose identificado definitivamente con la Revolución mundial, el partido estaba preparado para realizar numerosas maniobras, aún cuando éstas fuesen escasamente útiles para su desarrollo.

Si bien hay que tomar muchas precauciones para hacer esta comparación, ya que es válida sólo desde una cierta perspectiva, tanto el P.C.I. como el P.C. veían en el proletariado una masa a dirigir. Pretendía solo *dirigirla bien*. Ahora bien, esta relación que el partido mantenía con los trabajadores —o, más bien, que hubiera deseado mantener, ya que en los hechos no dirigía nada en absoluto— se reencontraba trasplantado al interior de la organización, entre el aparato de dirección y la base. La división entre dirigentes y simples militantes era una norma. Los primeros esperaban de los segundos que escucharan, que discutieran las propuestas, que votaran, que difundieran el diario y pegaran los afiches. Los segundos, persuadidos que a la cabeza del partido eran necesarios *camaradas competentes*, hacían lo que se esperaba de ellos. La democracia estaba fundada sobre el principio de la ratificación. Consecuencia: igual que en la lucha de clases, predominaba el punto de vista de la organización; en la lucha dentro del partido, el punto de vista del control de la organización era decisivo. Al mismo tiempo que la lucha revolucionaria se confundía con la lucha del partido, ésta se confundía con la lucha llevada a cabo por el buen equipo. El resultado era que los militantes se definían sobre cada asunto según este criterio: ¿el voto reforzaba o, por el contrario, arriesgaba debilitar al buen equipo? De esta manera, al someterse cada uno a la preocupación de una eficacia inmediata, la ley de la inercia reinaba como en toda burocracia. El trotskismo era una de las formas del conservadurismo ideológico.

La crítica que le hago al trotskismo no es del orden de lo psicológico: es sociológica. No se basa sobre los comportamientos individuales sino que concierne a un modelo de organización social cuyo carácter burocrático es mucho más destacable en tanto no está determinado directamente por las condiciones materiales de explotación. Sin duda, este modelo no es más que un subproducto del modelo social dominante: la micro burocracia trotskista no es la expresión de una capa social, sino solamente el eco en el seno del movimiento obrero de las burocracias reinantes a escala de la sociedad global. Pero el fracaso del trotskismo nos muestra la extraordinaria dificultad que existe para escapar de las normas dominantes, para instituir en el nivel mismo de la organización revolucionaria un modo de reagrupamiento, de trabajo y de acción que sean efectivamente revolucionarios y ya no marcados por el sello del espíritu burgués o burocrático.

Los análisis de **Socialisme ou Barbarie**, la experiencia que algunos extrajimos, como en mi caso, de su antigua acción en un partido, condujo naturalmente a percibir bajo una nueva luz la

lucha de clases y el socialismo. Es inútil resumir las posiciones que la revista impulsó a tomar. Bastará decir que la autonomía devino ante nuestros ojos el criterio de lucha y de la organización revolucionarias. La revista no cesó de afirmar que los obreros debían tomar en sus manos su propio destino y organizarse ellos mismos, independientemente de los partidos y los sindicatos que pretendían ser los depositarios de sus intereses y de su voluntad. Juzgamos que el objetivo de la lucha no podía ser otro que la gestión de la producción por los trabajadores, ya que toda otra solución no haría más que consagrar el poder de una nueva burocracia; buscábamos, en consecuencia, determinar reivindicaciones que dieran testimonio, en lo inmediato, de una conciencia antiburocrática; le acordamos un lugar central al análisis de las relaciones de producción y de su evolución, para demostrar que la gestión obrera era realizable y que ella tendía a manifestarse espontáneamente, ya mismo, en el seno del sistema de explotación; finalmente fuimos conducidos a definir el socialismo como una democracia de los consejos.

Estas posiciones de las que, por otra parte, no se puede decir hoy que estén suficientemente elaboradas, pero que han sido objeto de un trabajo importante, se han reafirmado, sobre todo desde que levantamos la hipoteca trotskista que pesaba sobre nuestras ideas. Pero, por supuesto, no pueden tomar todo su sentido a menos que forjemos, simultáneamente, una nueva representación de la misma actividad revolucionaria. Se encuentra ahí una necesidad inherente a las tesis de **Socialisme ou Barbarie**. Intentando eludirla multiplicamos los conflictos entre nosotros, al no mostrar su alcance y, a veces, intentando eludirlo nosotros mismos: en efecto, es evidente que una divergencia sobre el problema de la organización revolucionaria afecta, poco a poco, al entero contenido de la revista: los análisis de la situación política y de los movimientos de lucha, las perspectivas que ensayamos trazar y, sobre todo, el lenguaje que empleamos cuando nos dirigimos a los obreros que nos leen. Ahora bien, sobre este aspecto, ha resultado y resulta imposible acordar sobre nuestras ideas y dar una respuesta común al problema.

Un cierto número de colaboradores de la revista no hace más que definir la actividad revolucionaria dentro del marco de un partido de nuevo tipo, el que, de hecho, vuelve a enmendar el modelo leninista que el trotskismo ha tratado de reproducir integralmente. ¿Por qué este fracaso? Y, en primer lugar, ¿por qué es necesario hablar de un fracaso?

Extraigamos las conclusiones de nuestras críticas.

El argumento esencial que avanza a favor de la construcción de un partido revolucionario me parece figurar ya en un texto antiguo de la revista: "El proletariado no podrá vencer, ni siquiera luchar seriamente contra sus adversarios —adversarios que disponen de una organización formidable, de un conocimiento completo de la realidad económica y social, de cuadros educados, de los avances de la sociedad, de la cultura y, la mayor parte del tiempo, del mismo proletariado— a menos que disponga de un conocimiento, de una organización de contenido proletario, *superiores* a los de sus adversarios mejor equipados en este as-

pecto” (extraído de **Socialisme ou Barbarie**, n° 2, “El partido revolucionario”, p. 103).

Dado que el proletariado no puede, en tanto que clase considerada en su conjunto, tener este conocimiento y proveer esta organización, sólo una fracción, la más consciente, puede “elevarse al nivel de las tareas universales de la revolución” (*Ibid.*): “esta fracción es necesariamente un organismo universal minoritario, selectivo y centralizado” (**Socialisme ou Barbarie**, n° 10, p. 16).

Este argumento parecía fundamentar desde ya todos los análisis del **¿Qué hacer?** Pero Lenin dedujo de allí un cierto número de consideraciones que no podían ser admitidas, tal cual habían sido formuladas, en el marco ideológico de **Socialisme ou Barbarie**. Aboquémonos a lo esencial: Lenin considera que el proletariado no pudiendo acceder por sí mismo a la conciencia científica de la sociedad tiende, espontáneamente, a someterse a la “ideología reinante, o sea, a la ideología burguesa”; la tarea esencial del partido es la de sustraerlo a esta influencia, aportándole un conocimiento político, y este conocimiento político no puede ser administrado sino es desde el exterior del marco de su vida cotidiana, “es decir, desde el exterior de la lucha económica, desde el exterior de la esfera de las relaciones de producción”; además, Lenin demuestra que la organización proletaria, para ser *superior* a la de sus enemigos de clase, debe vencerla en su propio terreno: profesionalización de la actividad revolucionaria, rigurosa concentración de sus tareas, especialización de las funciones de los militantes (de ahí el paralelo incesante retomado a lo largo del **¿Qué hacer?** entre el partido y el ejército); por fin —como consecuencia explícita— convencido de la validez de su programa, por el sólo hecho de que las masas lo apoyan, el partido se encuentra naturalmente destinado si no a ejercer el poder, por lo menos a participar de él activamente.

Tales ideas son incompatibles con la crítica de la burocracia y la afirmación de la autonomía proletaria.

No podemos admitir que la conciencia política sea introducida desde afuera del proletariado por una fracción organizada; juzgamos, por el contrario, que es necesario redefinir el concepto mismo de política, ya que éste, en el uso que tradicionalmente se hace de él dentro del movimiento obrero, guarda un contenido burgués, que no tiene sentido para los trabajadores sino es a partir del momento en el que éstos son susceptibles de ligar a los acontecimientos de su propia experiencia las relaciones de producción. El rol de la política no es, por lo tanto, el de enseñar sino, más bien, el de explicitar lo que está inscripto en el estado de tendencia en la vida y la conducta de los obreros. Pero esta idea tiende a transformar la imagen de la actividad del militante; ya no es más como lo quería Lenin “el tribuno popular” que sabe aprovechar la menor ocasión para “exponer delante de todos sus convicciones sociales y sus reivindicaciones democráticas” (**¿Qué hacer?**); es aquél que *partiendo* de una crítica o de una lucha de los trabajadores en un sector determinado, intenta allí formular su alcance revolucionario, de mostrar cómo ésta *pone en cuestión el hecho mismo de la explotación* y, por lo tanto, de extenderla. El militante ya no aparece entonces como un dirigente sino como un agente de los trabajadores. Sin embargo, algunos

se resisten a extraer esta conclusión, se frenan en sus críticas a la política. Uno también podría preguntarse si la afirmación acerca de que la conciencia no es introducida desde afuera no les sirve para identificarse —ingenuamente convencidos pero, sobretudo, con un notable aplomo— con la clase obrera.

Por otro lado, critican la idea de que el partido debe ser un órgano de poder. Y, de hecho, esto contradice la representatividad esencial del socialismo, en tanto que sociedad de los consejos. Mas esta crítica es eminentemente equívoca. Significa que el partido no es un órgano burocrático, ya que su programa es la realización de un poder soviético y entonces —en última instancia— un programa antipartidario. La lógica exigiría que, partiendo de tal objetivo, nos opongamos a la formación de un organismo que se arroge el monopolio del programa socialista y arriesgue hacerle la competencia a los consejos, y que busquemos una nueva vía para la actividad revolucionaria. Todo lo contrario, apelar a una organización autónoma de los trabajadores, efectivamente representativa, deviene una justificación de la existencia y de la duración del partido. El partido se hace necesario para la fundación del poder soviético. Aún más, ese poder no es autónomo sino en la medida en que el partido lo juzga como tal. Digamos, y ciertos camaradas lo dijeron, ciertamente, al hablar de la situación pre-revolucionaria, que no hay más que una organización válida: “el partido es un organismo, en forma y fondo, *único*, dicho de otra manera, es el único organismo (permanente) de la clase bajo condiciones del régimen de explotación. No hay, no puede haber allí una pluralidad de formas de organización a las cuales aquél se yuxtapondría. En este sentido, la distinción entre comités de lucha y partido (o toda otra forma de organización minoritaria de la vanguardia obrera) concierne exclusivamente al grado de clarificación y de organización y a ninguna otra cosa” (**Socialisme ou Barbarie**, n° 10, p. 16).

Cierto, no se habla aquí sino de las condiciones del régimen de explotación, pero en esto no se ve por qué la tesis no se extendería a aquéllas del régimen socialista, puesto que la autonomía de los soviets, al igual que la de los comités de lucha, no es efectiva más que a partir del momento “en que su mayoría adopta y asume el programa revolucionario que, hasta entonces, el partido solo defiende sin compromisos” (**Socialisme ou Barbarie** n° 2, p. 101).

La tendencia a extender indefinidamente las prerrogativas del partido se manifiesta, además, en la definición que se ofrece de los organismos de clase, del tipo de comité de lucha. Después de haberlos presentado como embriones de organismos soviéticos y no de tipo partido (**Socialisme ou Barbarie** n° 2, p. 100), no se los distingue ya del partido sino por su menor grado de especificidad y de organización.

De hecho, no cesaremos de repetirlo, si se afirma la necesidad del partido, si se basa esta necesidad en el hecho de que el partido detenta el programa socialista, si se caracteriza la autonomía de los organismos forjados por los trabajadores, siguiendo el criterio de su acuerdo con el programa del partido, éste se encuentra naturalmente destinado a ejercer, antes y después de una revolución, el poder, todo el poder real de las clases explotadas.

Pero, al mismo tiempo, es necesario reconocer que esta tesis está en contradicción formal con nuestra teoría y denuncia de la manera más aguda la incoherencia de aquéllos que la sostienen.

Tercera corrección aportada a la teoría leninista: buscar nuevas modalidades de funcionamiento del partido. De hecho, se las busca sin buscarlas, puesto que a menudo se dice que las reglas importan poco y que el criterio de nuestro antiburocratismo está en nuestro programa. Se las busca, no obstante, aunque más no sea que porque es imposible suscribir a la tesis del **¿Qué hacer?** sobre la profesionalización de la actividad revolucionaria, efectivamente inconciliable con el principio que dice que es necesario tender a suprimir toda separación entre dirigentes y ejecutantes. La nueva idea es la de extender al partido el principio de la delegación y de la revocabilidad que inspira la organización soviética. Si no me equivoco, ciertos camaradas piensan que los órganos dirigentes se encuentran bajo un control efectivo permanente de los militantes desde el momento en que éstos tienen el poder, en cada una de sus reuniones, de cambiar de delegados. Pero no hacen más que perfeccionar un modelo de democracia formal. En los organismos de clase, la noción de revocabilidad puede tener un contenido positivo por el hecho de que existe un medio de trabajo real; los hombres forjan, en virtud de sus relaciones, en el seno del medio productivo, una experiencia que les permite resolver con claridad los problemas que encuentran. Lo que deciden concierne a su vida y tienen el poder de verificar lo que deciden a partir de su vida. El partido, en cambio (sea cual sea la opinión que se tenga sobre él), es un medio artificial, heterogéneo, ya que los individuos que allí están son diferentes por su actividad profesional, por su origen social y por su cultura. La unidad de ese medio no existe más que en razón de la centralización impuesta a la organización y esta centralización, a su vez, está fundada sobre la cohesión del programa. En estas condiciones, las decisiones a tomar en el nivel de las células tienen siempre una doble motivación: la que se origina de una acción a llevar a cabo en un medio social exterior y la que se origina de la aplicación del programa o de la obediencia a la instancia central. El delegado de la célula tiene, asimismo, una doble función: es el mejor camarada en lo que concierne al trabajo propio de la célula y es, de otra parte, el *camarada competente*, aquél que ha asimilado el programa, que representa el "Centro", que posee la ciencia de la política revolucionaria, que tiene el poder de "elevarse al nivel de las tareas universales de la revolución". En consecuencia, el principio de revocabilidad se encuentra privado de eficacia: a los ojos de los militantes, el delegado, en desmedro de sus errores o de sus faltas, aparece como un camarada que tiene el privilegio de formar parte de los dirigentes y cuya *competencia* se incrementa naturalmente desde el momento en que participa de la dirección. Poco importa que el delegado sea o no revocable en todo momento; los factores que paralizan la base militante en un partido no dependen tanto de que no disponga del poder permanente de revocar sino, de manera mucho más profunda, de que esa base esté acostumbrada a la existencia del aparato dirigente, a la jerarquización de las funciones, a la especialización de la actividad política.

Evoquemos una vez más el partido trotskista para plantear esta cuestión: ¿qué habría cambiado con la introducción de un siste-

ma de delegados revocables? Podemos responder: nada más, probablemente, que una exacerbación de la lucha de las tendencias que, en lugar de culminar en las asambleas y los congresos, habría revestido un carácter explosivo permanente dado que cada una se habría abocado, dentro del marco de las células, a sustituir al delegado en curso por su propio candidato.

La democracia no se pervierte por la existencia de malas reglas organizacionales, lo hace sobre la base de la existencia misma del partido. La democracia no puede ser alcanzada en su seno por el hecho de que el partido mismo no es un organismo democrático, es decir, un organismo *representativo* de las clases sociales de las que se autoproclama.

Todo nuestro trabajo teórico debería hacernos llegar a esta conclusión. Es más, algunos de nosotros la rechazan pero, a mi entender, buscando conciliar la afirmación de la necesidad de un partido con nuestros principios fundamentales, caen en una nueva contradicción. Quieren operar esta conciliación tomando como modelo un partido donde serían introducidas reglas de funcionamiento características de un tipo soviético y, por allí, van a contramano de su crítica del leninismo.

En efecto, Lenin había perfectamente comprendido que el partido era un organismo *artificial*, es decir, fabricado por fuera del proletariado. Considerándolo un instrumento de lucha absolutamente necesario, no dudaba en fijarle estatutos cuasi soviéticos. El partido sería bueno si el proletariado lo sostenía, malo, si no lo seguía: sus preocupaciones se frenaban allí. De tal suerte que en **El Estado y la Revolución**, el problema de la función del partido no es ni siquiera abordado: el poder revolucionario es el pueblo en armas y sus consejos ejerciéndolo. El partido, en la mirada de Lenin, no tiene más existencia que por su programa, que es, precisamente, el poder de los soviets. De acuerdo a lo que la experiencia histórica señala, cuando se descubre en el partido un instrumento privilegiado de formación y de selección de la burocracia, no se puede más que proponer destruir este tipo de organización. Buscar conferirle atributos democráticos incompatibles con su esencia, es caer en una mistificación de la que Lenin no fue víctima; es presentarlo como un organismo *legítimo* de las clases explotadas y darle un poder más grande del que jamás se haya soñado en el pasado.

La idea de dirección revolucionaria. Evidencia de geometra

Pero si no se puede, al menos a partir de nuestros principios, admitir la idea de un partido revolucionario sin caer en una contradicción ¿no hay, sin embargo, un motivo que nos conduzca sin interrupción a postular su necesidad?

Ya he formulado esa motivación citando un texto del n° 2 de la revista. Resumámoslo nuevamente: el proletariado no podrá vencer a menos que disponga de una organización y de un conocimiento de la realidad económica y social superiores a los de su adversario de clase.

Si esta proposición resulta verdadera, será necesario decir también que estamos impelidos de constituir un partido, y que ese partido, en razón de las críticas que acabo de mencionar, no pue-

de sino devenir el instrumento de una nueva burocracia: resumiendo, será necesario concluir que la actividad revolucionaria está necesariamente encaminada al fracaso. Pero esta proposición —que creo encontrar en el origen de todas las justificaciones de un partido— no ofrece más que una pseudo-evidencia. Evidencia de géometra que no tiene contenido social. Frente al poder centralizado de la burguesía, de la ciencia que poseen las clases dominantes, se ha construido *simétricamente* un adversario que, para vencer, debe adquirir un poder y una ciencia *superiores*. Este poder y esta ciencia no pueden entonces más que conjugarse en una organización que, *antes* de la revolución, sea superior al Estado burgués. En la realidad, las vías por las que se enriquece la experiencia de los trabajadores (y las tendencias del socialismo) no concuerdan con este esquema. Es una utopía imaginar que una minoría organizada pueda apropiarse de un conocimiento de la sociedad y de la historia que le permita forjar por adelantado una representación científica del socialismo. Por loables y por necesarios que sean los esfuerzos de los militantes por asimilar y por hacer progresar, por sus propios medios, el conocimiento de la realidad social, es necesario comprender que este conocimiento sigue procesos que exceden las fuerzas de un grupo determinado. Se trate de la economía política, de la historia social, de la tecnología, de la sociología del trabajo, de la psicología colectiva o, en general, de todas las ramas del saber que incumben a la transformación de la sociedad; es necesario convencerse que el curso de la cultura escapa a toda centralización rigurosa. Descubrimientos revolucionarios, según nuestros propios criterios, existen en todos los campos (conocidos o no por nosotros), que elevan la cultura “al nivel de las tareas universales de la revolución”, que responden a las exigencias de una sociedad socialista. Sin duda estos descubrimientos siempre coexisten con modos de pensamientos conservadores o retrógrados, de modo que su síntesis progresiva y su puesta en valor no puedan efectuarse espontáneamente. Pero esta síntesis (que no podemos concebir más que bajo una forma dinámica) no podrá producirse sino hasta que la lucha de la clase revolucionaria, permitiendo percibir un vuelco de todas las relaciones tradicionales, devenga en un agente poderoso de cristalización ideológica. En tales condiciones, y solamente entonces, se podrá hablar en términos sensatos de una fusión de la organización proletaria y de la cultura. Repitémoslo, esto no significa que los militantes no tengan un rol esencial que jugar, que no deban hacer progresar la teoría revolucionaria gracias a sus propios conocimientos; pero su trabajo no puede ser considerado más que como una contribución a un trabajo cultural *social*, que se efectúa siempre a través de una diversidad de vías irreductible.

Es otra utopía imaginarse que el partido pueda garantizar una rigurosa coordinación de las luchas y una centralización de las decisiones. Las luchas obreras, tal como ellas se han producido desde hace 12 años —y tal como la revista las ha interpretado— no han sufrido por la ausencia de un órgano tipo partido que habría conseguido coordinar las huelgas; no han sufrido de una carencia de politización —de la manera en que Lenin lo entendía—, sino que han estado dominadas por el problema de la organización autónoma de la lucha. Ningún partido puede hacer que el proletariado resuelva este problema; al contrario, no será

resuelto sino es en oposición a los partidos —cualesquiera que sean y por más antiburocráticos que sean sus programas. La exigencia de una preparación concertada de las luchas de la clase obrera y de una previsión revolucionaria no puede, ciertamente, ser ignorada (si bien dicha exigencia no se presenta en todo momento, como algunos lo hacen creer); pero hoy es inseparable de otra exigencia: que las luchas sean decididas y controladas por aquéllos que las promueven. *La función de coordinación y de centralización no motiva entonces la existencia de un partido; éstas corresponden a grupos de obreros o de empleados minoritarios que, multiplicando sus contactos entre ellos, no dejan de ser parte de los medios de producción donde actúan.*

A fin de cuentas, a la conciencia de las tareas universales de la revolución, el proletariado no accede más que cuando ha cumplido con esas tareas mismas, que es en el momento en que la lucha de clases abraza a la sociedad entera y donde la formación y la multiplicación de los consejos de trabajadores brinda las señales sensibles de una nueva sociedad posible. Que minorías militantes hagan un trabajo revolucionario no significa en absoluto que un organismo pueda, en el seno de una sociedad de explotación, encarnar frente al poder burgués, en forma anticipada, gracias a la centralización y a la racionalización de sus actividades, el poder de los trabajadores. A diferencia de la burguesía, el proletariado no tiene, en el seno de la sociedad de explotación, institución representativa alguna; no dispone más que de su experiencia, cuyo itinerario complicado y jamás garantizado no puede ser depositado bajo ninguna forma objetiva. Su institución es la revolución misma.

La actividad militante

Cuál es entonces la concepción de actividad revolucionaria que, algunos camaradas y yo mismo, hemos sido llevados a defender. Deviene de aquello que los militantes no son, no pueden ni deben ser: una *dirección*. Ellos son una minoría de elementos activos, que provienen de nichos sociales diferentes, reunidos en razón de un acuerdo ideológico profundo, y que se ocupan de ayudar a los trabajadores en su lucha de clase, de contribuir al desarrollo de esa lucha, para disipar las mistificaciones entretejidas por la clase y las burocracias dominantes, para propagar la idea de que los trabajadores, si quieren defenderse, serán puestos en la tarea de tomar su propia suerte en sus propias manos, organizarse a sí mismos a escala de la sociedad, y que eso es el socialismo.

Estamos convencidos que el rol de estos elementos es esencial —al menos que puede y debe serlo. Las clases explotadas no forman un todo indiferenciado: lo sabemos y no es de los adeptos a una organización centralizada de quienes lo hemos aprendido. Éstas contienen elementos más o menos activos, más o menos conscientes. De la capacidad que los elementos más activos tengan para propagar las ideas y para sostener las acciones revolucionarias depende, finalmente, el porvenir del movimiento obrero.

Pero entre estos elementos activos, algunos —y de lejos los más numerosos— tienden a reunirse en el seno de las empresas, sin

buscar, en principio, la extensión de su acción hacia una escala más amplia. Estos encuentran espontáneamente la forma de actuar: fundan un pequeño diario local o un boletín; militan en una oposición sindical o componen un pequeño grupo de lucha. Otros experimentan la necesidad de expandir sus horizontes, de trabajar con elementos que pertenecen a medios profesionales y sociales diferentes de los suyos, de hacer coincidir sus acciones con una concepción general de la lucha social. Entre éstos últimos se encuentran numerosos camaradas —es necesario reconocerlo— que no pertenecen a un medio de producción y que no pueden entonces reunirse más que por afuera de las empresas: su cultura constituye un aporte esencial al movimiento obrero, a condición de que tengan una apropiada representación de su papel, que es el de subordinarse a ese movimiento.

La acción de estos últimos elementos no puede tener más que el objetivo de sostener, de amplificar, de clarificar aquella acción que llevan adelante los militantes o los grupos de las empresas. Se trata de aportarles información de la que ellos no disponen, conocimientos que no pueden ser obtenidos más que a través de un trabajo colectivo, llevado a cabo por fuera de las empresas; se trata de ponerlos en contacto, los unos con los otros, de permitirles comunicar sus experiencias separadas, de ayudarlos a constituir, poco a poco, una verdadera red de vanguardia.

Se pueden definir numerosas maneras que permitirían, desde ahora, orientarse hacia estos objetivos: por ejemplo la publicación de un diario. Pero no se llegará jamás a los trabajadores y jamás se logrará asociarlos a la empresa de un diario si no se les demuestra, primeramente, su seriedad. No se logrará si las informaciones comunicadas son insuficientes o precarias, si las experiencias mencionadas son excepcionales, si las interpretaciones propuestas son apresuradas y las generalizaciones sumarias, extraídas a partir de hechos singulares y dispersos. En resumen, si el diario es creado por un grupo que no tiene más que un pequeño contacto con militantes de la empresa, nadie se interesará por esa iniciativa. En un nivel más modesto, se trata, en principio, de convencer a los obreros, a los empleados, a los pequeños grupos ya existentes que les podemos ser útiles. La mejor manera es la de difundir (bajo la forma de un boletín sin una periodicidad regular) análisis cortos que aporten sobre la situación actual e informaciones — siempre que éstas hayan sido obtenidas a través de medios fuera de su alcance. Subrayaremos que los diarios de empresa pueden publicarlos o utilizarlos como mejor les plazca. Suscribiremos, además, que si nuestro trabajo les interesa, éste se enriquecerá naturalmente de informaciones y de críticas que ellos nos aportarán.

Por otra parte, se pueden poner en marcha algunos análisis serios con relación al funcionamiento de nuestra propia sociedad (sobre las relaciones de producción, la burocracia en Francia o la burocracia sindical). Se establecerá así una colaboración con los militantes de la empresa de manera de plantear en términos concretos (por las preguntas sobre su experiencia de vida y laborales) el problema de la gestión obrera.

Semejantes tareas pueden parecer modestas. En cambio, bien llevadas, exigen un trabajo considerable. Lo importante es que ellas estén a la altura de las minorías de vanguardia y que per-

mitan encarar un desarrollo progresivo, es decir, un desarrollo tal que a cada nivel de realización le corresponda una ampliación posible del trabajo.

Definiendo sus objetivos y sus métodos, se definen al mismo tiempo las formas de organización que le corresponden y que se apoyan, en principio, sobre el rechazo de la centralización. La organización que conviene a militantes revolucionarios es necesariamente *laxa*: no se trata de tener un gran partido dirigiendo desde sus órganos centrales la actividad de una red de militantes. Lo que no puede desembocar más que en hacer de la clase obrera un instrumento o abandonarla a la indiferencia, incluso a la hostilidad frente a un partido que pretende representarla.

El movimiento obrero no se abrirá a una vía revolucionaria sino es rompiendo con la mitología del partido, para buscar de formas de acción en los múltiples enlazamientos de militantes que organicen libremente su actividad, garantizando a través de sus contactos, sus informaciones y sus alianzas, no solamente la confrontación sino también la unidad de las experiencias obreras.

Este texto acompaña nuestra retirada del grupo **Socialisme ou Barbarie**. Quien esté interesado en la discusión que suscita la cuestión del Partido en este grupo puede leer otro artículo nuestro: “El proletariado y el problema de la dirección revolucionaria”, el trabajo de P. Chaulieu “La dirección proletaria”, n° 10, julio/agosto 1952, *Ibid.*, la carta de A. Pannekoek y la respuesta de P. Chaulieu, n° 14, 1954; finalmente la crítica que nos realiza P. Cardan, desde nuestro comienzo, en el marco de las tesis de estudio “Proletariado y organización”, n° 27 y 28. Encontramos en otro texto, en **La Breche** (Morin, Lefort, Coudray), París, 1968, los elementos de una extensión y de una transformación del debate. No parece que los problemas relevados en estos diferentes textos hayan dejado de ser actuales. Como ejemplo ver la discusión publicada por **Studies on the Left**, con la participación de Tom Hayden, vol. 5, n° 2, 1965; los comentarios, siempre vigentes, presentados por G. Lichteim en **Marxism in modern France**, New York, 1966. Finalmente, bastará leer los textos de R. Rossanda y de Sartre en **II Manifiesto**, n° 4, 1969, para convencerse de que la influencia de la tradición reside con fuerza en aquéllos que buscan desembarazarse de la ortodoxia comunista.

[traducido de **Socialisme ou Barbarie** n° 26, París, noviembre/diciembre de 1958, por Marisa Pronesti. Revisión técnica de Adriana Petra]

Proletariado y organización II (1959)^{1*}

(Fragmentos)

Cornelius Castoriadis

En paralelo con la degeneración burocrática, y alimentado por ella, renace constantemente un primitivismo antiorganización dentro del movimiento obrero. En el período actual, muy especialmente y de manera simétrica a la extensión y a la profundidad de la burocratización de las organizaciones y de la sociedad, ha aparecido una verdadera corriente ideológica que saca de su experiencia de los cuarenta últimos años, unas conclusiones que, de hecho, se dirigen contra toda forma de organización.

La premisa teórica de esas conclusiones es la identificación de burocracia y organización. Premisa que la mayor parte del tiempo permanece inconsciente, como es normal; si se formulase claramente conduciría de inmediato a preguntar porqué la organización de la sociedad por el proletariado, durante y después de una revolución, no conduciría fatalmente a la burocratización, y, de hecho, aquéllos que después de la revolución rusa han respondido afirmativamente a tal pregunta y abandonado la lucha son innumerables. El error crucial de ese razonamiento es que pone aparte a la organización, que hace de ella, en realidad, un factor autónomo de la evolución histórica. En realidad, las organizaciones no son lo único que ha degenerado, ya lo hemos visto: también ha degenerado la ideología revolucionaria, y las formas de lucha de la clase obrera. La organización no es un factor autónomo y original de la degeneración: las organizaciones no hubieran podido degenerar si el propio proletariado no hubiera participado de alguna manera en esa evolución y no continuase apoyando a las organizaciones burocratizadas. La burocratización es solamente la más profunda de las formas en que se expresa la influencia continuada de la sociedad capitalista sobre el proletariado.

Así pues, no es sorprendente que esa tendencia antiorganizativa se haya expresado en *Socialisme ou Barbarie*. Su portavoz ha sido, después de algunos otros camaradas, Claude Lefort.

(....)

Los acontecimientos del 13 de mayo de 1958 plantearon los problemas de forma tal que ya no se podía seguir esquivándolos por más tiempo. Ante la perspectiva de una crisis social, muchos lectores y simpatizantes venían a *Socialisme ou Barbarie* para trabajar con nosotros. ¿Cómo podíamos trabajar todos juntos, cómo podíamos organizarnos? De inmediato, se enfrentaron dos concepciones.

La mayoría de *Socialisme ou Barbarie* creía que era imposible organizarse sin adoptar cierto número de principios. Había que saber quien estaba organizado como miembro de la organización;

si el número de participantes imponía una repartición en grupos, era preciso mantener la cohesión del grupo mediante Asambleas generales por una parte, frecuentes y soberanas, y por la otra con un órgano responsable formado por delegados elegidos y revocables por los grupos de base que asegurase los intervalos; finalmente, las divergencias que pudieran surgir se zanjarían gracias a los votos y decisiones que todos cumplirían, aunque la minoría fuese libre de expresar públicamente su desacuerdo.

Para Lefort, Berthier y otros camaradas, las fronteras de una organización debían ser “deliberadamente imprecisas”; los grupos que formase la organización actuarían cada uno por su cuenta; las decisiones que se tomaran en común, más exactamente, los votos, no serían obligatorios para la minoría, que podía actuar según sus ideas. El problema de la unidad y coordinación de la actividad de la organización ni siquiera se planteaba, las únicas tareas “centrales” que se preveían se consideraban y presentaban como tareas técnicas, apelándose para todo lo demás a la “cooperación espontánea” de los camaradas.

Desde ese momento estaba claro que no era posible ninguna solución al 50%. Lefort y los que pensaban como él abandonaron *Socialisme ou Barbarie*, y ésa fue la única solución razonable por la que todos, ellos y nosotros, nos felicitamos. Cada uno podrá aplicar sus principios sin trabas, de ahora en adelante, y ver así cuál es su valor práctico. Nosotros pretendemos que con los principios y métodos de Lefort no puede construirse ni existir forma alguna de organización, ni “dúctil”, como él dice, ni rígida, ni cristalina, ni gaseosa. Lo único que puede existir es un grupo de discusión que podrá vivir es decir, discutir en tanto sus discusiones sigan siendo pequeñas. Pero si el grupo quisiera pasar a una verdadera actividad, incluso si simplemente creciera un poco, le sería imposible no estallar, con los que toman en serio sus principios oponiéndose a los que toman en serio a los que toman en serio la idea de actividad, los unos incompatibles con los otros.

Es, en efecto, imposible que una organización, “dúctil” o no, crezca si no desarrolla una actividad real. La gente, y en particular los obreros, no participan con asiduidad en una organización si en ella se trata solamente de discutir e “informarse” recíprocamente, sino si se trata de hacer alguna cosa que les parezca suficientemente importante para sacrificarle una parte del escaso tiempo libre que les deja la explotación capitalista. Y es imposible que una actividad real y eficaz, es decir, coherente, se desarrolle sin un mínimo de homogeneidad ideológica y disciplina

¹ Publicado originalmente en *Socialisme ou Barbarie*, nº 26, julio-agosto de 1959.

colectiva. Esto implica una definición clara de las ideas, objetivos y medios es decir, un programa; una manera de resolver en la práctica las divergencias que puedan surgir en el curso de una acción, es decir, la aceptación del principio mayoritario; estos dos puntos conllevan la necesidad de definir quiénes participan en la organización. Finalmente, es imposible que una organización se desarrolle sin encontrarse y verse obligada en la práctica a resolver el problema de la centralización.

Nuestras diferencias con Lefort se basan en estos puntos y no en el de saber si la organización revolucionaria debe ser una "dirección" del proletariado. Y es característico que él haya preferido discutir este último punto en el texto publicado en el último número de la revista, y no las diferencias reales. Tal vez no sea para crear una diversión pero, en todo caso, Lefort y sus camaradas han decidido que esos problemas no existen, y se han limitado a no enfrentarse con ellos. Es inútil hacer epílogos a tal actitud, que nos parece totalmente negativa y estéril. Lo importante, por el contrario, es discutir las posiciones teóricas que han tenido que tomar y que llevan mucho más allá de las divergencias sobre el problema de la organización.

(...)

Está terminando un período histórico, con una inmensa experiencia del proletariado en lo concerniente a la burocracia considerada desde el más profundo punto de vista: no en cuanto dirección que se equivoca o traiciona, sino como capa explotadora que puede surgir en el propio movimiento obrero. En el período que comienza, el proletariado sólo podrá luchar por la realización de sus objetivos luchando al mismo tiempo contra la burocracia. Esta lucha hará surgir innumerables necesidades, prácticas e ideológicas, a las que solamente puede responder una organización revolucionaria. Esa organización no podrá constituirse sino con obreros y militantes que hayan experimentado la burocracia, o con jóvenes que la rechacen de entrada como forma de la sociedad establecida, y no podrá reclutar miembros más que entre esos mismos. Su función será la de ser un instrumento del proletariado en su lucha, no su dirección. La organización tendrá un concepto de la teoría revolucionaria radicalmente opuesto no sólo al del trotskismo sino incluso al que viene predominando desde hace un siglo. Rechazará categóricamente la idea de una "ciencia de la sociedad y de la revolución" elaborada por especialistas y de la que emanarían conclusiones prácticas "correctas", una política que no sería más que una técnica. Desarrollará su teoría revolucionaria principalmente a partir de la experiencia y de la acción del proletariado, que le suministrará no el material de observación o los ejemplos de verificación, sino los principios más profundos. Por consiguiente, los militantes dejarán de ser meros ejecutantes respecto de una ideología definida al margen de ellos, sobre bases y según métodos ajenos a ellos. Sin la participación activa y dominante de los trabajadores que pertenecen a ella, la organización no podrá definir jamás ni una ideología, ni un programa, ni una actividad revolucionaria.

La primera tarea de los militantes será pues expresar su propia experiencia y la de su medio; el trabajo de la organización consistirá en primer lugar en formular esa experiencia y difundirla, tomar de ella lo que posea un calor universal y elaborar una con-

cepción global coherente. Consistirá al mismo tiempo en dar a conocer la expresión de la experiencia del mayor número posible de obreros, en dar la palabra a los trabajadores, en permitir la difusión y la comunicación de los ejemplos de lucha, las opiniones, las ideas entre el proletariado. El problema de las relaciones entre los individuos en el seno de la organización se planteará así de una forma totalmente nueva. No habrá ya base ni económica ni en la "producción" (es decir, en la actividad de la organización, en el tipo de trabajo que efectúa) para que una categoría de individuos se convierta en una casta de dirigentes separados e inamovibles. La gente irá a la organización porque pensará que no "deba" haber dirigentes aparte sino que no hay *función* específica para tales dirigentes; y querrán hacer un trabajo que postule explícitamente la importancia igual de lo que tenga que decir todo el mundo. La estructura de la organización expresará orgánicamente su orientación y sus concepciones; será tal que la participación y preeminencia del conjunto de los militantes no sólo se expresará en los "estatutos" sino que se hará posible y fácil gracias a ellos; no podrá ser, por tanto, sino una estructura del tipo "soviet", inspirada en los modos de organización creados por el proletariado a lo largo de su historia: autonomía lo más amplia posible de los organismos de base para la determinación de su propio trabajo; determinación de la orientación general de la organización mediante delegados elegidos y revocables; libre expresión de los militantes y de las tendencias en el interior y en el exterior de la organización.

Esas concepciones, elaboradas a partir de la crítica de la historia del movimiento obrero y de las teorías que lo han dominado, constituyen tanto una respuesta al problema de las tareas de los revolucionarios en el período actual, de sus relaciones con el proletariado, de su modo de organización, como un rechazo radical de las formas tradicionales (y no solamente leninistas) sobre el partido. Han sido formuladas en la revista y en el grupo Socialismo o Barbarie desde hace años. Lefort prefirió ignorarlas, presentar algunas migajas como "enmiendas" y "correcciones" a la concepción leninista, polemizar con tres o cuatro frases de textos viejos fuera del contexto del que aparecían rodeadas, y refutar...el **¿Qué Hacer?** No pondremos calificativos a su proceder. Pero es necesario desvelar su argumentación, su lógica, querida o no: refutar por milésima vez, y después de tantos otros, a Lenin, permite eludir los problemas actuales, y enmascara la falta de respuestas a las verdaderas cuestiones a las que hoy se enfrentan los revolucionarios y el proletariado (...)

Si se toma en serio la idea de autonomía, habrá que preguntarse inevitablemente cómo hacer para propagarla. ¿Hay que repetirla bajo la forma abstracta de una idea reguladora, o bien mostrar en cada caso concreto lo que significa? ¿No implica, por ejemplo, que en una huelga reivindicativa los trabajadores deben actuar de una manera determinada y no de otra, elegir un comité de huelga revocable, hacer asambleas generales, etc., en lugar de confiar su huelga a la burocracia sindical? ¿Esto debe decidirlo la organización en cada ocasión, o no? Está claro que no ha de hacerlo de manera artificial, pero precisamente para hacerlo de forma no artificial, ¿no debe estar unida a la clase obrera, comportar el mayor número posible de trabajadores? ¿Acudirían

esos trabajadores si no vieran en la organización un instrumento esencial de su acción?

De la idea de autonomía, ¿no derivan una multitud de consecuencias, directas e indirectas? ¿Hay que ocultarlas? ¿Y una multitud de problemas, también, que los trabajadores se plantean de manera muy precisa? ¿Hay que callárselos? ¿No deriva de ella por ejemplo, de modo cierto aunque indirecto, que los trabajadores deben luchar contra la jerarquía y por consiguiente plantear reivindicaciones de aumentos lineales de salarios? ¿Esto es algo que la organización debe repetir incansablemente, o no? Y que no se nos diga que al hacer eso, la organización “no hace más que” volver a tomar de su mano unas reivindicaciones que surgieron del proletariado mismo. Ya lo hemos dicho frecuentemente, pero no hemos olvidado nunca que también la clase obrera ha propuesto reivindicaciones contrarias: las huelgas de categorías, por ejemplo, no han dejado de existir nunca. La organización, e incluso un revolucionario aislado, no pueden eludir la elección, y es una futilidad tratar de esquivar las responsabilidades propias escondiéndose tras el proletariado, transformado en una entidad imaginaria por necesidades de la causa.

El socialismo es la autonomía, dice Lefort. Lo hemos dicho en esta revista desde su primera página. Pero, ¿hay que pararse ahí? No somos sólo nosotros los que preguntamos, también los obreros preguntan: ¿qué significa eso? ¿Cómo puede funcionar una sociedad gestionada por los trabajadores? Aparentemente habría que responder: ya lo verán, cuando lo hagan. Pero la cuestión es que, en gran parte, no lo hacen porque no lo ven. Y también es absurdo pensar que una organización pueda poseer un plan minucioso del funcionamiento de la sociedad socialista, y es vital concretar la idea del socialismo, mostrar la posibilidad de una organización socialista de la sociedad, indicar soluciones para los problemas con los que se encontrará.

(...)

Si no se acepta esa actividad dirigida hacia la autonomía del proletariado, es que se da a la autonomía un sentido absoluto, metafísico: es necesario que los obreros lleguen a ciertas conclusiones sin ninguna clase de influencia. En ese caso, no hay que condenar solamente toda acción sino toda propagación de ideas, incluida la propia idea de autonomía. No deja de ser una violación del individuo querer persuadirle de que sea libre. ¿Y si le gustase lo de no serlo?

No es preciso decir que ésa sería una postura desesperadamente absurda, ni reconocer que nadie llega nunca a nada sin recibir alguna influencia. Ni hay que escamotear tampoco las conclusiones de esa evidencia. La autonomía o la libertad no son estados metafísicos, sino procesos sociales e históricos. La autonomía se gana a través de una serie de influencias contradictorias, la libertad surge a lo largo de la lucha con y contra los otros. Respetar la libertad de alguien no es no tocarle, sino tratarle como un adulto, decirle lo que se piensa. Respetar su libertad no como moralistas sino como revolucionarios, es ayudarle a hacer lo que puede dársela, no en un futuro hipotético, sino aquí y ahora; no es instaurar el socialismo por cuenta suya, sino ayudarle a realizar actos socialistas desde hoy mismo. La política de la libertad

no es la política de la no-intervención, sino la de la intervención en un sentido positivo; no tiene más límites que la mentira, la manipulación y la violencia.

(...)

En cada uno de los problemas que se plantean al pensamiento revolucionario, como en el proceso efectivo de la lucha de clases y de la revolución, hay siempre dos términos.

Está la empresa, colectividad concreta de trabajadores unidos por la experiencia directa del medio de trabajo y por una organización “espontánea”, informal, y está la clase, unidad de los trabajadores por encima de las fronteras de la empresa, de la profesión, de la localidad, e incluso de la nación, unidad mediatizada por su experiencia convergente de explotación y alienación.

Hay una experiencia inmediata de la sociedad como trabajo, y una experiencia inmediata de la sociedad como unidad. Hay una experiencia inmediata, y hay también una experiencia ya elaborada y sistematizada.

Existe un desarrollo propio del proletariado hacia el socialismo y, desde hace un siglo, una actividad política permanente de los trabajadores contra la explotación, y también una lucha política explícita contra la organización actual de la sociedad, que el proletariado ha dirigido casi siempre. Etcétera, etcétera.

La separación de estos términos no es meramente lógica; es real. Y la tarea de los revolucionarios no es solamente unirlos en el pensamiento, en una teoría correcta; es actuar para superar esa separación en la realidad, sabiendo que sólo la revolución podrá superarla definitivamente.

El fondo de la metodología de Lefort consiste en operar la separación más radical entre los términos de cada una de esas dualidades que el pensamiento revolucionario encuentra a cada paso, y mantenerlas en una oposición absoluta. La “superación” de esa oposición se efectúa entonces mediante algo que es, de hecho, un retroceso; se valoriza uno de los términos y se condena al otro, o se le hace sufrir una reducción a la realidad.

Así, el medio y la experiencia de la empresa se consideran los únicos importantes; el medio social general, la experiencia de la sociedad como tal y bajo sus múltiples aspectos: sociedad política, cultural, etc. ni siquiera se mencionan. La acción de los militantes “en la empresa” parece ser la única que realmente cuenta; cualquier otra acción se reduce a comunicar “informaciones y conocimientos”; el trabajo permanente que aspira a formular de manera universal el sentido de la experiencia de la sociedad, tanto mediata como inmediata, que tienen los trabajadores, se ignora. En la medida en que se reconoce que existe algo como una teoría revolucionaria, ésta aparece como una preocupación individual de ciertos militantes. El avance del proletariado hacia el socialismo toma así el aspecto de una maduración orgánica, y el papel primordial que han desempeñado y continúan desempeñando en su evolución las organizaciones y las luchas específicamente políticas, se escamotea.

Así, por ejemplo, el concepto de las relaciones de producción concretas y de la empresa, que *Socialisme ou Barbarie* situó muy

pronto en el centro de sus análisis, va convirtiéndose, en manos de Lefort, en un concepto mítico que, llevado hasta el absurdo, acaba por dividir el mundo en dos. La vida de los trabajadores en la empresa se convierte en la única realidad, y todo aquello que no está “en” o es “de” la empresa resulta irreal y maligno a la vez.

Nosotros decimos, por el contrario, que de la evidencia común de que la empresa no existe fuera de, ni separada de la economía, del Estado, etc., en una palabra, de la sociedad globalmente tomada (y recíprocamente), hay que extraer todas las consecuencias; lo mismo que hay que extraer todas las consecuencias de otras evidencias no menos comunes: a) que los trabajadores se interesan apasionadamente también por lo que sucede fuera de la empresa, y que si no fuera así, toda discusión sobre el socialismo no sería más que charlatanería vulgar; b) que precisamente en ese terreno es donde es más difícil la formación de la experiencia de los trabajadores, donde encuentra más obstáculos, se enfrenta no sólo a la falta de información sistemáticamente organizada por el capitalismo y la burocracia obrera, sino también y sobre todo a la complejidad de la cosa misma y a la dificultad de elaborar un esquema global de comprensión, sin el que toda información que pudiese haber disponible por otra parte no sirve de nada.

(....)

Hemos de hacer notar aquí que las posiciones de Lefort se apoyan, en definitiva, en los mismos falsos postulados que las posiciones que cree combatir violentamente, es decir, los postulados de **¿Qué Hacer?**. Las posiciones de Lefort están basadas en la idea de que no hay más que un único tipo posible de teoría de la sociedad, de programa, de actividad de elaboración y difusión de ideas: el tipo “leninista”, que ha de degenerar necesariamente en tipo estalinista o trotskista. Como ese tipo de elaboración separada de la experiencia de los obreros, contenido abstracto falsamente científico, difusión convertida en adoctrinamiento es condenable, no hay más remedio que condenar las actividades mismas de que se trata, o como máximo tolerarlas entre los “intelectuales”, entre los que constituyen un vicio incurable que hay que evitar sobre todo que se haga muy visible. Lefort, como Lenin en **¿Qué Hacer?**, postula de hecho:

1) que el proletariado, por su experiencia propia, sólo se interesa por lo inmediato, y la única diferencia está en que lo inmediato ya no se define como “los intereses económicos” sino como “la empresa”;

2) que no hay más que un tipo de teoría, el que puede ejemplificarse en los escritos de Marx, Lenin, Trotsky y sus resúmenes vulgarizados (en el mejor de los casos una teoría abstracta, alejada de la experiencia obrera, impenetrable para el proletariado; en el peor de los casos, una caricatura de teoría, una vulgarización mistificadora e instrumento de manipulación). Lenin consideraba malo lo primero y bueno lo segundo y Lefort hace lo contrario, pero su análisis es el mismo. Sus posiciones no son sino las posiciones de **¿Qué Hacer?**, con los signos de valor invertidos.

De hecho, el problema fundamental de nuestra época es: cómo realizar por un camino distinto al del *ABC del comunismo* la fusión indispensable de la experiencia obrera y los elementos teóricos, ideológicos, etc., y solamente un iluminado o un charlatán podría pretender que sin esta fusión podría haber nunca transformación socialista de la sociedad. Nosotros decimos, por nuestra parte, no sólo que existe ese camino, sino mucho más: si se demostrase que no puede existir ese camino, habría que abandonar de inmediato toda idea y toda discusión sobre el socialismo.

(...)

Decimos que si bien la experiencia del proletariado no le lleva automáticamente, inmediatamente, directamente y siempre hacia los problemas universales, hay sin lugar a dudas un enlace orgánico entre la experiencia del proletariado en la empresa y en su vida cotidiana y los problemas que conciernen globalmente a la sociedad. Decimos que es posible ayudar a la formación de una experiencia del proletariado relativa al todo de la sociedad, a partir de esa experiencia cotidiana. Decimos que poner ante los ojos del proletariado de una manera nueva y en nuevo lenguaje, de la mejor manera que sabemos, la experiencia global de la sociedad, el proyecto más radical para su transformación no es violar al proletariado sino, al contrario, contribuir al desarrollo de los potenciales que se constituyen en él orgánicamente. Esto supone, evidentemente, una transformación igualmente radical de la teoría revolucionaria misma, de su modo de elaboración y de exposición, del concepto de política y de militante.

(...)

El enlace orgánico entre la experiencia inmediata del proletariado y la experiencia más total de la sociedad se deriva de factores que expresan los caracteres más profundos de la sociedad moderna. Primeramente, el contenido mismo de la experiencia inmediata del proletariado le obliga a salir del marco de esa sociedad. Casi a cada instante, lo que sucede en la empresa remite al obrero a lo que sucede fuera de la empresa. Después, esa misma experiencia inmediata no queda confinada a la vida de la empresa: quiérase o no, el obrero es al mismo tiempo consumidor, elector, inquilino, soldado de reserva, padre de alumno, lector de periódicos, espectador de cine, etc. En tercer lugar, la experiencia global de la sociedad, aun siendo diferente de la experiencia inmediata del obrero, no es radicalmente otra, porque en definitiva representa los mismos modelos de relaciones sociales y de conflictos. Por ejemplo, las contradicciones en la empresa y las de la economía son de una misma naturaleza última, y esa identificación se convierte casi en una identidad inmediata en el caso del capitalismo burocrático integral. Porque el tipo de alienación que tiende a realizar la sociedad moderna es, en definitiva, el mismo en todos los terrenos. Ahí se encuentra el fundamento objetivo de la unidad de la experiencia de la sociedad, ya sea vivida por los mineros del Norte, los metalúrgicos de París, los empleados de banca, los profesores o incluso los investigadores científicos. Ciertamente esa identidad no viene dada directa e inmediatamente, y que el sujeto final de su realización no puede ser sino la totalidad organizada de los trabajadores; pero también en este terreno, la organización es la instancia transitoria que permite su realización

inacabada y que es pues, también aquí, una “prefiguración” de la sociedad socialista y de la revolución.

(....)

Cualquiera que sea la estructura de la organización, constatar que es preciso que posea una estructura determinada, es una pe-rrogrullada. En particular, a no ser que se trate de una agrupación cuya “actividad” se reduzca a la discusión o a la publicación de una tribuna libre, en cuanto se trata de *hacer* alguna cosa, es necesario que se tomen decisiones de una manera u otra; si se manifiestan opiniones divergentes, hace falta una regla que permita acordarlas. En general, desde que una agrupación supera unas dimensiones mínimas —quince o veinte individuos—, no puede subsistir sin fijar unas normas de funcionamiento que permitan a sus segmentos comunicarse entre ellos, a cada uno de sus militantes saber lo que hacen los otros y valorarlo, al conjunto definir posiciones comunes y traducirlas en actividades comunes.

¿Cómo responde Lefort a estos problemas? Con un adjetivo o una negación: “la organización que conviene a los militantes revolucionarios es necesariamente *dúctil*”. Se basa sobre todo “en el rechazo de la centralización”. ¿Y además de eso? Nada.

Sería estéril tratar de imaginar, poniéndose en el lugar de Lefort, las soluciones positivas que se podrían descubrir en ese “rechazo de la centralización”. Si no nos dice nada es, seguramente, porque nada sabe, y menos aun sabemos nosotros. Pero desde el primer instante puede verse que “el rechazo de la centralización” significa inmediatamente el rechazo de la unidad de la organización y finalmente, en la práctica, el rechazo sin más de la organización, al menos en cuanto se trate de una organización para la acción.

Centralización no significa Comité Central. Centralización significa que el conjunto de la organización funciona aplicando decisiones generales a las materias de interés general. Significa que cada militante o cada célula no definen de forma independiente su política de cabo a rabo, sino que los puntos esenciales de esa política los decide la organización en su conjunto. Cosa que, desde luego, no nos dice todavía nada sobre la manera en que se toman tales decisiones. En una organización burocrática, política o sindical, al igual que en una empresa capitalista, las toma la alta dirección, la cumbre formada por jerarcas inamovibles. En una organización revolucionaria, como un Soviet o un Consejo de empresa, han de ser tomadas por el conjunto de los participantes (democracia directa) y cuando eso no sea materialmente posible, por sus delegados elegidos y revocables. Pero una Asamblea general que vota, un Consejo de empresa, son centralización: deciden por todos y sus decisiones son obligatorias para la minoría.

(....)

En realidad, el problema fundamental de una organización de tipo socialista ya se trate de la organización de la sociedad, ya de una minoría de militantes revolucionarios bajo el régimen de explotación es efectuar el paso de la cooperación dentro de un taller o una célula a la coordinación de las actividades de conjuntos más amplios y que sobrepasan fatalmente el medio inmediato y

la cooperación “elemental”. El problema no es simplemente oponer la “cooperación espontánea” de los obreros al “formalismo de las reglas y la inanidad de los aparatos de dirección”. Como hemos demostrado ampliamente en esta revista, eso es algo que ha hecho ya sobradamente la sociología industrial. *La misión del proletariado es organizar la sociedad de forma socialista allí donde por definición no puede existir la “cooperación espontánea”*. Ese es el terreno en el que vencerá o fracasará la revolución socialista. Nuestra tarea, en cuanto revolucionarios, es mostrar que es posible una organización socialista no sólo del equipo o del taller, sino de la economía, del “Estado”, de la sociedad en su conjunto. Y también, demostrarlo en la práctica, resolviendo el problema de una organización que supere el marco del grupo “elemental” y no negándolo, como hace Lefort.

Cuando, como en el resto del texto citado, se da a entender que fuera de la “cooperación espontánea” no existe nada más que “el formalismo de las reglas y la inanidad de los aparatos de dirección”, se puede creer que se ha llegado al sumum de la visión revolucionaria, cuando precisamente se ha optado, de hecho, por la concepción más burguesamente posible. Porque, como nadie podría pensar ni por un segundo que la coordinación del conjunto de las actividades sociales pueda realizarse mediante la cooperación espontánea de cuarenta millones de individuos, la única solución es precisamente....la construcción de un aparato burocrático de dirección. Podría criticarse su inutilidad, o deplorar su existencia; pero en ambos casos serían lamentaciones sin ningún contenido objetivo. Porque la inevitabilidad de un aparato burocrático de dirección deriva de la manera misma en que se plantea el problema, salvo que se pretenda regresar al “estado de naturaleza” y decretar la descomposición de las sociedades modernas en tribus, dentro de las cuales la cooperación espontánea bastaría para resolver los problemas.

La concepción socialista es precisamente la opuesta: considera que los trabajadores pueden crear, apoyándose en su organización elemental espontánea y yendo más allá de ella, una estructura que englobe el conjunto de la sociedad y sea capaz de dirigirla, una estructura que sea precisamente algo distinto de un aparato de dirección separado. Si eso no fuera cierto, toda la crítica de la burocracia sería mera charlatanería moralizante. Es triste tener que recordar a unos sociólogos que toda discusión sobre la sociedad presupone que la sociedad existe de manera distinta a una yuxtaposición de grupos elementales y una milagrosa coincidencia de cooperaciones espontáneas. Es triste tener que recordar a unos marxistas que la concepción socialista consiste precisamente en rechazar el dilema típicamente burgués entre la cooperación espontánea y los aparatos de dirección.

Ser socialista significa, quizás antes que cualquier cosa, rechazar la idea de que existe un maleficio en la sociedad y la organización como tales; rechazar la falsa alternativa de los Molochs burocratizados y despersonalizados y las verdaderas relaciones humanas reducidas a una decena de personas; creer que está dentro de las posibilidades humanas crear instituciones que puedan comprender y dominar, a escala de la sociedad entera y a la de una organización política.